MARTA FLORES

CACHÉAME,

del derecho y del revés



MARTA FLORES

CACHÉAME,

del derecho y del revés

Primera edición.

Cachéame, del derecho y del revés

©Marta Flores

©junio, 2025

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Prólogo

A veces, hay días en los que es mejor quedarse en la cama y fingir que el mundo puede esperar un rato. Jamás imaginé que un día que prometía ser uno de los más felices de mi vida terminaría convirtiéndose en todo lo contrario, pero eso fue justo lo que pasó al caer la tarde.

Mi nombre es Naiara, tengo veintiocho años y me dedico a la pintura. He tenido varias exposiciones que, hasta ahora, han ido bastante bien, y también doy clases de pintura a jóvenes y no tan jóvenes, sobre todo a amas de casa. Todo gracias a Amparo, mi madre, quien no solo me inculcó la pintura desde bien pequeña, sino que me propuso dar clases a sus amistades.

Mi madre era una apasionada de la pintura, aunque nunca pasó de ser una afición. Junto a mi padre, regentaba una pescadería en el barrio de la Macarena, donde vivimos desde que nos mudamos de Punta Umbría, cuando yo tenía apenas tres años.

Era sábado 14 de junio, el día de mi cuarta exposición en una galería reconocida de Sevilla, y, aunque estaba nerviosa, también tenía una ilusión enorme por lo que podía venir.

—Estoy que me subo por las paredes, mamá —le dije mientras desayunábamos—, ya sé que me vas a decir que no debería, que es la cuarta vez.

—Pues ya no te lo digo, lo estás diciendo tú sola. Pero no sé por qué te pones así, al final siempre te sale bien.

—No sé, tengo una sensación rara, como si algo fuera a pasar.

—Deja de pensar en tonterías, termina el desayuno y ve a que te pongan guapa, que yo me voy ya a la pescadería, tu padre debe estar maldiciendo. Nos vemos en la galería.

No os voy a engañar, aunque seguí con todo lo que tenía que hacer, no me sentía a gusto conmigo misma.

Había quedado con mis amigas del alma, en la puerta de la peluquería, Blanca y Micaela, dos locas que me acogieron desde que nos conocimos en primaria. También estaba Darío, primo de Blanca, y Lucio, con los que compartíamos muy buenos momentos.

Blanca trabajaba en una gestoría, Micaela era secretaria en una empresa aeronáutica y Darío, informático.

—¡Ole, esa pintora guapa, señores! —Esa era Micaela, la que te saludaba desde cincuenta metros de distancia—. No me lo digas, estás que te subes por las paredes.

—¿No será verdad? Que es la cuarta Naiara… Deberías saber cómo va ya la cosa —me dijo Blanca, sonriendo—. Venga, vamos a ponernos más guapas todavía.

Cada vez que íbamos las tres juntas, Susana, la peluquera, se echaba las manos a la cabeza. Siempre nos decía que, si todas las clientas fueran como nosotras, ya estaría ingresada en el hospital psiquiátrico.

Nos reímos lo más grande con las ocurrencias de Micaela, que era la más desvergonzada de las tres, por decirlo de una manera suave. Después nos fuimos a tapear, pero no podía entretenerme mucho porque a las cuatro tenía que estar en la galería.

Nos arreglamos las tres en mi casa, ya que era la que quedaba más cerca. Yo elegí un pantalón blanco de pata ancha, una blusa azul eléctrico y unos zapatos de tacón de siete centímetros —esos días no me gustaba ir demasiado alta—. Llevaba el pelo suelto, con ondas.

Blanca optó por un vestido verde manzana ajustado, por encima de la rodilla, y unos tacones de vértigo. El pelo lo llevaba recogido en un moño bajo. Micaela, por su parte, se puso unos pantalones color camel, una camisa verde militar y zapatos negros.

—Estamos guapísimas —dijo Micaela, mirándose al espejo—. Bueno, es que lo somos, nos pongamos lo que nos pongamos.

—Di que sí. ¿Para qué queremos abuela, si ya te tenemos a ti? —le dijo Blanca, tirándole del pelo.

—¡Ay, que me haces daño, capulla!

Tuve que reírme. Eran como Zipi y Zape en versión femenina.

Al llegar a la galería nos recibieron Eduardo, que era el galerista, y su mujer, Sara, que era la asistente. Estuvimos hablando del contraste entre las obras de cada artista. No solo se exponían las mías, también había otra pintora, Kate. Esa que decía que no me tragaba.

Habíamos estudiado juntas pintura, y siempre me decía que ella era mejor que yo, como si a mí eso me importara. Con la pintura aprendí que cada persona es distinta, que cada uno plasma su visión en la pintura, como la siente. Pero está claro que ella eso nunca lo entendió.

Todo había salido a pedir de boca. Mis padres y mis amigas me felicitaron por mi éxito: de trece cuadros, logré vender seis, lo cual no estaba nada mal, la verdad. Siempre me sorprendía a mí misma del éxito que tenía, porque sí, para mí vender, aunque fuera un solo cuadro, ya era motivo de satisfacción.

—Esto hay que celebrarlo, hija —dijo mi padre—, ¡vamos a cenar!

Justo al salir de la galería, un chico se paró delante de mí, me abrazó y me entregó un paquete antes de salir corriendo. Aún no me había repuesto de la sorpresa cuando me di cuenta de que la policía se acercaba.

—Queda usted detenida por tráfico de drogas. —Me quedé paralizada, no tenía sentido—. Tiene derecho a guardar silencio, tiene derecho a…

—Sé cuáles son mis derechos, pero lo que quiero saber es si son ustedes los que van drogados, porque yo solo he visto drogas en las noticias.

—Dese la vuelta, no se lo repito más. Está usted detenida. Entréguele el paquete a mi compañero y acompáñenos dentro. Los demás, quédense fuera.

Os prometo que en ese momento no entendía nada. Mi madre empezó a llorar, mi padre gritaba que se estaban equivocando y mis amigas… bueno, os podéis imaginar. Por un momento pensé que, en vez de detenerme a mí, se las iban a llevar a ellas.

Regresamos a la galería, y Eduardo y Sara me miraron sin saber qué decir; pero la que realmente se quedó sin palabras fui yo. Los agentes fueron directos a un cuadro, lo descolgaron —no me caí al suelo de milagro —, y detrás de él había cuatro bolsas pegadas, llenas de un polvo blanco.

—¿No decía que solo había visto droga en la televisión? ¿Y esto qué es?

—Como no sean polvos de talco, no tengo ni idea. —Por un momento vi una pequeña sonrisa en el rostro del policía.

—Muy graciosa. Dese la vuelta, que le voy a poner las esposas.

—Joder, pues sí que le gusta a usted poner las esposas a la gente. Le voy a decir una cosa: en mi mente, las esposas nunca han estado puestas para ir a comisaría, sino para otras cosas. Se está equivocando conmigo, y cuando lo descubra, se va a cagar.

—¿Me está amenazando? —inquirió.

—Se está montando usted solito una película muy barata —respondí, viendo a sus compañeros sonreír. Esto se estaba volviendo surrealista.

Cuando llegué a la comisaría, todo cambió para mí. Me informaron de que había sido por un chivatazo: conocían la hora exacta en que me entregarían el paquete y en qué cuadro estaba escondida la otra parte.

Esa noche la pasé en el calabozo, y al día siguiente me llevaron a los juzgados para un juicio rápido. El abogado que había contratado mi padre no pudo hacer nada; no hubo fianza y me condenaron a tres años de prisión por dos kilos de cocaína.

Directa a la cárcel. Mi madre se desmayó, y mi padre lloraba, prometiendo que haría todo lo posible por sacarme de allí.

Iba a prisión. Yo, que era incapaz de matar un pájaro, no entendía nada de lo que estaba pasando. ¿En qué momento habían puesto la droga en el cuadro? ¿Quién era ese chico? Alguien quería hacerme daño, y no sabía el motivo. Pero se habían pasado tres pueblos, y de los grandes.

Pedí a mis amigas que vigilaran a Eduardo y Sara; estaba convencida de que estaban involucrados. También le advertí a Micaela que tuviera cuidado, para no complicar más las cosas.

Mis padres estaban devastados, especialmente mi madre. Y aunque nadie comprendía lo que estaba ocurriendo, la que iba a prisión era yo.

Los primeros días fueron un verdadero tormento; apenas comía y me movía por inercia. Allí dentro encontré de todo: mujeres que me miraban con desprecio, algunas que se creían las reinas del lugar, y otras que, por suerte, hacían las cosas un poco más llevaderas.

Llevaba una semana cuando me vi ante Ana, la directora de la prisión.

—Pasa, Naiara. Siéntate, quería comentarte una cosa. A partir de mañana darás clases de pintura a las reclusas que quieran apuntarse.

—Lo siento, pero la verdad es que no me apetece. No me encuentro con ánimos.

—Creo que no me has entendido. No te he preguntado si tienes ánimos o no. Te estoy diciendo que mañana darás clases de pintura a quien se haya apuntado. Me da igual cómo te sientas.

Esa era mi función en la cárcel: dar clases de pintura a tres grupos de quince personas, durante dos horas cada día.

No fue nada fácil adaptarme a estar en un sitio así, pero lo que más rabia me daba era que yo era inocente, y estaba pagando por algo que no era mío.

No quise hacer amistades con nadie. Me encerré en mí misma. Hacía lo que tenía que hacer y punto. Tanto fue así que apodaron el «camello amargado».

Capítulo 1

Año y medio después…

Naiara

Miré hacia arriba y el sol lucía más bonito que otros días. No pude evitar que las lágrimas de felicidad brotaran de mis ojos. Por fin estaba fuera, y me sorprendió la cantidad de periodistas que me esperaban.

—Naiara, al fin libre. ¿Qué se siente al saber que su encarcelamiento fue un error? ¿Piensa hacer algo al respecto? ¿Qué hará en su primer día en libertad?

Las primeras preguntas que escuché al salir de la cárcel fueron sobre mi excarcelación, pero no respondí; simplemente no era el momento.

Lo importante era que había logrado demostrar mi inocencia, gracias a la incansable búsqueda de mis padres y de mi abogado, quienes encontraron al chico que me entregó el paquete y que confesó todo. Lo más impactante fue

descubrir que había otra persona detrás de todo el plan, aunque aún no habían dado con ella.

Al mirar hacia un lado, vi a mis padres y amigas sosteniendo una pancarta que decía: «Bienvenida, Naiara».

—Al fin, libre, amiga —dijo Micaela, corriendo hacia mí y abrazándome con entusiasmo, celebrando mi libertad.

—Hija, qué alegría más grande —me dijo mi madre, abrazándome y llorando como una Magdalena—. ¡Qué delgada estás! ¿Es que no os dan de comer ahí dentro?

—Mamá, no llores, ya todo se acabó. Sí, comía, pero como tus comidas… ninguna.

—Amparo, déjanos achuchar a la niña, que nosotras también queremos tocarla. ¡Qué ganas de tenerte con nosotras!

—Yo también. Vámonos de aquí, no quiero ni mirar hacia atrás. Y una cosa os digo: este tema está muerto y enterrado, no quiero hablar más de este asunto.

—Así será, hija. Por parte de tu madre y mía, no volveremos a tocar el asunto.

—Por la nuestra tampoco. Pero mañana salimos a celebrarlo —dijo Micaela, colgándose de mi brazo.

—Niña, déjala que descanse. Ya tendréis tiempo de salir.

—Blanca, ¿tú no me vas a saludar? —le dije a mi amiga, que se había quedado atrás, muy emocionada.

—Estoy esperando que me llegue el turno, no tengo prisa. Ya te tenemos entre nosotros, que es lo que importa —dijo, acercándose a abrazarme—. Y que sepas que no me gustó cuando dijiste que no querías que te visitáramos, pero lo respeté.

Así es. No les permití que vinieran a verme. La única forma en que recibía noticias de ellos era a través de cartas o por medio de Anselmo, mi abogado, que era el único que me visitaba. Mi padre, Blanca, Darío y Lucio aceptaron la situación desde el principio, mientras que mi madre y Micaela no lo llevaban tan bien. Sin embargo, no quería que me vieran en ese estado, al menos no al principio.

Cuando nos subimos al coche, sentía una inmensa emoción por regresar a mi hogar, a mi barrio. Lo primero que planeaba hacer era llenar la bañera. ¡Cómo había echado de menos esos baños relajantes que me daba hasta que me quedaba con la piel arrugada!

Micaela no paraba de hablar, pero la verdad es que no le prestaba atención; mi mente se había trasladado al día en que todo comenzó. Lo que debería haber sido una celebración terminó convirtiéndose en una tragedia.

—Naiara, no has escuchado nada de lo que te estoy diciendo —me reclamó Micaela.

—Lo siento, pero ahora mismo de lo único que quiero es meterme en la bañera y olvidarme de todo. Ya hablaremos, ¿vale?

—Perdona, es que eran tantas las ganas que tenía de volver a estar contigo, que estoy hasta nerviosa.

—Lo sé. Yo también tenía muchas ganas de veros, pero necesito tiempo.

—Lo entendemos, no te preocupes —intervino Blanca—. Sabes que, cuando nos necesites, solo tienes que llamarnos —asentí en silencio, sin añadir nada más.

Al llegar a casa, se despidieron de mí. Mi padre se fue a la pescadería y ellas se marcharon. No quería ser grosera con ellas, pero necesitaba estar sola, poner mi cabeza en orden. No quería que lo que me había sucedido, me impidiera seguir adelante.

Entré en mi habitación, y observé todo a mi alrededor. No os podéis imaginar cuánto había echado de menos mi dormitorio. Fui al baño y abrí el grifo de la bañera para llenarla. Al salir, me encontré con mi madre sentada en mi cama.

—Mamá, ahora no, te lo pido por favor. Necesito darme ese baño. Solo te voy a pedir una cosa: no quiero que menciones nada de este último año y

medio.

—Hija, pero necesito saberlo. No sabes lo mal que lo he pasado. Tu padre, aunque no lo demuestre, también ha sufrido. La pescadería ya no es lo que era.

—¿Y eso por qué? No veo qué relación tiene.

—Sabes cómo es la gente. Cuando pasa algo, te van dando la espalda, te critican. Al principio venían solo por el morbo. Según pasaban los días, dejaron de venir, solo se quedaron los clientes fijos, los que nos conocen de toda la vida.

—Lo siento muchísimo, mamá. Me habría gustado que no os hubiera salpicado, pero verás cómo todo eso va cambiando. He estado bien, no te preocupes. He comido, hecho ejercicio, dado clases de pintura. Pero no quiero revivir aquellos días. Quédate con que he estado todo lo bien que se puede estar ahí.

No quería que se preocupara, no pensaba contarle a nadie lo que me había sucedido; solo deseaba borrarlo de mi memoria. Aunque, desde aquel día, me costaba conciliar el sueño.

Preparé ese baño que tanto deseaba. Al sumergirme en la bañera, me pareció un sueño poder disfrutar de ese momento. Cerré los ojos e intenté dejar la mente en blanco; no quería pensar en nada más que no fuera ese momento.

Perdí la noción del tiempo en ese baño. Mi madre vino a avisarme de que pronto comeríamos. ¡Qué ganas de comer esos guisos que tanto había echado de menos! Es cierto que había vuelto más delgada. No es que la comida fuera mala allí dentro, pero sí hubo días en los que apenas probaba bocado.

Me puse un pantalón al que le tuve que doblar la cintura porque se me caía; la camiseta me quedaba ancha. Sabía que, cuando me viera, mi madre no se iba a quedar callada. Salí de la habitación y bajé a la cocina.

—Mamá, ¿te ayudo en algo? —le pregunté, mientras cogía una patata frita.

—Pero hija, qué guapa estás. Aunque sigo diciendo que estás demasiado delgada.

—No te preocupes, verás como en un par de semanas vuelvo a ser la de siempre.

— Eso espero. Anda, ve preparando la ensalada. Estoy haciendo una sopa, y luego cocinaré el bacalao que me ha traído Lucio.

—Tengo muchas ganas de verlo, a él y a Darío.

—No han podido venir, pero eso no significa que no te hayan tenido presente.

—Lo sé, mamá. Si hubieran podido, lo habrían hecho.

Estábamos hablando cuando escuché en el televisor que hablaban de mí, sobre la indemnización que me tendrían que dar por haber estado privada de libertad siendo inocente.

—¿Cuándo terminará todo esto? —me preguntó mi madre.

—No lo sé, pero ojalá sea pronto. No quiero ser el centro de atención, solo deseo retomar mi vida.

—Hija, sabes que eso no pasará de inmediato. ¿O acaso no has visto los periodistas en la acera de enfrente?

—Pues ya se cansarán. No pienso decir una palabra, y espero que vosotros tampoco lo hagáis.

—Dios me libre. Y si llego a abrir la boca, será para mandarlos a hacer gárgaras.

—¡Por Dios, mamá! Que te veo capaz…

Apagué el televisor y seguimos preparando la comida. Regresar a la normalidad iba a ser complicado. Solo deseaba volver a la vida que llevaba antes.

—Mamá, ¿crees que habré perdido algún alumno?

—Por parte de mis amigas, ten por seguro que no, y tus chicas y chicos creo que tampoco.

—Bueno, ya veremos qué pasa.

—No te preocupes, hija, verás que todo volverá a ser como antes. Mira, tu padre ya está abriendo la puerta, pon la mesa.

Mi padre entró en la cocina, le dio un beso a mi madre y otro a mí.

—¿Cómo están las mujeres de mi vida?

—Pues tan guapas como siempre. Sebastián, a veces tienes unas preguntas que parecen de broma. —Soltamos una carcajada.

Nos sentamos a la mesa. Mi padre nos contó que la pescadería se había llenado de gente, en su mayoría por pura curiosidad.

—La verdad, prefiero tener la pescadería sin gente, a tenerla llena por chismosos.

— Papá, que no te afecte eso. Tú sigue a lo tuyo, si con eso consigues más ventas, pues bienvenido sea.

— Bueno, venga, vamos a comer, que esto se enfría —dijo mi madre.

No volvimos a hablar del tema. Les dije que me contaran cómo se habían sentido durante todo el tiempo que no estuve con ellos. Al principio no quisieron hablar, pero mi madre acabó derrumbándose y, entre lágrimas, me confesó que lo pasó muy mal.

Me sentía culpable. Ya sabía por Anselmo que no lo habían pasado nada bien, sobre todo ella. Eso era una de las cosas que peor llevaba.

—Bueno, ya está bien de penas — dijo mi padre—. Tenemos que estar contentos, y como tú dices, hija, borrón y cuenta nueva. En esta casa no se volverá a hablar del tema.

—Papá, por mucho que queramos evitarlo, sé que saldrá más de una vez, al menos hasta que todo se calme un poco.

Recogimos la mesa entre los tres, igual que la cocina. Les dije que me iba un rato a mi dormitorio. Necesitaba descansar, estaba agotada, pero ese agotamiento era más mental que físico.

Capítulo 2

Marcos

Había visto las noticias sobre la liberación de Naiara Acosta Rodríguez y me quedé atónito al enterarme. Recuerdo vívidamente el día en que la arresté; su sonrisa y la compañía de lo que luego supe que era su familia me dejaron una impresión duradera.

Al verla de nuevo, noté que había cambiado: se veía demacrada y mucho más delgada, pero a pesar de todo, seguía siendo hermosa. Los periodistas la bombardeaban con preguntas, y no podía evitar sentir una mezcla de emociones al observarla.

Todavía tengo presente ese día en que nos dieron el aviso. Me sorprendió la precisión de la información: sabíamos dónde encontrar al chico, hacia dónde se dirigía y con quién se iba a reunir, además de la ubicación exacta del resto de la droga. Todo parecía demasiado sencillo.

Intenté apartar esos pensamientos mientras me preparaba para ir al trabajo. En ese año y medio, había ascendido a inspector y asumido más

responsabilidades. La semana anterior había sido intensa, ya que ejecuté una operación en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad, y pasé noches enteras organizando todo

Una vez listo, salí de casa. Al montarme en el coche, encendí la radio: solo se hablaba del tema de Naiara Acosta. Sabía que esto iba a generar repercusiones y que nosotros también estaríamos en el centro de la atención mediática, aunque no tenía claro hasta qué punto. Al aparcar en mi lugar habitual, me encontré con Rafael, uno de mis mejores amigos y compañeros, junto a Germán y Julio.

—¿Te has enterado de la noticia? —me dijo, pasándose la mano por el pelo— Tío, me he quedado de piedra cuando lo he escuchado.

—Sí, me he entrado. Yo también me he quedado igual que tú, pero solo hicimos nuestro trabajo —respondí.

—Lo sé, pero ¿te has puesto a pensar en el tiempo que la hemos privado de libertad? —me cuestionó, y me paré en seco, frunciendo el ceño.

—Yo no la he privado de nada. No soy juez, solo era un agente que cumplía órdenes. No me voy a sentir culpable por ello, aunque lo sienta por ella.

Seguí andando, entrando en el despacho. Allí estaba Germán, sentado en mi silla, con los pies en la mesa.

—Quita tus pezuñas de la mesa. Fuera de mi silla.

—Te noto un poco tenso, ¿ya has visto las noticias?

—Sí, las he visto. Y si no lo hubiera hecho, ya os habríais encargado de decírmelo vosotros.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó, levantándose de la silla.

—Pero ¿qué os pasa a los dos? —les dije, sentándome— Yo no soy responsable, y lo sabéis. Aparte de que vosotros también estabais allí.

Llamaron a la puerta, y esta se abrió de golpe.

—¿Os habéis enterado de la noticia? —Entró diciendo Julio, todo sofocado—. Naiara Acosta es inocente.

—¿No me digas? —le preguntó Rafael con guasa— Toda España se habrá enterado.

—Pues eso, ¿y ahora qué, Marcos? —me preguntó Julio, cruzándose de brazos.

—Ahora nada. ¿Qué me estáis queriendo decir? Lo repito: yo no soy culpable, las pruebas la acusaban a ella.

—Sea como fuere, le debemos una disculpa —fue Germán quien habló.

—Me estáis provocando dolor de cabeza. Haced el favor de iros, cada uno a su puesto.

Me vieron tan serio que salieron sin decir una palabra más. Aunque no quería sentirme culpable, en el fondo esa sensación me invadía, a pesar de mis esfuerzos por ocultarla. No podía olvidar las palabras que me lanzó cuando le estaba colocando las esposas; esas frases, aunque intentara negarlo, me provocaron una sonrisa interna. Pero lo que más gracia me hizo fue lo último que dijo: «Te vas a cagar».

Naiara no merecía lo que le había sucedido, pero ya no había forma de retroceder. Recuerdo vívidamente su declaración, cómo las lágrimas se le escapaban mientras hablaba. Se veía tan hermosa y desafiante en sus respuestas que, en más de una ocasión, tuve que girarme para no soltar una risa.

Decidí ponerme a revisar unos documentos que tenía pendientes. No quería perder la concentración en el trabajo, ya que las últimas semanas habían sido bastante intensas y necesitaba mantenerme enfocado. Justo cuando estaba a punto de hacer unas llamadas, mi móvil sonó: en la pantalla aparecía el nombre de *Mamá*…

—Hola, mamá, ¿todo bien?

—Hola, hijo. Sí, todo está bien. ¿Tú estás bien? He visto las noticias…

«Hoy me iban a dar el día. Lo estaba viendo venir».

—¿La pintora que metiste presa es inocente?

Mi madre era muy buena, pero en ese momento me estaba tocando un poquito los huevos.

—Mamá, yo no la metí presa, fue el juez.

—Ya, hijo, pero tú…

—Mamá, es mi trabajo. Tengo que dejarte.

—¿Vienes a comer? He hecho tu postre favorito.

—No puedo, tengo mucho trabajo. Un beso. —No le di opción a contestar, colgué directamente.

La quería mucho, pero había veces que me sacaba de quicio. Ahora entendía a mi padre.

«Uf… qué ganas tenía de que llegara el fin de semana. Esto me iba a traer cola».

Me levanté a por un café y justo en ese momento se abrió la puerta.

—Marcos, ¿podemos hablar? —me dijo Luis, el comisario y un segundo padre para mí.

—Sí, claro. ¿Quieres un café? —le ofrecí mientras me preparaba el mío.

—No, ya llevo tres. ¿Cómo te sientes?

—¿A qué te refieres? —pregunté, aunque sabía perfectamente a qué se estaba refiriendo.

—No te hagas el tonto conmigo. He escuchado las noticias y los corrillos que hay en la comisaría.

—Estoy bien, eso creo. Porque desde que llegué no habéis dejado de preguntarme.

—Yo solo vengo a decirte que no le des más vueltas. Hiciste bien tu trabajo, eso es indiscutible, nadie podía prever que pasara esto.

—Ella sí, desde un principio. Aunque nosotros lo tuviéramos tan claro.

—Bueno, sea como sea, no te fustigues. Si necesitas coger unos días, hazlo.

—¿Y volverme loco sin hacer nada? No, gracias. Seguiré en mi trabajo.

—Como quieras, pues ya me voy. Por cierto, ¿salió todo bien con la operación que estaba prevista?

—Sí, como siempre. No te preocupes, no hubo que lamentar nada, si es eso lo que te preocupa.

—Entonces me voy. Si mi mujer se entera de que he estado aquí, me crucifica.

—No me extraña. La baja es para que te recuperes, no para que estés dando paseos por aquí.

—Deformación profesional.

Salió de mi despacho riendo. Luis era un buen hombre. Dos meses atrás sufrió un infarto y, en vez de estar recuperándose en casa, no había día de la semana que no se pasara por la comisaría o pidiera que le llevaran algún informe.

Miré la hora en el reloj que había en la pared, salí del despacho guardando la pistola.

—Chicos, hora de irnos —les dije a mis compañeros—. ¿Los demás estáis preparados?

—Siempre estamos preparados — me contestó Irene.

—Irenita, tú siempre estás preparada, guapa —le dijo Rafael, guiñándole un ojo.

—Muy gracioso —respondió ella, dándole una colleja.

—Vosotros cuatro, en el furgón —les indiqué a Irene, Susana, Alberto y Marcelo—. Vosotros tres, conmigo.

Había llegado la hora de intervenir en un chalé donde cultivaban marihuana. Nos había costado meses dar con su paradero, pero al final lo conseguimos.

—No quiero tropiezos. Germán, tómatelo con calma, no seas impulsivo.

—¡Yo no soy impulsivo! —dijo, y los demás se echaron a reír.

—Este fin de semana salimos de juerga, sí o sí —dijo Rafael.

—Cómo os envidio. Yo este fin de semana tengo una reunión familiar con los suegros.

—No te quejes, que tienes unos cuñados muy salados. —Soltamos todos una carcajada.

—Qué cabrón eres, Germán.

— Chicos, preparaos, que ya estamos llegando.

—Marcos, nosotros nacimos preparados, tranquilo.

—No quiero tener que lamentar nada. Ya sabemos cada uno lo que tenemos que hacer.

Aparqué dos casas más atrás, quería llegar por sorpresa.

—Alberto, nosotros iremos por la parte trasera. No hagáis nada hasta que no os dé la señal —les dije.

Nos fuimos colocando cada uno en su sitio. Estaba nervioso, no quería que saliera nada mal. No se veía movimiento, sabía que a estas horas solo había tres personas en la casa. Me costó meses averiguar el día a día de esa gentuza.

Germán y yo saltamos la tapia y fuimos derechos a la casa. Una vez allí, dimos la señal a Julio y Rafael para que hicieran lo mismo. Me asomé a una ventana que tenía la persiana subida, no se veía nada.

—Marcos —me llamó Germán—, esta gente tiene ahí un arsenal de marihuana. Está todo el sótano lleno.

Ya estábamos los cuatro pegados a la casa. Intenté abrir la puerta para que los demás entraran. O no había nadie, o eran demasiado confiados. Justo cuando estaban por entrar, escuchamos un disparo.

—Me cago en la leche —dijo Marcelo—, casi me dan, hostias.

—No hagáis ruido. Es imposible que nos hayan visto —les dije para que se tranquilizaran.

—Pues creo que sí nos han visto, deben tener cámaras.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Germán por el pinganillo— ¿Qué coño ha pasado?

—No lo sé. Es imposible que nos hayan visto. No os mováis hasta que no dé la orden.

—Alberto e Irene, id por el lateral derecho. Vosotros dos, quedaos aquí.

Entramos por la puerta trasera y sorprendimos a dos tipos que estaban mirando por la ventana, justo a la altura para detenerlos. No logramos atrapar al jefe, pero sí logramos incautar una buena plantación.

—No ha estado nada mal, ¿no? —dijo Rafael, cuando nos dirigimos al furgón.

—No, pero mientras no demos con el jefe, no habremos terminado.

— Pero les hemos jodido un poquito.

—Rafael, por poco nos joden a nosotros.

— Pero no ha sido así. No le des más vueltas. Venga, vámonos ya de aquí.

Capítulo 3

Naiara

Habían pasado tres días desde que salí, pero aún no había puesto un pie en la calle. La prensa seguía apostada frente a mi casa; en el televisor, más de lo mismo. Deseaba con ansias que se olvidaran un poco de mí y me dejaran en paz.

Mis amigos venían a verme a casa, y Micaela no paraba de insistir en que este sábado teníamos que salir, argumentando que ya había pasado demasiado tiempo encerrada y que era hora de disfrutar un poco del mundo exterior.

Las amigas de mi madre también preguntaban cuándo iba a retomar las clases, algo que ni siquiera había considerado hasta ese momento, y la verdad, no era algo que me emocionara demasiado.

Así que aquí estaba, preparándome para salir un rato, sintiendo una mezcla de emoción y nerviosismo, sin estar del todo segura de si realmente estaba lista para enfrentar el mundo.

—Pero qué guapa estás, hija —me dijo mi madre dándome un beso—. Aunque tú estás guapa siempre.

—Ay, mamá, cómo se nota que soy tu hija. Porque déjame decirte que este vestido me queda un poco ancho, ¿no crees?

—Eso tiene solución —dijo mi padre—. Yo te presto un cinturón de los míos y te lo pones.

—Muy gracioso, papá. —Me reí.

— No, hija, tu padre tiene razón. Venga, vamos a buscar en el armario, seguro que alguno tienes.

Me cogió de la mano y me llevó casi arrastras. Se puso a buscar entre mis cosas hasta que dio con uno negro, de esparto.

—¿Lo ves? Este te va bien. El negro combina con todo. Venga, prueba a ver cómo te queda.

Eso hice, me puse el cinturón y ni tan mal. Ya estaba salvada.

—Ay, mamá, pues ni tan mal, ¿verdad? Si es que tenías que haberte dedicado a la moda, y no al pescado. —Nos echamos a reír.

—Bueno, hija, vender pescado tampoco está tan mal. Naiara, prométeme que esta noche te lo pasarás bien. Si escuchas algún comentario, no te agaches. Eres inocente, hija, y eso es lo que cuenta.

—No te preocupes, no lo haré, pero espero que me dejen tranquila.

Eran las ocho de la tarde cuando sonó el telefonillo de la puerta. Me miré en el espejo y, aunque estaba un poquito nerviosa, salí del cuarto.

—Ya me voy —les dije a mis padres—. No volveré muy tarde.

—Diviértete, hija. Tu madre y yo también saldremos a dar una vuelta.

—Vale, a divertirse. Ya sabéis que a las doce hay que estar en casa. —Cogí el bolso y salí riendo.

Al llegar a la puerta, contuve el aire al abrirla. Lucio había aparcado el coche de tal manera que fue salir y entrar directamente en él.

—¿Has visto qué bien lo hago? —dijo Lucio, soltando una carcajada— Para que después digas que no te quiero.

—Ya lo veo. Hola, Lucio —lo saludé con dos besos—. Gracias por venir a recogerme.

—No digas tonterías. Venga, vamos, que esta noche, como dice Micaela, ¡quemamos Sevilla!

—¿Te gusta? Y no me lo vayas a negar.

—No sé de dónde te has sacado eso. La veo como a ti, como a una amiga. Loca como una cabra, pero una buena amiga.

No le quise insistir más, pero sabía que algo sí sentía por ella. Bajó el volumen de la música que llevaba puesta y me estuvo contando todo lo que había pasado con la gente que conocíamos. Íbamos camino del punto de encuentro con los demás.

Cómo cambian las personas. Te juzgan antes de preguntar, pero eso nunca me preocupó.

—Cállate un poco, Naiara, que me está doliendo la cabeza —dijo Lucio riendo.

—Qué tonto eres. Iba pensando. Me da un poco de cosa estar en la calle, la verdad.

—Pues no deberías. No has hecho nada, y no tienes por qué avergonzarte.

—Todavía no te he dado las gracias.

—¿Y por qué deberías hacerlo?

—Por haber estado pendiente de mis padres. Por estar a pie del cañón en la pescadería.

—No seas tonta. Para mi ellos son como unos padres, si no hubiera sido por tu madre, aún estaría tirado en la calle. Y mírame ahora: con mi propia casa y todo.

Lucio creció en un entorno complicado, marcado por la ausencia de su padre y la adicción de su madre. Desde pequeño, la calle fue su hogar, un lugar donde aprendió a sobrevivir. Sin embargo, su vida dio un giro cuando mi madre habló con su primo Santiago, que era cura, y él se hizo cargo de Lucio hasta que cumplió los dieciocho. A los dieciséis años, Lucio comenzó a trabajar en la pescadería los sábados y en vacaciones.

—Sabes que has sido un gran apoyo para ellos.

—Igual que ellos lo fueron para mí, no hay nada que agradecer —me dijo apretando la mano—. Venga, ya estamos llegando. Ahora toca la odisea de aparcar.

Aparcó el coche detrás del sitio donde habíamos quedado. Suspiré y me preparé para lo que pudiera ocurrir.

—Naiara, la cabeza bien alta. Y que sepas que Rosa y Paco están deseando verte.

Entramos en el bar donde solíamos quedar siempre. Rosa y su marido, Paco, eran los dueños. Decían que éramos los mejores clientes que tenían.

—¡Por fin llegáis! Ya pensaba que os habían secuestrado —dijo Micaela riendo, dándome un abrazo—. Estás guapísima.

—¿Y yo no estoy guapo?

—Tú estás muy visto ya, machote. —Reímos.

Saludé a Blanca y a Darío, y nos sentamos en la mesa.

—¡Pero bueno, qué sorpresa! Dame un beso, hija —dijo Rosa con los ojos vidriosos.

—Hola, Rosa. Me alegro mucho de verte —le dije, dándole un abrazo.

—Yo también, hija. ¡Paco, ven a saludar a la niña!

Paco vino a darme un abrazo. La gente no hacía más que mirar, solo esperaba que no pasara de ahí.

—¿Qué os pongo de beber?

—Paco, eso ni se pregunta: unas cervecitas —le dijo Darío.

—Yo pregunto por si alguien ha cambiado de opinión.

—No, no, eso nunca. Primero unas cervecitas, y después ese vinito que tienes ahí para compartir —dijo Blanca con una sonrisa.

Nos sirvieron unas cervezas bien frías acompañadas de una ración de patatas bravas mientras nos decidíamos sobre qué cenar. Estuvimos mirando la carta, y al final optamos por pedir varios platos para compartir: calamares, flamenquines y unas deliciosas tortillas de camarones.

Mientras tanto, no podía evitar observar a mis amigos. Los había extrañado tanto que ni se imaginan. Darío, al notar mi mirada, me sonrió con complicidad; me conocía bien y sabía que en ese instante estaba un poco nerviosa.

—Y después de cenar, ¡nos vamos a bailar! Estos cuerpos hay que menearlos —dijo Micaela, moviéndose en la silla.

—Yo no creo que vaya. Ceno con vosotros y después me voy a casa.

—¡De eso nada! Nos vamos todos a bailar.

—¡Ole! Esa es mi Blanquita. Menos mal que lo has dicho tú, a ti te hace más caso que a mí.

—¿Por qué será? —dijo Lucio, soltando una carcajada.

—Mira, Lucio, el de los cojones sucios, no me toques las palmas. —Ahí ya no pude más, y me reí lo más grande.

—Micaela, un día de estos te voy a enseñar lo sucios que están.

Las risas volvieron a ser las protagonistas, como siempre había sido. Seguimos disfrutando de la cena, compartiendo anécdotas y charlando de todo. Agradecía profundamente que nadie mencionara la cárcel. En su lugar, me contaron sobre todas las experiencias y aventuras que habían vivido durante ese tiempo.

—Bueno, ¿cuándo piensas volver a dar clases? —me preguntó Darío.

—La verdad, no lo sé, pero seguramente el próximo mes.

—Tus niños estarán deseando verte. Y tus marujas, muero con ellas, te lo juro —dijo Micaela.

—No lo sé, Micaela. Eso espero, de verdad, que sí.

—Bueno, bueno, que es sábado. No se habla de trabajo.

—Mira, algo bueno que dice Lucio —dijo Micaela.

Terminamos de cenar, nos despedimos de Rosa y Paco y salimos del bar. Ya en la calle, el problema de siempre: decidir a dónde ir a tomar una copa y bailar. Hay cosas que, por mucho tiempo que pase, no cambian.

—Vamos a ver, ¿cómo lo hacíamos antes? Un sábado en un sitio y rotando, ¿cierto? —Todos asistieron con la cabeza—. Pues venga, ¿dónde toca este sábado?

Íbamos a ir en el coche de Darío. Hoy era el día que le tocaba sacrificarse.

—Darío, ¿por qué no dejas el coche donde está y pillamos un taxi? Estamos celebrando, y vas a privarte de beber —le dijo Blanca.

—No me importa. Sabéis que tampoco bebo tanto.

—Da igual —le dije—. Venga, cojamos un taxi.

Al principio se resistió, pero logré convencerlo. Cuando llegamos a la discoteca, había una cola impresionante, pero mi Micaela, ni corta ni perezosa, se acercó al portero, le dijo algo al oído, nos miró y nos hizo pasar.

—No quiero pensar qué le habrá dicho —comentó Lucio, causándonos una carcajada.

Entramos y, como ya sabía, la gente me miraba. Blanca me agarró de la mano, tranquilizándome.

Nos colocamos en una mesa alta cerca de la barra. Micaela decía que así no tenía que moverse mucho. Ya ves qué tontería, si siempre estaba de un

lado a otro. Los chicos fueron a por las bebidas.

—Madre mía, anda que no habéis tardado — protestó Blanca.

— Pues la próxima vez vas tú —dijo Darío—, siempre quejándote, y eso que eres la más callada.

—Darío, no te pases ni un pelo.

—¡Pelea, pelea, llama a la policía! — bromeó Micaela, y por un momento me quedé paralizada.

—¡Bocazas! —le soltó Lucio— Piensa antes de hablar, Micaela.

—Eh, que no pasa nada —intervine enseguida—. Venga, que rulen esos chupitos que no habéis traído. Micaela, vamos por ellos.

La cogí de la mano y me la llevé conmigo. Sabía que se sentía mal, pero no se lo iba a permitir.

—Cambia esa cara o me voy a enfadar. —Le eché el brazo por los hombros—. Camarero, cinco chupitos de tequila, por favor.

—¡Marchando esos cinco chupitos para dos bellezones! —dijo el camarero, guiñándonos un ojo.

—Este se piensa que nos los vamos a tomar solas.

—Bueno, también podríamos hacerlo. ¿Qué dices?, ¿hace o no hace?

—Naiara, que después nos pasa lo que nos pasa.

—Micaela, no te reconozco. Venga, ahora que no nos ven. ¡Camarero, ve poniendo otros cuatro!

—La madre que te parió, después la loca soy yo.

Capítulo 4

Eso hicimos, nos bebimos dos chupitos en la barra, cada una. Cuando nos acercamos a los demás, Micaela iba resoplando.

—Madre del amor hermoso, lo que han visto mis ojos.

—Sorpréndenos, Micaelita. —Ahí estaba Lucio pinchando.

—Pues mira, listo, acabo de ver a tres maromos que, madre mía, el día que los parieron, rompieron el molde con ellos.

—Pues yo no he visto a nadie, me he quedado ciega. ¡Qué penita de mí! —Nos echamos a reír.

—No seas tonta, mira detrás de ti. No, no mires. Ven, cámbiame el sitio.

—Madre mía, vaya dos. Yo creo que estas han estado bebiendo a nuestras espaldas.

Nos miramos y soltamos una carcajada. Cómo nos conocía Darío, nos cambiamos de sitio, y sí, tenía razón: en la barra, cerca de nosotros, había tres monumentos. Hubo un momento en que mi mirada se cruzó con la del moreno, y qué moreno: alto, con un cuerpo de infarto.

Sentí que me sonrojaba, pero no podía apartar la mirada de él. Era como si el mundo no existiera, solo él y yo. Pero su cara me resultaba familiar.

—Martes llamando a miércoles. Niña, que te has quedado lela, ¡que te estamos hablando!

—Perdón, ¿qué estabais diciendo?

—Que Lucio y yo nos acostamos esta noche —soltó Micaela.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¡Por fin vas a ver lo limpios que están mis cojones!

La cara que se le quedó a ella era para enmarcarla. Lo que nos pudimos reír en ese momento.

—Lucio, no te emociones, machote, que solo lo dije para llamar la atención de esta. —Me señaló con el dedo.

Los chicos dijeron de irse a dar una vuelta, siempre lo hacían. Según ellos, les espantábamos a las chicas, y tenían razón. A veces, cuando

estamos aburridas y los veíamos ligando, íbamos hacia ellos haciéndonos pasar por sus novias.

—Chicas, ahora que estamos solas, quiero deciros algo.

—Miedo me das cuando dices eso.

—Déjala, Blanca, que se desahogue.

—Tengo ganas de tener sexo guarro —nos dijo muy seria. Casi me atraganto con la bebida.

—Te dije que soltaría una de las suyas, ja, ja, ja.

—¿A qué te refieres con sexo guarro? —le preguntó Blanca

—Pues eso, sexo guarro, de ese que te escupen en la cara y más cosas. Vamos, que te hacen de todo.

En ese momento estaba bebiendo, y todo me salió disparado… a la cara de Micaela.

—¡Joder, la madre que te parió! Me has llenado toda la cara.

—¿Pero tú no querías que te escupieran? Pues ya lo ha hecho ella.

—Joder, pero no así. Me ha bañado entera la cara.

Yo no podía parar de reír. Me entró la risa floja. Miré hacia donde estaban los tres maromos —como los había llamado Micaela—, y los vi mirando y riéndose.

—Anda, no te enfades. Mira tienes seis ojos pendientes de ti, bueno, rectifico, cuatro. Los otros dos están pendientes de Naiara.

—Blanca, a esos los he visto en algún sitio, sus caras me son familiares.

— Yo sé de qué los conoces —dijo Micaela—, pero no sé si quieres saberlo.

Me di cuenta en el momento en que ellas dos se miraron. Vi cómo Blanca negaba con la cabeza, como diciéndole a Micaela que no me dijera nada.

—Venga, decidme de qué los conocemos, porque por cómo os habéis mirado sé que es así.

—Esos son los que te detuvieron aquel día —me dijo Micaela, apretándome la mano.

—No me jodas. ¿En serio? ¿Son esos?

—Primero, quiero sexo guarro, pero no contigo, más bien con uno de esos.

—Micaela, no estoy para bromas. ¿Es o no es?

—Es. Ese, y los que están con él. Creo que falta uno.

—Coño, sí que te fijaste bien —le dijo Blanca.

—Como para no fijarse. Perdóname, Naiara, pero esos monumentos no se ven todos los días.

Por un momento la miré y solté una carcajada. Porque de verdad, estar con Micaela era reírte sí o sí.

—No pasa nada. Y antes de que me lo preguntes: estoy bien, ¿vale? Y llevas razón, monumentos así no se ven todos los días. Venga, vamos por más chupitos.

—Madre mía, al final vamos a tener que llevarla arrastras, Blanca. Yo lo aviso.

—Dirás que nos tendrán que llevar —le dijo, y nos echamos a reír.

No podía apartar la vista de él. A pesar de que me estaba riendo con Micaela y su «sexo guarro», cada vez que levantaba la mirada, me encontraba con sus ojos fijos en mí. La noche transcurrió entre risas, tragos y un impulso irresistible que nos llevó a la pista de baile justo cuando los chicos se acercaron a nosotras.

Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Nos convertimos en las reinas de la pista, y de vez en cuando, echaba un vistazo hacia la barra, donde él permanecía apoyado, observándome con atención. Los chicos intentaban acercarse, pero Blanca los rechazaba con una actitud casi defensiva, lo que provocaba que Micaela y yo estalláramos en risas.

Me sentía cohibida. Recordaba claramente las palabras que le dije, ¿se acordaría él de ellas? Porque yo no podía olvidarlas. Como tampoco pude olvidarle a él. Cuando se acercó a detenerme, me dio un vuelco el corazón, y no solo por la detención.

No solo me impactó lo guapo que era, sino que cuando me puso las esposas, a pesar de la situación, me estremecí, cosa que maldije. ¿Cómo me podía estremecer en un momento como ese?

Regresamos a la mesa, para que Darío y Lucio pudieran moverse. Era la única forma de no quedarnos sin sitio. Hubo un momento en que nos quedamos sin bebida, y ya estábamos como siempre, decidiendo quién iba a por ellas.

—Te toca a ti, Naiara —me dijo Blanca.

—No, no, que el único sitio que hay libre es el de esos polis.

—Pues antes no te importaba quién hubiera. Venga, demuéstrales que te importan una mierda.

—Niña, qué fina eres. Voy a ir, pero no pienso ni saludarlo, no os hagáis ilusiones.

—Bueno, hija, si te saludan, sé educada. Pero no seas grosera, que a veces me das miedo, pareces mi hermana gemela. —Nos echamos a reír

Estaba nerviosa, no lo voy a negar. Verle después de todo este tiempo, tenerle tan cerca, pero de una cosa estaba segura, no pensaba decirle nada.

Me apoyé en la barra, dándole la espalda, y llamé la atención del camarero.

—¿Qué te pongo de tomar, preciosa?

—Tres rones con cola, por favor.

—Y sin favor. Ahora mismo te los pongo —dijo, dándose la vuelta.

—¿Puedo invitarte a una copa? —Los pelos se me pusieron de punta al escuchar su voz, muy cerca de mi oreja.

No me di ni la vuelta. Le dije que no, meneando la cabeza.

—Venga, dile que sí, nosotros se la llevamos a tus amigas —dijo uno de ellos.

Los ignoré por completo. Esperé que el camarero terminara de servirlas, le dije que ellos pagaban y me fui riéndome.

No había soltado los vasos en la mesa, cuando ya me estaban preguntando.

—Cuenta, cuenta, ¿qué te ha dicho? ¿De qué te ríes?

—Joder, Micaela, respira. Pues él me ha dicho que si me podía invitar a una copa, y el otro que ellos os traían las vuestras. —Ellas estaban con los ojos muy abiertos—. Les dije que no, pero cuando me han puesto las copas, le he dicho al camarero que ellos pagaban. —Nos echamos a reír.

—Pues no te des la vuelta, pero que sepas que vienen para acá —me dijo Blanca.

—No jodas. Yo me voy de aquí.

No me dio tiempo a dar un paso cuando escuché un carraspeo detrás de mí.

—Buenas noches, chicas. —Escuchar su voz era música para mis oídos, a pesar de todo—. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro que sí, podéis hablar lo que queráis. Soy Micaela, esta es Blanca, y la de aquí es Naiara, —Como si no lo supieran—. ¿Y vosotros?

—Yo soy Rafael, este es Germán y él es Marcos, —Se dieron dos besos con mis amigas. Cuando llegó mi turno, me puse a beber.

—¿Tú no nos saludas? —me dijo el que se llamaba Rafael.

—Pues no. Sois las tres últimas personas a las que saludaría.

—Naiara, nosotros queríamos decirte algo. —Fue Germán quien habló.

—¿Tú también quieres decirme algo? —Me giré hacia Marcos.

Se me quedó mirando antes de contestar.

—¿Debería? —Encima iba de chulito.

—No lo sé, dímelo tú.

—Chicos, yo me voy. Os veo después —dijo Marcos, dándose la vuelta y alejándose.

—Naiara, hija, no seas tan borde. Han venido de buenas —me dijo Blanca.

Me di cuenta de que Rafael se había puesto al lado de Blanca, y Germán, junto a Micaela.

—Pero si solo le he preguntado. Esto no es buena idea, yo también me voy.

—Espera, por favor —me dijo Rafael—. Solo queremos pedirte perdón — Germán asentía con la cabeza—. Sentimos mucho todo lo que pasó.

—Yo no tengo nada que perdonar. Al fin y al cabo, era vuestro trabajo. — Me bebí la copa de un trago—. Bueno, y ahora me voy a por otra. Chicas, pasadlo bien.

Me alejé ante las protestas de mis amigas, ya que no quería ser la aguafiestas de la noche; ellas no tenían la culpa de nada. Me dirigí a la barra para pedir otra copa y, mientras esperaba que me la sirvieran, eché un vistazo en busca de Diario y Lucio, con la intención de unirme a ellos.

Al encontrar un taburete, me senté y observé a ese par de locas. Por sus caras, vi que estaban disfrutando de la compañía, y yo no era nadie para fastidiarles la noche.

Sin embargo, al mirar hacia el otro lado, me sorprendí al ver a Marcos acompañado de Kate. Ella se veía muy acaramelada, pero a él no lo veía muy a gusto con ella. Nuestros ojos se encontraron por un instante, y rápidamente aparté la mirada.

Capítulo 5

Marcos

Por fin llegaba el fin de semana. Después de unos días tan ajetreados, había sido una locura de semana, pero al fin había terminado.

Estaba acabando de archivar unos informes cuando mi teléfono empezó a sonar. Vi en la pantalla el nombre de mi madre.

—Dime, mamá, estoy ocupado —contesté, mientras la oía relatar.

—Yo también estoy bien, hijo —respondió con ironía.

—Lo siento, es que he tenido una semana agotadora.

—Eres peor que tu padre. Tómate la vida con más calma, que solo hay una, y un hijo también.

—Mamá, ya te he dicho que lo siento.

—¿Vendrás mañana a comer? Es sábado, y hace dos semanas que no te veo.

—¿Y el domingo no te vale? Tengo cosas que hacer en casa, aparte de que he quedado con los chicos.

—Está bien, pues nos vemos el domingo. Te quiero, aunque digas que soy una pesada.

—Yo también te quiero, mamá. Dale un beso a papá.

Resoplé al colgar el teléfono. No es que me molestara que me llamara, sabía que lo hacía por preocupación, pero en los últimos tiempos había descuidado un poco nuestra relación.

Cuando les dije a mis padres que quería ser policía, mi madre casi se desmaya del susto. Mi padre tampoco se lo tomó mucho mejor al principio; él quería que siguiera la tradición familiar y fuera bombero, como él. Les costó aceptarlo, pero sabían que era mi decisión, y al final, terminaron apoyándome.

Mi madre, Elisa, es la mejor psicóloga que conozco —al menos para mí —. A sus cincuenta y siete años seguía siendo una mujer guapísima. Mi padre, Fernando, es dos años mayor que ella y es bombero. Él sí siguió los pasos de su padre.

Miré el reloj y suspiré de nuevo al darme cuenta de que se acercaba la hora de salir, aunque aún tenía un montón de documentos por archivar. Otra

noche más en la oficina. Me gusta mi trabajo, no me quejo, pero desde que ascendí a inspector, no he tenido un momento de respiro.

A mis treinta y siete años seguía sin pareja. No es que le tuviera miedo al compromiso, simplemente no me veía en uno. Claro que, si le preguntaras a mi madre, diría que eso es porque aún no había llegado la chica adecuada. Y ¿cómo iba a aparecer, si me había pasado los tres últimos años estudiando para poder llegar donde estaba?

Estaba liado con los archivos cuando llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Rafael.

—Ya estás dentro. —Soltó una carcajada—. ¿Ocurre algo?

—No, solo venía a decirte que nosotros ya nos marchamos. ¿Te esperamos?

—No, iros tranquilos. Me queda media hora más, por lo menos.

—Vale, pues nos vemos mañana, ya sabes, en el sitio de siempre.

—Sí, pesado, pero como me hagáis esperar más de diez minutos, me voy a mi casa.

—¡Tendrá valor! Con lo puntuales que somos —dijo riendo, de sobra sabía que lo que le acababa de decir era verdad.

Finalmente, llegó el sábado, y con él, la oportunidad de disfrutar del fin de semana. Con la tontería de la noche anterior, en vez de media hora, fueron dos horas.

Al despertar, me dirigí a la cocina para preparar un desayuno que me diera energía, ya que tenía planes de ir al gimnasio temprano antes de hacer la compra. Afortunadamente, el centro comercial estaba bastante cerca de casa, lo que facilitaba las cosas.

Vivía a unos diez kilómetros de Sevilla, en una urbanización que me ofrecía la paz que tanto valoraba, especialmente en mis días libres.

Llegó la hora de salir para reunirme con los chicos. Como siempre, iríamos a cenar antes de ir a tomar una copa. Los conocí en la academia, y os puedo decir que desde entonces éramos inseparables.

No me podía creer lo que veían mis ojos: cuando llegué al lugar donde habíamos quedado, ya estaban allí esperándome. Y eso era raro, porque normalmente era yo el que los esperaba.

—¿Se os ha adelantado el reloj? —les dije con guasa.

—Muy gracioso —me contestó Germán—. Con el trabajo que me ha costado tirar de Rafael, para que vengas tú con el cachondeo.

—Hombre, es que quizás sea la primera vez que llegáis antes que yo.

—Alguna vez tenía que pasar, y hoy ha sido el día. Además, esta noche estoy dispuesto a irme a casa acompañado, llevo muchas semanas a palo seco.

—¿Sea con quién sea? —le preguntó Rafael, levantando una ceja.

—Hombre, depende. Si es muy fea, ni me arrimo, aunque si lo piensas, no hay mujer fea por donde mea.

—Anda, vamos a cenar. Que solo piensas con la del medio —le dije, y nos echamos a reír.

Durante la cena, aunque intentamos dejar el trabajo en la comisaría, había veces que no podíamos evitar hablar de él.

Luego nos dirigimos a la discoteca de moda. A mí, la verdad, no es que me apeteciera mucho, pero no iba a aguarles la fiesta. Al llegar, había una cola impresionante, pero como siempre, teníamos facilidad para entrar. Bastó con acercarnos al portero para que nos dejara pasar. Claro que no faltaron las protestas de quienes llevaban rato esperando, y no les faltaba razón.

Al entrar, vimos que había un hueco libre en la barra, y allí fuimos directamente. Estaba pidiendo las copas, cuando escuché a Germán:

—Chicos, ¿esa de la mesa no es Naiara Acosta? —Nos giramos a mirar.

—Sí, sí que lo es —confirmó Rafael—. Y esos deber ser sus amigos. Uf, vaya repaso tiene la morena —añadió Germán con una sonrisa traviesa.

—¿Cuál de las dos? —preguntó Rafael.

—La amiga, hijo. A Naiara se la dejo al inspector.

—¿Perdón? ¿Cómo que me la dejas a mí?

—Vamos, inspector, no nos vayas a decir que no te dejó pillado el día que la detuvimos.

—Germán, no empieces, que eso no fue así.

Me quedé mirando la mesa, observando cómo se reían cada vez que la morena soltaba alguna broma. En la televisión parecía más delgada, pero al tenerla tan cerca, su presencia era aún más impactante. Las vi acercarse a la barra, donde pidieron chupitos, se rieron a carcajadas y decidieron pedir más.

Cuando regresaron a la mesa, los chicos que las acompañaban se marcharon, dejándolas solas. No podía evitar mirarlas, y pronto me di cuenta de que no era el único; ellas también nos estaban observando. En un momento, Naiara se cambió de lugar, y fue entonces cuando comprendí que estaban hablando de nosotros.

Hubo un momento en que nos echamos a reír los tres. Algo diría una de las amigas, porque lo que estaba bebiendo Naiara terminó derramado en la cara de una de ellas.

—Me dan ganas de ir a limpiársela —dijo Germán, y volvimos a reír.

Luego, se levantaron para ir a bailar. No podía apartar la vista de Naiara, su forma de mover las caderas era hipnotizante, y nuestras miradas se cruzaban más de una vez. Esa chica despertaba en mí algo que no sentía desde hacía tiempo. Después de un rato, la vi regresar sola a la barra.

—Tres rones con cola, por favor —le pidió al camarero, con una sonrisa que iluminaba el lugar.

Me acerqué a ella y le susurré al oído que la invitaba a tomar una copa. Su reacción fue un simple movimiento de cabeza en señal de rechazo, pero al momento de pedir las bebidas, le dijo al camarero que las pagábamos nosotros.

No pude evitar reírme. Ese fue el pistoletazo de salida para acercarnos a ellas. German fue el primero en romper el hielo, y su amiga —que se presentó como Micaela—, se encargó de presentarnos también a las demás.

Mientras Germán y Rafael conversaban animadamente con Blanca y Micaela, yo decidí retirarme un poco hacia la barra. Desde allí, observaba la escena cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo. Sin embargo, esta vez, ella desvió la vista rápidamente y se acercó hacia donde estaba yo.

Estaba a punto de dar un paso hacia ella para iniciar una conversación, cuando de repente, alguien me agarró del brazo.

—¡Sorpresa! —exclamó una voz familiar. Al girarme, me encontré con la última persona que esperaba ver— ¿No te alegras de verme? Vaya cara que has puesto.

—Hola, Kate, cuánto tiempo —le respondí, dándole dos besos por pura cortesía—. La verdad, no te esperaba.

—Lo sé, yo tampoco esperaba encontrarte aquí. —Me dio un abrazo.

En ese momento, me di cuenta de que Naiara nos miraba desde la barra, frunciendo el ceño.

—Perdona, Kate, pero iba a hablar con una persona.

—¿Con esa traficante? —dijo con desprecio, mirando en su dirección.

Me giré justo a tiempo para ver cómo a Naiara le temblaba la barbilla. Un segundo después salió corriendo del local.

—No deberías haber dicho eso —le reproché—. ¿O eres la única que aún no se ha enterado de que es inocente?

— Bueno, eso es lo que dicen, pero yo no las tengo todas conmigo.

No le contesté. Me fui detrás de Naiara sin siquiera avisar a los chicos. Me dolió ver su reacción, su cara al escuchar esas palabras.

Salí de la discoteca mirando a ambos lados. Me acerqué al portero.

—¿Has visto hacia dónde se ha dirigido una chica morena y delgada que acaba de salir?

—Sí, cogió hacia la calle de la derecha —respondió, señalando.

Eché a correr. Al entrar en la calle, la vi andando como si llevara prisa.

—¡Naiara, espera! —grité. Se giró un momento, pero al verme empezó a andar más aprisa aún— Por favor, Naiara, párate.

—¿Qué quieres? Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Vete con tu amiguita —dijo con sarcasmo, remarcando la última palabra.

Corrí hasta alcanzarla, y cuando llegué a su altura, la agarré del brazo con suavidad. Al volverse, me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. Aquello me partió el alma.

— Por favor, escúchame. Solo quiero hablar, no me gusta verte así.

—¿Hablar? ¿En calidad de qué? En calidad de nada, porque no me apetece hablar con nadie. —Se giró, dándome la espalda—. Y menos contigo, me has arruinado la vida.

Capítulo 6

Naiara

Cuando escuché a Kate pronunciar esas palabras, me quedé completamente atónita. No podía creer que ella, con quien compartía la misma pasión por la pintura, me hiciera ese tipo de comentarios.

Al principio, nuestra relación era cordial; cursábamos juntas el mismo curso Sin embargo, todo cambió cuando recibí un premio al mejor cuadro. Desde ese momento, Kate comenzó a menospreciar mi trabajo, afirmando que su arte era superior y que yo no tenía ni idea de lo que hacía. A pesar de sus críticas, yo nunca había visto la pintura como una competencia; simplemente me dedicaba a lo que me gustaba.

Ahora, aquí estaba, apoyada contra la pared, enfrentando al hombre que, sin conocerme, había causado más dolor en mi vida.

—¿Te importará mucho si lloro o dejo de hacerlo? Venga, di lo que tengas que decir y lárgate de aquí, quiero estar sola.

—Primero, deja de llorar. Y segundo, déjame hacer una llamada.

Vi que sacaba el teléfono del bolsillo. No sabía a quién llamaba ni por qué. Solo sabía que quería irme a mi casa.

—¿Germán, aún estáis con las amigas de Naiara? —Lo escuché decir mientras asentía—. Vale, pues, diles que no se preocupen. Está conmigo, vamos a dar una vuelta y la acompañaré a casa. —Tras decir esas palabras, colgó.

—Ni sueñes que voy a ir contigo a ningún lado —le dije, señalándolo con el dedo.

—Yo creo que sí. Vamos a un lugar tranquilo a hablar.

—Ya lo estamos haciendo. ¿Qué quieres? —Empecé a caminar.

—Te diría de ir a mi casa —me soltó, y tanto me sorprendió que casi se me salen los ojos.

—¿Esto va en serio? Primero me detienes y ahora me quieres llevar a tu casa. ¿Acaso te crees que soy idiota? Bueno, un poco sí, porque estoy perdiendo el tiempo contigo.

—Entonces dime tú a dónde quieres que vayamos. A mí me da igual.

—Al parque a comer pipas, ¡no te jode! Quiero irme a mi casa, ¿qué parte no entiendes?

—Y yo te he dicho que tenemos que hablar, ¿qué parte no entiendes tú?

Me solté de su agarre y seguí caminando. Venía detrás de mí, repitiendo que teníamos que hablar.

—A pesado no te gana nadie, señor agente.

—A cabezona tampoco te gana nadie. Y soy inspector, no agente.

—Ups, usted perdone, señor agente-inspector. —Le escuché soltar una carcajada que, sin querer, me hizo reír también.

—Está bien, tú ganas. Hablaré contigo, pero a tu casa no voy. No te conozco, y además, no me fío de ti. Tienes diez minutos.

—Pues empecemos a conocernos. Y te puedo asegurar que soy de fiar. En diez minutos no nos dará tiempo ni de empezar.

—Por favor, no me hagas reír.

No dijo nada más, me cogió de la mano y empezamos a caminar. No voy a negar que me gustaba la sensación que me transmitía. Me gustaba este poli, y mucho. Durante esas noches encerrada, más de una noche, ese

hombre se metía en mis sueños. Ese mismo hombre que me metió entre rejas era también quien me ayudaba en los días de mierda.

—No te he dado permiso para que me lleves de la mano, suéltame.

—Ya, pero resulta que yo no quiero soltarte. —Me apretó más fuerte.

—Bueno, ya está bien. —Me solté de un tirón, parándome frente a él—. Te he dicho que no te he dado permiso para que me toques, no quiero hablar contigo, y por último, tus diez minutos ya se han acabado.

—Te estás comportando como una niña pequeña. Nos debemos una conversación.

—Mira, señor agente o inspector, me da igual cómo me esté comportando. Y no, no nos debemos nada. Y como se te ocurra seguirme, te prometo que me pongo a chillar como una loca.

—Está bien, me rindo. —Levantó las manos—. No volveré a dirigirte la palabra, ni siquiera para saludarte cuando coincidamos en algún sitio. Pero al menos déjame acompañarte a tu casa o buscar un taxi.

Eso hizo, se quedó conmigo hasta que llegó el taxi que él mismo pidió. Quizás estaba siendo demasiado dura con él, pero su presencia me causaba un dolor que él no podía ni imaginar.

Cuando llegué a casa entré sin hacer ruido. Me fui directamente a mi habitación, caí a plomo en la cama y me quedé mirando al techo, pensando en que lo que me había pasado hoy rozaba lo surrealista. Pasé lo que quedaba de noche sin poder pegar ojo. Hasta me daba miedo quedarme dormida; las pesadillas me perseguían. No dejaba de preguntarme quién y por qué quería hacerme daño. Finalmente, conseguí quedarme dormida.

Al despertar, ya era bien entrada la mañana. No recordaba en qué momento me había quedado dormida, pero sí los instantes que compartí con Marcos. Lo odiaba, pero al mismo tiempo, había algo intenso en mis sentimientos hacia él.

—Buenos días, mamá —dije al entrar en la cocina, donde ella ya estaba preparando la comida—. Qué bien huele esa paella, aunque estoy segura de que sabrá aún mejor.

—Buenos días, hija. —Se acercó a darme un beso—. ¿Qué tal lo pasasteis anoche?

—Muy bien, aún me duele el cuerpo de tanto bailar —le solté una mentirijilla—. ¿Y vosotros?

—También muy bien. Hacía mucho tiempo que no disfrutábamos tanto de una salida, aunque…

—¿Aunque qué, mamá? ¿Pasó algo?

—No, no, tranquila. Es cierto que la gente nos miraba, pero varios se acercaron hasta nosotros para decirnos que se alegraban mucho de que estuvieras en casa. No me mires así, hija, que no pasó nada más.

—Vale, si tú lo dices…

—Te lo dice ella y te lo digo yo, hija —intervino mi padre al entrar en la cocina—. Nadie nos dijo nada malo, al contrario, ya has oído a tu madre.

—Vale, pues no os imagináis a quién me encontré anoche. Aparte de Kate, que soltó un comentario bastante desagradable.

—No deberías dejar que esos comentarios te afecten, hija —dijo mi padre —, Deja pasar el tiempo, la gente lo irá olvidando.

—Me encontré con el policía que me detuvo y sus compañeros —mi madre soltó un suspiro.

—Ay, hija, ¿pasó algo?

—No. Bueno, ellos me pidieron perdón. Sus compañeros, al menos. Marcos me dijo que teníamos que hablar, pero lo mandé a paseo. No quiero saber nada de lo que tenga que decirme.

Me preparé un café, aunque ya era la hora de comer, me apetecía. Me senté en la mesa, donde mi padre me cogió de la mano.

—Hija, tenemos que contarte algo. Igual no te gusta, pero quiero que sepas que el hecho de que viniera a hablar con nosotros dice mucho de él.

—¿De qué hablas, papá? No me vayas a decir lo que creo que me vas a decir.

—Marcos vino a hablar con nosotros el día antes de que salieras. Quería pedirnos perdón. Dijo que él solo estaba cumpliendo su trabajo.

—¿Que ese desgraciado vino a esta casa? No me lo puedo creer.

—No te pongas así, hija. Tu madre no quería decirte nada por esto mismo, por cómo sabíamos que reaccionarías.

—No quiero saber nada más. Me voy a mi habitación, necesito estar sola un rato.

Salí de la cocina más cabreada que un mico. No estaba enfadada con mis padres; ellos no tenían la culpa de nada. La culpa era de él, ¿quién cojones se creía para venir a mi casa? Esto no se iba a quedar así.

Cogí el teléfono, y abrí el grupo que tenía con mis amigos.

Yo: *¿Quién de todos vosotros sabía que Marcos había hablado con mis padres?*

Vi que Lucio estaba escribiendo.

Lucio: *Buenos días a ti también, Naiara. Yo lo sabía.*

Micaela: *Yo también, pero tus padres nos pidieron que no te dijéramos nada.*

Lucio: *Micaela, buenos días, amada mía.*

Micaela: *Mira, Lucio, el de los cojones sucios, ni en tus sueños.*

Yo: *¿Podemos dejarnos de chorradas y centrarnos en lo importante?*

Darío: *Todos lo sabíamos, Naiara. Pero tienes que entender una cosa, eso no nos pertenecía a nosotros decírtelo.*

Micaela: *Os dejo, que tengo compañía.*

Lucio: *¿Estás con el poli de anoche?*

Micaela: *A ti te lo voy a contar.*

Dejé el móvil sobre la cama. Estaba más que cabreada, ¿por qué me habían ocultado que él estuvo aquí? No me molesté en seguir preguntando. Ya daba igual, no había vuelta atrás.

Salí de la habitación cuando mi madre vino a avisarme de que iban a comer. Le di un abrazo y un beso, tampoco quería que se sintiera mal por

ello. Durante la comida aproveché para contarles que iba a empezar a dar clases de nuevo.

Mi madre se puso muy contenta. Les dije que empezaría el próximo mes, y que también iba a buscar un local un poco más grande. Tenía algunas ideas en mente que quería llevar a cabo, como dejar de exponer y vender yo misma mis propios cuadros.

Capítulo 7

Marcos

Comenzaba una nueva semana tras un fin de semana realmente complicado. Pasé todo el domingo dándole vueltas a la cabeza, sintiendo la necesidad urgente de hablar con Naiara. La situación me tenía atrapado, y no podía sacármela de la mente.

Mi madre se enfadó conmigo porque al final no fui a comer con ellos, pero cuando vi a Naiara subirse al taxi, decidí regresar a casa para poder beber y calmar mis pensamientos.

Como era habitual, después de desayunar, me dirigí al gimnasio. Necesitaba despejarme y, sobre todo, liberar la frustración que me había invadido desde la noche del sábado. No lograba entender cómo Naiara había logrado ocupar tanto espacio en mi mente. Me habría encantado poder hablar con ella, aunque sabía que me odiaba, y no la culpaba; si hubiera estado en su lugar, probablemente habría reaccionado de la misma manera. Mientras descargaba mi mal humor en el saco de boxeo, escuché la puerta abrirse.

—Dios, no me gustaría ser ese saco ahora mismo. —Sonreí al escuchar a Julio a mi espalda.

—Bueno, hasta donde sé, no hay saco que sienta los golpes. A no ser que quieras sentirlos tú —le respondí dándole una palmada en el hombro.

—Quita, quita, que no quiero dejar viuda a mi mujer. —Nos reímos—. Bueno, cuéntame, ¿qué tal el sábado? No veas lo que me acordé de vosotros.

—Por mi parte no hay nada que contar. Ya te dirán cuando veas a estos dos lo suyo.

—A ti te ha pasado algo y no me lo quieres contar —me dijo mientras íbamos hacia las duchas.

—Me encontré con Naiara Acosta el sábado por la noche. Quise hablar con ella, pero no me lo permitió.

Le conté todo lo que había pasado desde que nos encontramos con ella y sus amigas, cómo salí detrás de ella, todo lo que hablamos hasta que la monté en el taxi.

—Marcos, dale tiempo. No debe ser fácil para una persona haber estado encerrada sin ser culpable.

—¿Crees que no lo sé? Aunque sea mi trabajo, me siento culpable. No sé quién puede querer hacerle daño, pero lo voy a averiguar.

—Cuenta con nuestra ayuda. Aunque Germán y Rafael no estén aquí, te dirán lo mismo, recuerda que somos un equipo. —Le di un apretón en el brazo, asintiendo con la cabeza.

—¿Y tú qué tal con la familia política? Seguro que tu cuñado fue presumiendo del coche nuevo.

—No me lo recuerdes. Qué cena más larga. Parece que nunca ha tenido coche, y mi suegro le soltó que ya podía poner el mismo empeño en la empresa que con el coche.

Me tuve que reír con ese comentario, porque ver la cara que ponía imitando a Pepe, su suegro, no tenía precio.

Me despedí de Julio, ya que tenía que ir a comer a casa de mi madre, a ver si se le pasara el enfado. A veces me quejaba de ser hijo único, porque todos los enfados iban para mí. De camino pasé por su pastelería favorita y compré dos tortas inglesas, una de sidra y otra de chocolate. Con eso esperaba ganarme su perdón.

—¿Qué hace la mujer más guapa de esta casa? —le dije dándole un beso.

—¡Por el amor de Dios, Marcos! ¿Quieres matarme de un infarto? —Solté una carcajada—. Encima te ríes, contenta me tienes.

—No te enfades, mamá. Mira que te pones muy fea, y papá se buscará a otra. — Me dio con el paño de cocina en el brazo.

—No digas tonterías. Y no creas que por traerme estas tortas te voy a perdonar.

—Vaya, no sabes lo que me duele oírte decir eso. ¿Papá no ha llegado?

—No, y no llegará. Me ha llamado hace un rato para decirme que no podía venir a comer.

—Bueno, más pollo para nosotros, y del postre ni te cuento.

—Marcos Osuna Maqueda, no te alegres de que tu padre no venga. —Me miró y rompimos a reír.

—Sí que estás enfadada, pero ya no soy un niño, mamá.

—Por eso te libras. Anda, vamos a comer, aunque déjame decirte, jovencito, que para mí, siempre serás mi niño.

—Mamá, por Dios, nunca me hables así delante de mis amigos. —Nos echamos a reír.

Durante la comida estuvimos hablando de su trabajo —bueno, lo que podía—. Nunca hablaba de sus pacientes, solo comentaba si uno era más complicado que otro.

—Marcos, hijo, ¿estás bien? —La miré frunciendo el ceño.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Marcos Osuna Maqueda, no me respondas con otra pregunta. —Soltó una carcajada.

—Mamá, de verdad que no puedo contigo. Eres única haciendo reír cuando uno está jodido.

—Bueno, en algo se tiene que notar mi trabajo. Venga, déjate de tonterías y cuéntame. Es por esa chica, ¿verdad?

—La vi el sábado, intenté hablar con ella, pero no me lo permitió. Me odia, mamá, lo vi en sus ojos.

—Eso no lo sabes. Está resentida, y es normal. Ha pasado año y medio de su vida privada de libertad, dale tiempo, es lo que necesita.

—Eres la segunda persona que me dice lo mismo, que necesita tiempo.

—Dime una cosa, ¿qué sientes por ella? Y no me digas que nada, porque ni tú te lo crees.

No me gustaba tener conversaciones tan profundas con mi madre. A veces no sabía con quién hablaba, con la madre o con la psicóloga.

—No lo sé, de verdad. Pero es cierto que desde aquel maldito día no dejo de pensar en ella.

—Pues es lo primero que debes averiguar, y cuando lo hagas, si quieres, volvemos a tener otra conversación.

—Me tengo que ir ya. Dígale a mi madre que ya vendré otro día, y que la quiero mucho.

—Tonto eres, hijo. Yo también te quiero —me dijo dándome un abrazo —. Te espero el próximo sábado a comer.

— No me presiones, ya te diré algo.

Salí de casa de mis padres hacia la comisaría. Pasé todo el camino pensando en lo que me había dicho mi madre. ¿Qué sentía por esa mujer? ¿Qué podía sentir si no sabía nada de ella?

Estaba a punto de estacionar el coche cuando tuve que frenar en seco. Empezábamos bien la semana.

—¿Pero qué cojones haces? ¿Estás loca? ¿Qué haces aquí? Kate, creo que te dejé bastante claro que no quiero volver a verte.

—Y yo te dejé claro que sí quería volver a verte —dijo agarrándose a mi cuello.

—Haz el favor de irte de aquí. Ten una cosa clara: que me acostara contigo un par de veces no quiere decir que lo vuelva a hacer.

—¿Es por ella, verdad?

—¿Ella? No sé de quién hablas.

—Sí que lo sabes. Naiara. Me dejaste plantada para salir detrás de ella.

—Mira Kate, vamos a dejar una cosa clara: hace mucho tiempo que te dije que no quería nada contigo, no tiene que ver con ella ni con nadie. Ahora quítate de en medio si no quieres que te lleve por delante.

Me subí al coche y arranqué, obligándola a apartarse. Maldito el día que se me ocurrió acostarme con ella. Fueron solo dos veces, pero desde entonces no hay forma de quitármela de encima.

—¡Esto no va a quedar así, Marcos! —la oí gritar.

—Inspector, ¿qué les das a las mujeres que no te dejan ni respirar? —gritó Germán, según iba acercándome, riéndose junto con los otros dos.

—Menos cachondeo. Venga, a trabajar, que no os pagan por estar de mirones.

—Marcos, el comisario quiere verte —me dijo Irene al entrar.

—¿Luis está aquí?

—No, es David el que quiere verte. Parece que viene cabreado.

—Gracias, guapa, voy para allá. —Le guiñé un ojo. David era el sustituto de Luis mientras se recuperaba—. Ojalá no venga a tocarme las narices, porque después de lo de Kate, yo tampoco estoy para bromas.

Los chicos me miraron extrañados al escuchar que el comisario quería verme.

—¿Qué querrá este ahora? —preguntó Germán. Le contesté encogiéndome de hombros.

El comisario Galván no caía bien en la comisaría. Desde que llegó con su aire de superioridad, iba por ahí con el «yo mando, tú obedeces».

Llegué a la puerta y lo escuché gritar. Antes de llamar, pensé que claramente no era su mejor día. Solo esperaba que no me sacase de quicio, porque después de lo de Kate, yo también estaba calentito. Toqué la puerta esperando que me diera paso.

—¿Qué queréis ahora? —Bufó desde dentro.

—¿Me habías llamado?

—Ya era hora. Pasa y siéntate.

—Es la hora a la que entro todos los días que estoy de servicio.

—Menos cachondeo, Osuna, que no está la cosa para tonterías.

—Pues tú dirás, ¿para qué me has llamado?

—Quiero que cojas a tu gente, vayas a esta dirección y pongáis esa casa patas arriba.

—Sabes que sin una orden no podemos entrar.

Capítulo 8

—La orden te la estoy dando yo, Osuna.

—No voy a entrar en ningún sitio sin una orden judicial, y me da igual que seas tú quien la dé.

—Te la estás jugando, Osuna.

—Aplícate el cuento, Galván

Salí de su despacho con más mala hostia de lo que entré. ¿De qué coño iba todo esto? Germán me paró en el pasillo.

—Ahora no, Germán. —Entré en mi despacho cerrando la puerta de un portazo—. Maldita sea, he dicho que ahora no, ¿qué parte no entiendes?

—Lo siento, pero vas a tener que escucharme.

—¿Qué son esas voces? —preguntaron Rafael y Julio al unísono.

—Este que no quiere escuchar que han denunciado a Naiara. —Me giré a la velocidad de la luz al escuchar ese nombre.

—¿De qué estás hablando?

—Eso, que la han denunciado. Por eso te ha llamado ese capullo. ¿A que quería registrar su casa?

—¿Cómo sabes eso? ¡Habla, joder!

—Me lo ha dicho Irene mientras estabas dentro con él.

—Rafael, ve a por Irene —asintió y salió del despacho—. No me lo puedo creer, te prometo que no entiendo lo que está pasando. Es inocente, joder.

—Tranquilízate, tío, que te va a dar algo. A mí Galván no me da buena espina.

—A mí menos, pero él es lo que menos me preocupa en estos momentos.

Cuando Irene entró, me explicó que recibió una llamada de una mujer y que, tras colgar, Galván le pidió que tramitara la denuncia.

—Pero ¿quién fue? Me estoy volviendo loco, y vosotros no ayudáis. Necesito una copa.

—Vas a tener que conformarte con una tila, y triple —me dijo Julio.

— Esa se la das a tu tía la del pueblo… o mejor, a tu cuñado.

—¡Ja, ja, ja! Mira no es mala idea. Ya sé lo que tengo que hacer el próximo día.

A pesar de la tensión, me tuve que reír. Alguien quería hacer daño a Naiara, ¿pero por qué? Iba a mover cielo y tierra para descubrirlo.

Puse un poco de orden antes de que todo se nos fuera de las manos.

—Venga, todo el mundo a trabajar. Sabéis lo que tenéis que hacer cada uno. Los que salís a la calle, tened mucho cuidado. Germán, tú quédate.

—Tienes mala cara, macho. Tú dirás para qué quieres que me quede.

—Necesito que consigas el número de teléfono de Naiara. Pídeselo a Micaela, pero lo necesito para ayer.

—Eso está hecho. En cuanto le diga para quién es, me lo da sin preguntar.

—Eso espero. Pero no le digas para qué lo quiero. Ya se enterará.

—¿Y para qué lo quieres?

—Vete a tomar por culo, Germán. No me toques los cojones.

—Joder, macho, solo quería quitar hierro al asunto.

—Perdón, pero es que esto me tiene de los nervios.

—Pues relájate. Solo espero que lo que estés pensando salga bien.

—Yo también. Todo depende de ella.

Germán sacó su móvil del bolsillo y se acercó a la ventana para llamar a Micaela. Lo que tenía en mente tenía que salir bien, aunque tenía un mal presentimiento.

—Aquí lo tienes —me dijo Germán, tendiéndome un papel—. Me ha dicho que no se te ocurra hacerle daño, que te corta los «kínderes».

—Muy cariñosa la veo. —Me tuve que reír.

—Uf, no sabes cuánto amigo. Y en la cama es una diosa. Me gusta esa mujer.

—No te he preguntado nada, no me interesa saber cómo es en la cama. Largo de aquí. —Salió riendo.

Era algo que debía hacer. Por alguna razón que no lograba entender del todo, Naiara se encontraba nuevamente en un gran problema. Pasé un buen rato observando el papel que sostenía en mis manos, con la esperanza de

que me prestara atención. No quería aparecer en su casa sin previo aviso, eso estaba claro.

Cogí mi móvil, ya que no quería hacer la llamada desde el teléfono de la comisaría. Marqué su número y escuché el tono… uno, dos, tres… hasta que finalmente saltó el contestador.

Era crucial que resolviera esta situación antes de que fuera demasiado tarde. Así que salí de mi despacho en busca de Germán, y lo encontré en la sala de café, riendo y charlando con una compañera.

—Germán. Hola, Tania —saludé a la compañera que se encontraba allí —. Tenemos que salir, ya mismo.

No le dije nada más. Me dirigí a la salida directamente al coche.

—Marcos, espera. ¿Qué está pasando? No hay quien te reconozca.

—Ya lo entenderás. Llama a Micaela y pregúntale si sabe algo de Naiara. Es urgente dar con ella cuanto antes.

No esperó a que yo terminara de hablar cuando ya estaba llamando a Micaela. Puso el altavoz para que yo hablara con ella.

—¿Tanto me echas de menos, «picha brava»? —Solté una carcajada mirando a Germán que se había quedado blanco.

—Perdona, Micaela, soy Marcos, no el «picha brava». ¿Sabes algo de Naiara?

—¡Joder, perdona! Creí que era Germán.

—No te preocupes, pero necesito que localices a Naiara. Es urgente, y no me coge el teléfono.

—Seguramente no lo tenga cerca. Estoy yendo a su casa. ¿Quieres que le diga algo?

—No, mejor aún, ¿puedes esperarnos fuera hasta que lleguemos?

—Sí, claro, sin problema. Os espero.

—Gracias, Micaela. Hablaremos cuando nos veamos.

Cuando colgó, me eché a reír, mientras veía a Germán por el rabillo del ojo mirándome.

—¿Tanto me echas de menos «picha brava»? —No pude evitar soltar una carcajada.

—Qué cabrón eres —dijo entre risas—. No sé por qué, me da que esto me va a salir bien caro.

—¿Lo dudas? Verás cuando se enteren los demás.

—No me jodas. Ya veo a Julio dándome la vara, como nosotros a él.

—Perdona, dirás tú y Rafael, yo bien poco me meto con él.

—Como sea, no quiero ni un comentario más.

No podía parar de reírme, ya no era por el «picha brava», sino por el tono que utilizó Micaela al decírselo. Me faltaban dos calles para llegar a su casa cuando mi teléfono volvió a sonar. Vi que era el comisario Galván el que me llamaba.

—¿No lo vas a coger? Mira que lo vas a cabrear más.

—Me da igual. Seguro que llama para decirme que ya tiene la orden. Hasta que no termine de hacer lo que quiero, no se lo voy a coger.

—¿Qué es lo que pasa, Marcos?

—No lo sé. Pero tengo el presentimiento de que alguien quiere a Naiara fuera de circulación.

Llegamos y vi a Micaela esperándonos discretamente en la esquina. Me alegré de que hubiera sido prudente y se hubiera puesto ahí. Nos bajamos del coche y nos acercamos a ella.

—Hola, Micaela —la saludé con dos besos—. ¿Estás segura de que está en casa?

—Claro. Quedamos para irnos de compras. ¿Pasa algo?

—Ahora, cuando entremos, os lo explico. ¿Sus padres están?

—Su madre creo que sí.

Empezamos a caminar hacia la casa. Micaela llamó a la puerta y nos abrió la madre de Naiara, desde la última vez que la vi, tenía mucho mejor cara.

—Hola, Amparo. Germán y Marcos, quieren hablar con la niña.

—Buenas tardes, Amparo. Me alegro de volver a verla —saludé—. Él es el agente Sánchez.

—Buenas tardes, soy la madre de Naiara —saludó a Germán—. ¿Pasa algo con mi hija?

—¿Podemos pasar? Hablaremos mejor dentro.

—Perdón, claro que sí, adelante. —Se echó a un lado para dejarnos pasar.

La seguimos hasta llegar al salón. Nos ofreció sentarnos, pero yo no lo hice, estaba demasiado nervioso como para sentarme. Escuché unos tacones

bajando las escaleras. Era Naiara. Cuando me vio, se quedó parada. No dijo nada, pero por el gesto de su boca entendí que la visita no era de su agrado.

—¿Qué pasa, mamá? —le preguntó, pasando por mi lado, sin mirarme.

—No lo sé, hija, solo quieren hablar contigo. ¿Tengo que llamar a mi marido? —me preguntó muy apurada.

—Si quiere hacerlo, puede. Pero no se preocupe, no venimos a llevárnosla. — Aun así, cogió el teléfono para llamar a su marido—. Naiara, siéntate, por favor.

—Estoy bien así. ¿Qué es lo que queréis hablar conmigo?

—Hoy me han mandado registrar esta casa. —Su madre soltó un grito—. Alguien te ha denunciado.

—¿Pero a mí por qué? ¡Pero si yo no he hecho nada! ¿Vas a detenerme?

—No te voy a detener, porque yo no he estado aquí. Solo quiero saber si has notado algo raro, y si puedo echar un vistazo.

Sentí unos pasos a mi espalda, me di la vuelta y me encontré con el padre de Naiara. El hombre se notaba que venía a la carrera, llegaba sudando.

—Buenas tardes —nos saludó el padre.

—Buenas tardes, Sebastián. —Le tendí la mano—. Él es agente Sánchez.

—¿Puedo saber qué es lo que pasa? Pero mejor sentémonos.

Le conté lo mismo que a ellas dos. El padre se pasó las manos por la cabeza, se veía muy preocupado, a la madre se la veía muy nerviosa. Naiara la cogía de la mano, mientras Micaela, pese a la situación, no hacía nada más que mirar a Germán.

—Lo primero que quiero preguntarles es si han notado algo raro en casa.

—Bueno… —Empezó a hablar el padre—. El sábado por la noche, cuando Naiara se fue, mi mujer y yo salimos a cenar. Al regresar y entrar en el garaje noté algo raro, la puerta del armario que hay ahí estaba entreabierta. Yo soy muy meticuloso para esas cosas, pero pensé que mi mujer habría guardado algo.

—¿Puedo echar un vistazo? — asintió con la cabeza y se levantó del sillón donde se había sentado—. Germán, ven con nosotros.

—Yo también voy —dijo Naiara.

—Tú te quedas —respondimos su padre y yo al unísono.

Capítulo 9

Entramos al garaje, que se veía bastante ordenado; a simple vista, no había nada que captara mi atención. Curioso por lo que había sorprendido a mi compañero, le pregunté y me indicó un armario empotrado. Mientras me ponía unos guantes, me acerqué al armario y comencé a revisar su contenido, pero tras mover algunas cosas, mi frustración crecía al darme cuenta de que no había nada interesante.

Fue entonces cuando levanté la vista y noté una caja que sobresalía entre el resto de los objetos. La cogí con cuidado y la dejé en el suelo, sintiendo una mezcla de anticipación y nerviosismo. Al abrirla, me quedé boquiabierto ante lo que encontré en su interior, algo que definitivamente no esperaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Germán a mi lado— No me digas que es lo que creo, Marcos.

—Sí, es lo que crees. Sebastián, volvamos al salón, por favor.

No daba crédito a lo que me había encontrado. Otra vez se repetía la misma historia. ¿Quién quería hacerle daño a esa mujer? Solo con mirarla a los ojos se notaba la nobleza que había en ella. Al entrar en el salón, vi que aún seguía de pie.

—Naiara, necesito que te sientes para lo que tengo que decirte.

—Estoy bien así, gracias. —No pude evitar una media sonrisa por la forma en que lo dijo.

—Hija, hazle caso, siéntate. —En los ojos de su padre se veía la súplica.

Se sentó al lado de su madre, la agarró de las manos. Veía el miedo y la preocupación en sus ojos, y no era para menos. Puse los dos paquetes en la mesa, saqué las llaves del coche para abrirlos y comprobar el contenido. No me había equivocado: habían metido dos paquetes de cocaína en su casa.

—Naiara, ¿sabes lo que es esto?

—No lo había visto en mi vida, pero me puedo hacer una idea. —Sus ojos estaban vidriosos.

—Hija, otra vez no. Me muero si te vuelven a meter en la cárcel —le dijo su madre, llorando.

—Tranquilícese, que nadie va a ir a la cárcel. Ahora les diré lo que vamos a hacer.

—¿Estás seguro, Marcos? —me preguntó Germán. Asentí con la cabeza.

—Mi compañero y yo nos vamos a ir. En ningún momento hemos estado en esta casa. Cuando regresemos, será con una orden, pero no encontraremos nada. Quiero que se hagan los sorprendidos. ¿Podrán hacerlo?

—Lo intentaremos —me dijo su padre—, aunque no sé si mi mujer podrá disimular.

— Naiara —me dirigí a ella—, ibas a salir con tu amiga, ¿verdad? —asintió sorprendida con la cabeza— Llévate a tu madre. Es mejor que no esté aquí. Nosotros nos vamos ya, y cuanto antes lo hagáis vosotras, mejor —le dije.

Salimos de la casa. No hablamos hasta que nos metimos en el coche. Por la cara de Germán, sabía perfectamente lo que estaba pensando. No hacía falta que dijera nada.

—Marcos, sabes que te apoyo en todo lo que hagas. Rafael y Julio también, si se lo cuentas. Pero ¿estás seguro de lo que estás haciendo? Nos podemos meter en un lío.

—Lo sé. Pero tranquilo, no te verás implicado. No me lo perdonaría. Como tampoco me perdonaría que Naiara volviera a la cárcel sin ser culpable.

—¿Crees que te dejaré solo en esto? —Lo miré con el semblante serio—. No me mires así, porque no lo haré.

—Sí, lo harás. No estamos hablando de dos paquetes de pipas. Este problema es mío.

—Es por ella. ¿Qué sientes por ella? Y no me digas nada, porque ni tú te lo crees.

—Vamos a dejar el tema, *picha brava.* —Soltamos una carcajada.

Arranqué el coche y, justo en ese momento, sonó el teléfono.

—¿Dígame? —Sabía perfectamente quién era.

—¡Me cago en la leche, Osuna! ¿Dónde coño andas? Llevo tres horas llamándote.

—Tres horas, imposible. ¿Qué es lo que quieres, Galván?

—Si supieras lo que me jode, que me llames así con ese tono… —Miré a Germán, que aguantaba la risa—. Pero a lo que voy: ya tengo la orden. Y como no me has cogido el teléfono, ya va una patrulla a la casa.

—Este caso es mío. Ahora mismo voy para allá.

—Ya no. Ahora es mío. —Y me colgó.

—Te juro que no lo soporto. Un día de estos la vamos a tener. Se cree el amo y señor de la comisaría. Ha mandado una patrulla a la casa. Nos volvemos.

—¿Estás loco? ¿No recuerdas lo que llevas en el maletero?

—Perfectamente, pero eso solo lo sabemos tú y yo. —Di vueltas por calles colindantes. No quería llegar antes que mis compañeros. Cuando creí que ya había sido suficiente, me dirigí a la casa de Naiara.

Ya había un coche aparcado en la puerta. Germán y yo salimos del nuestro y nos dirigimos a ella. En la puerta estaba Raúl, un compañero que llevaba tres meses en la comisaría.

—Buenas tardes, inspector —me dijo saludándome.

—Raúl —respondí, entrando en la casa.

En el centro del salón estaba el padre de Naiara, visiblemente inquieto. A pesar de que tenía la certeza de que no hallarían nada, su nerviosismo era palpable.

—Buenas tardes, señor Acosta. Intentaremos no estar mucho tiempo —le quité la orden al agente que estaba a su lado.

—¿Qué está pasando, inspector? ¿Por qué vienen a mi casa?

—Hemos recibido una denuncia. Pero si no oculta nada, no tiene por qué preocuparse.

Estuvimos dos horas registrando la casa. En todos mis años de servicio, jamás se me hizo tan largo un registro. Cada rincón fue inspeccionado minuciosamente, pero, como era de esperar, no encontramos nada.

Nos despedimos de Sebastián, pidiéndole perdón por las molestias que le habíamos causado. Cuando iba a abrir la puerta del coche, me pareció ver a alguien en la esquina. No… no podía ser. La persona que creí ver, al notar mi mirada, se marchó.

—Joder, pensé que nunca íbamos a salir de la casa —dijo Germán—. Macho, no sé cómo lo haces, pero te juro que me estaba cagando en los pantalones. —Me eché a reír—. No te rías, te lo digo en serio. Con lo que hay en el coche, ¿crees que puedo estar tranquilo? ¿Qué vas a hacer con ello?

—Tirarlo por la taza del váter. Solo la echará de menos quien la puso. Esa droga no existe, y no creo que nadie la reclame.

—¿No me jodas que te la vas a llevar a tu casa? —negué con la cabeza—. ¿Entonces…? No… ¿Es lo que estoy pensando?

—No sé lo que estás pensando. No tengo una bola de cristal.

—¿La vas a meter en la comisaría? —asentí— Estás loco.

No intercambiamos ni una palabra durante todo el trayecto. Comenzaba a sentirme mal por haber llevado a Germán conmigo; quizás debería haberlo hecho solo. La urgencia me nubló el juicio y no me permitió pensar con claridad.

Antes de entrar en la comisaría, escondí la droga en una bolsa de deporte que tenía en el coche y le pedí a Germán que se quedara afuera. No quería complicarle más la vida. Entré al baño, me dirigí al fondo, cerré la puerta y, con una calma sorprendente, empecé a tirar la droga por el inodoro.

Al salir, vi que Galván venía hacia mí. Por su cara, se notaba que estaba muy cabreado.

—Osuna, a mi despacho. ¡Ya! —Germán me miraba con cara de terror.

Entramos en el despacho y se volvió para cerrar la puerta de un portazo, se le veía nervioso, no hacía nada más que andar de un lado hacia otro.

—¿Vas a decirme para qué me has llamado, o prefieres que me levante y empiece a dar vueltas también? —le solté.

—¡Estoy hasta los cojones de tus chulerías, Osuna! —me respondió, acercándose y apuntándome con un dedo—. Ahora cuéntame, ¿cómo es posible que no hubiera nada en esa casa?

—Ya lo has dicho tú: no había nada. Y créeme, por cómo dejaron tus hombres la casa, si hubiera habido algo, lo habríamos encontrado. —Seguía

dando vueltas por el despacho—. ¿Por qué estás tan nervioso? ¿Hay algo que yo no sepa?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Me estás queriendo decir algo?

—Para nada. Solo que parece que te ha cabreado no haber encontrado nada. Y si no quieres nada más, me voy.

Salí del despacho. Cada vez estaba más seguro de que escondía algo. Su actitud lo decía todo.

—Marcos —me agarró del brazo Germán—, ¿qué es lo que quería?

—Aquí no. Vamos al despacho.

Cuando entramos, fui directo a la ventana. Germán me hablaba, pero no lo escuchaba. Me había metido en mis pensamientos. Había una imagen que no podía quitarme de la cabeza.

—¿Me estás escuchando? Te has quedado en Babia.

—Perdona, ¿qué decías?

—Que me cuentes qué te ha dicho. Estoy de los nervios. No dejo de pensar en…

—En nada. No olvides que las paredes oyen. Hay que vigilar a Galván. Hay algo en este asunto que no me gusta nada. Estaba demasiado nervioso, más que tú.

—Bueno, ya hablaremos fuera. Me voy a mi mesa. Menos mal que ya queda poco para irnos.

Cuando me quedé solo, me puse a archivar informes atrasados. Pero no podía quitarme de la mente todo lo que había pasado aquella tarde. Recogí todo para marcharme a casa. No tenía la cabeza donde debía. Tenía que hablar cuanto antes con Naiara.

Capítulo 10

Naiara

Había pasado una semana desde que pusieron la casa de mi padres patas arriba. Mi madre puso el grito en el cielo cuando llegamos y nos encontramos a mi padre colocándolo todo. La pobre casi se desmaya al ver el desastre. No podía creer que esto estuviera sucediendo de nuevo… no otra vez.

Me sorprendió ver a Marcos en mi casa, pero lo que más me dejó desconcertada fue el motivo por el que vino. No dejaba de preguntarme por qué. ¿Por qué me había ayudado? ¿A qué se debía ahora tanto interés? Eran muchas las preguntas que tenía dando vueltas en mi cabeza, pero solo él tenía las respuestas.

Cuando salimos de casa, siguiendo las indicaciones de Marcos, nos dirigimos al centro comercial más alejado. Fuimos a la zona de restauración y nos sentamos en una de las terrazas interiores para tomar un café.

Mientras lo hacíamos, Micaela me dijo que debería hablar con él, darle las gracias por lo que había hecho. Pero no era fácil; lo tenía atravesado. Aunque, al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en él.

Puedo decir que, durante esa semana, había recibido tres llamadas diarias de Marcos, pero no respondí ninguna, ni tenía intención de hacerlo.

Faltaba solo una semana para el regreso a clases, y no podía negar que estaba nerviosa. No me atreví a preguntar a mis alumnos si asistirían; me aterraba la posibilidad de que me dijeran que no. La incertidumbre sobre si estarían dispuestos a volver a las aulas me generaba un nudo en el estómago, y prefería permanecer en la ignorancia antes que enfrentar esa respuesta.

Estaba preparándome para ir al psicólogo. Había estado reflexionando durante días sobre si debía hacerlo o no. Las pesadillas persistían, incluso con mayor frecuencia que antes. Cuando se lo mencioné a mis padres, me animaron a dar el paso. Mi padre me comentó que una clienta de la pescadería era psicóloga; mi madre se puso en contacto con ella y hoy era mi primera cita.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —me dijo mi madre cuando entré en la cocina.

—Sí, mamá. De todas maneras, voy a entrar sola. No es necesario que pierdas media hora en una sala de espera. Además, no soy una niña.

—Como quieras. Ya verás cómo te hará bien. Y recuerda que, para mí, siempre serás mi niña.

—Esto de ser hija única, a veces no mola mucho, que lo sepas.

Salí de la cocina dejando a mi madre riéndose. Me encantaba escuchar su risa; la había echado mucho de menos durante todo el tiempo que estuve encerrada. Me dirigí en coche hacia la consulta. No voy a negar que iba nerviosa; eso de contarle mi vida a un desconocido no iba conmigo, por muy médico que fuera.

Me costó bastante encontrar dónde aparcar. Después de dar varias vueltas, opté por meter el coche en un parquin. Lo habría hecho desde el principio, pero los párquines y yo no nos llevamos demasiado bien.

—Buenos días —saludé al conserje, que estaba leyendo un libro.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla, joven?

—Voy a la consulta de la doctora Maqueda —asintió con la cabeza.

Subí las escaleras hasta la segunda planta. Llamé a la puerta y me abrió una chica.

—Hola. Mi nombre es Naiara. Venía a ver a la doctora Maqueda.

—¿Tienes cita? —Me miraba de arriba abajo.

—Créeme, si no la tuviera, no estaría aquí, ¿no crees?

—Pasa y siéntate. Ya te llamaré.

Pues empezábamos bien. No soy nadie para juzgar a las personas, pero esta chica… estaba peor que yo. Al cabo de quince minutos —se me hicieron interminables—, regresó para decirme que podía pasar.

Al entrar en la consulta, me encontré con una mujer más o menos de la edad de mi madre, morena y con unos ojos marrones grandes. Pero lo que más me gustó de ella fue su sonrisa. Esa sonrisa que agradecí infinitamente y que me ayudó a relajarme un poco.

—Hola, Naiara —me saludó ofreciéndome la mano—. Soy Elisa. Nada de doctora ni de usted.

—Encantada de conocerte, Elisa. Ya me podría haber recibido la chica de fuera así. —No pude evitar ese comentario.

—¿Lo dices por Marta? No se lo tengas en cuenta. Hace un mes que su pareja la dejó por una compañera de trabajo. Lo ha pasado muy mal.

—Lo siento, no lo sabía.

—No te preocupes, no tenías por qué saberlo. Bueno, vamos a lo que nos ha traído a conocernos. Puedes sentarte en el sillón o en el diván, como tú te

sientas más cómoda.

—Sinceramente, me da igual. La verdad es que no estoy cómoda ni estando de pie.

—Te entiendo, querida. Pero verás que cuando empieces a hablar, te resultará más fácil.

Decidí sentarme en el sillón. Me pidió que le contara desde el principio. En ningún momento me sentí incómoda hablando con ella. Le conté todo, hasta llegar a la parte que tanto dolor me causaba. Me quedé callada, y no me di cuenta de que mis lágrimas caían por mis mejillas hasta que dejé de hablar.

—Lo siento. No puedo seguir por el momento.

—No te preocupes. Aún te quedan quince minutos. ¿Qué tal si me hablas de ese policía? Me has dicho que lo has visto en estos días. ¿Qué pasa por tu cabeza cada vez que lo ves?

—¿Es necesario hablar de él?

—No, si no quieres. Pero puede que te venga bien hacerlo —me dijo con una sonrisa.

—Tengo sentimientos encontrados con él. Me gusta, pero al mismo tiempo lo odio. Si no fuera por quién es, todo sería más fácil. Es guapísimo,

tiene un cuerpo de infarto, no parece mala persona, unos ojos que impresionan… pero no puedo olvidar que fue quien me detuvo.

—¿Has pensado que estaba cumpliendo con su trabajo?

—Sí, muchas veces. El primer día que salí con mis amigos me lo encontré. Iba con sus compañeros, me imagino que también serían amigos. Lo vi asentir con la cabeza. Sus amigos me pidieron perdón. Él no. Pero, en realidad, tampoco lo quiero.

—¿Estás segura, Naiara? ¿De verdad es eso lo que quieres? ¿O en realidad estás deseando que te lo pida?

No supe qué contestarle, porque esas preguntas también me las hacía yo.

—Bueno, ya llegó la hora. Siento tener que dejarlo en este punto, pero piensa en lo que te he dicho. Quizás eso te ayude. ¿Nos vemos la semana que viene? —me preguntó cerrando la libreta.

—En principio sí. Si no pudiera, ya te aviso.

—Pues entonces, nos vemos la semana que viene. Cuídate, Naiara.

Me despedí de ella y, al salir, me encontré con Marta; la saludé con una sonrisa. Me fui satisfecha. Caminé con paso tranquilo, sintiéndome inesperadamente ligera. Esa charla con una desconocida, aunque me costara abrirme, me había hecho bien. Decidí sentarme en una terraza: me apetecía

tomar algo fresquito y una tapita. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía bien conmigo misma, como si los momentos difíciles de mi vida no hubiera sucedido nunca.

Cuando le pedí al camarero lo que quería, miré al frente. No podía creer a quién estaba viendo: era Kate. Estaba hablando con un hombre, se la veía nerviosa, no dejaba de mover las manos. Esperaba que no me viera, porque era la última persona con la que quería hablar.

¿Quién sería ese hombre con el que hablaba? La gente que pasaba se los quedaba mirando. Yo tampoco podía dejar de observarla. En una de esas veces, Kate miró hacia donde yo estaba. Dejó al hombre con la palabra en la boca y vino hacia mí corriendo.

—Mira a quién tenemos aquí… una exconvicta sentada tan tranquila. ¿Cómo te fue en ese tiempo? —exclamó, soltando

—Kate, no tengo nada que hablar contigo. Te pido, por favor, que te vayas y me dejes tranquila.

—Pero yo sí tengo ganas de hablar contigo. —Retiró la silla y se sentó sin importarle lo más mínimo lo que le había dicho.

—Pues siento decirte que te vas a quedar con las ganas.

Me levanté y entré a pagar lo que había consumido. Al salir, ni la miré, pero ella bien se encargó de que todo el mundo que pasaba se parara a escuchar.

No os podéis imaginar el mal rato que pasé. Se puso a gritar llamándome exconvicta, traficante… Mis lágrimas se escapaban sin control. Ni cuenta me di de que alguien me agarraba del brazo y tiraba de mí.

—Naiara, respira despacio. —Miré quién me hablaba y era Elisa—. Así, respira… y cuenta hasta diez.

Ni siquiera me di cuenta de que me había sentado en el suelo.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? ¿Llamo a tu padre?

—No, no llames a nadie. Tengo el coche en el parquin. Quiero irme a mi casa.

—Pero no estás en condiciones de ir sola, y menos conduciendo.

—De verdad, te lo agradezco, pero sí puedo. Gracias. Nos vemos la semana que viene.

La dejé allí, parada. Cuando comencé a caminar, me llamó:

—Naiara, quiero que vengas mañana. —Me volví para mirarla—. ¿Podrás hacerlo? A la misma hora.

—Lo intentaré. Gracias. —Seguí caminando en busca del coche.

Di vueltas por la ciudad. Necesitaba tranquilizarme. No quería llegar a casa y que notaran que había llorado. Por más que pensaba en el daño que pude haberle causado a Kate, no lo encontraba. Ella siempre fue muy competitiva desde que la conocí, pero jamás hice nada para dañarla. Al contrario, siempre intenté que ella destacara por encima de mí.

Cuando aparqué el coche en la puerta de mi casa, me miré en el espejo retrovisor antes de bajarme. No quería que mi madre notara que había llorado.

Capítulo 11

—Mamá, ya estoy en casa —le dije, cerrando la puerta—. Voy a cambiarme y ahora bajo.

—¡Jesús, hija! Ni que vinieras manchada de grasa. —La escuché decir riendo.

Entré en mi habitación y me fui directa al baño. Sabía que mis ojos podían estar enrojecidos, así que decidí desmaquillarme para poder culpar al desmaquillador si alguien notaba algo raro. Luego me cambié de ropa; me puse algo más cómodo, un chándal, y bajé al piso de abajo.

—¿Qué tal te ha ido, hija? —preguntó antes de que pudiera entrar en la cocina.

—Mamá, hija, por poco y me lo preguntas a voces. —Nos reímos—. La verdad es que me ha ido bien. Elisa es muy simpática, no me esperaba que fuera así.

—Me alegro. Pero es su trabajo ser simpática, digo yo.

—Sí, claro, por eso tú siempre dices que tu médico parece que tiene un palo metido en el culo.

—No es lo mismo. Y yo nunca he dicho eso. Digo que *parece* que anda estreñido.

—Quiere que vuelva mañana. Al principio me dio cita para la próxima semana, pero luego cambió de opinión y me preguntó si podía ir antes. —No quise contarle el motivo, ni lo que pasó—. Le dije que sí.

—Me parece bien, hija. A ver si consigue que se terminen tus pesadillas. —Me quedé mirándola con la boca abierta—. Naiara, ¿crees que no te oigo llorar por las noches? Esos chillidos que das…

—Lo siento, mamá. No creí que me escucharas.

—Yo, y tu padre. Pero como dijiste que no querías que entráramos en tu cuarto, no lo hacemos.

—Perdóname, ¿vale? Son solo… mis pesadillas.

—Eres mi hija, y me duele mucho verte de esta forma. Tú no eres así. Echo de menos a la Naiara bromista, risueña, esa que iluminaba cualquier habitación con su alegría… Siento que algo te ha afectado, algo que no has querido compartir con nosotros, y eso me preocupa. Quiero que sepas que estoy aquí para escucharte, sin juzgarte, porque lo más importante para mí es que recuperes esa chispa.

—Dejemos el tema, por favor, te lo pido. —Se dio la vuelta sin decir nada más.

Comencé a poner la mesa, anticipando la llegada de mi padre, que debía estar al caer. Mientras nos sentamos a comer, decidí compartir con ellos mi intención de pasar por la comisaría. Se quedaron en silencio, un poco sorprendidos, pero me apresuré a aclararles que mi única intención era hablar con Marcos, para agradecerle lo que había hecho el otro día.

✣ ✣ ✣

A las seis de la tarde ya estaba aparcando cerca de la comisaría. Estaba nerviosa. No sabía si se alegraría de verme o me echaría a patadas. Aun así, decidida, salí del coche y caminé hacia la entrada. Una vez dentro, le pregunté al policía de la recepción por el inspector Osuna.

Vi cómo le hablaba a otro agente, que levantó el teléfono. No pude escuchar lo que dijo.

—Señorita, siga a mi compañero. Él la llevará al despacho del inspector.

—Gracias —dije, y seguí al agente. Mis tacones resonaban con cada paso que daba. Me había arreglado a conciencia, sin saber por qué: vestido corto,

color albaricoque, de manga larga y escote en V. Botas por encima de la rodilla, maquillaje suave, pero labios rojos.

El agente llamó a la puerta, y cuando Marcos dio permiso, la abrió. Entré, y escuché cómo la puerta se cerraba tras de mí.

—Buenas tardes, Naiara. —Madre mía, debería ser delito ser tan guapo —. ¿Qué puedo hacer por ti? —No me pasó inadvertida su mirada de arriba abajo—. Pero siéntate, por favor —añadió, apoyándose en la mesa.

—Gracias, pero solo será un momento. Venía a darte las gracias. —Arqueó una ceja—. Aún no te he agradecido lo que hiciste por mí estos días.

—No hace falta que me las des. Y te agradecería que no siguiéramos hablando de este tema aquí. —Ahora fui yo quien arqueó la ceja—. Ya lo hablaremos fuera.

—Entonces será mejor que me vaya. —Me levanté de la silla, pero al llegar a la puerta noté cómo me agarraba de la cintura.

—No tan deprisa. —Me quitó el bolso, que cayó al suelo, y me puso contra la pared—. Estás preciosa con ese vestido.

Me levantó los brazos, sujetándolos con una mano, mientras la otra recorría mi brazo hacia abajo.

—¿Siempre te vistes así, Naiara? —me susurró al oído, mientras su mano pasaba por debajo de mi pecho—. ¿O ha sido porque venías a verme? No te quedes callada…

Sentí su erección contra mi espalda. Me estaba poniendo nerviosa… y al mismo tiempo, empezaba a excitarme.

—O me sueltas ahora mismo, o grito. Me pongo lo que me da la gana, cuando me da la gana. Da igual si voy a por el pan o a la misa del gallo.

—No quieres que te suelte… —susurró—. Noto cómo se acelera tu respiración. Apuesto lo que quieras a que si metiera el dedo en cierta parte de tu cuerpo, estaría más que preparada.

—Suéltame —le dije entre dientes—. Mi respiración se altera porque me estás tocando las narices. Me pongo nerviosa cuando me cabrean.

Llamaron a la puerta. Él soltó un bufido; yo, una risita. Se apartó, no sin antes susurrarme al oído, que eso no se quedaría así.

—Marcos, tenemos que… —El agente que entró se quedó paralizado—. Oh, joder. No sabía que estabas ocupado.

—No se preocupe. Yo ya me iba.

—Espera, Naiara. Julio, te presento a la señorita Acosta.

—Sé quién es. Lo siento mucho. Creo que soy el único que no le ha pedido disculpas.

—Vaya, así que tú eres el cuarto. Tranquilo, ya no sirve de nada. Buenas tardes —dije, y salí sin mirar atrás.

Una vez en la calle, respiré hondo. ¿Salí satisfecha? Sí, y no. Sí, porque lo había provocado, tal y como quería. No, porque no esperaba que me pusiera contra la pared y me tocara de esa forma. Por mucho que me gustara… no podía tener nada con él. Ni con él, ni con nadie.

✣ ✣ ✣

Caminando hacia el coche, me sonó el teléfono. Era Micaela.

—Dime, loca de atar. ¿Dónde tengo que ir?

—¡Hija de tu madre! Luego dices que no tienes una bola de cristal. —Me eché a reír—. Pues mueve el culo y vente a la cafetería de siempre. Creo que nos tienes que contar algo.

—No tengo nada que contar. Mi vida es muy simple.

—Simple eres tú —dijo antes de colgar.

Cuando llegué a la cafetería, vi que estaban fuera, en la terraza, riéndose. Por la cara que puso Lucio, supe el motivo.

—Ya está aquí la más molona del grupo —dije, sentándome junto a Micaela.

—Una mierda como un piano. La más molona soy yo —dijo Micaela, y todos reímos.

—Bueno, bueno, pelea de molonas —soltó Lucio—. Hola, preciosa.

—Tú te callas, no quieras que diga lo que no te gusta —le soltó Micaela.

—¡Haya paz! —dijo Blanca—. ¿Qué quieres tomar? —me preguntó, llamando al camarero.

Pedí un café. Ellos ya estaban con las copas, pero a mí no me apetecía.

—Niñas, tengo que irme. He quedado con una chica —dijo Lucio.

—¿Y cuándo nos la vas a presentar? —pregunté.

—De momento, nos estamos conociendo. Pero cualquier día de estos os la presento.

—Qué pena de chica, tener que tocarte los huevos sucios —dijo Micaela.

—Micaela, ya está bien —dijo él, serio—. El día que menos te lo esperes, te llevo a un baño y me dices si están sucios o no.

Lucio se marchó visiblemente cabreado, y no era para menos. Las bromas entre amigos son divertidas de vez en cuando, pero Micaela a veces se pasaba. Y eso que pensaba que acabarían juntos…

—Joder, Micaela. Te pasas con él —le dijo Blanca—. Demasiado ha aguantado.

—Chicas, vengo de la comisaría —dije, para cambiar de tema.

—¡¿Cómo?! —preguntaron las dos a la vez.

—Lo que habéis oído. Fui a comisaría a darle las gracias a Marcos, por lo que ya sabéis.

—¿Y le has comido los morros?

—Qué bruta eres, Micaela. No, no le he comido los morros… pero él me ha cacheado. Y por qué lo interrumpieron, que si no, no sé qué hubiera pasado…

Les conté todo lo que había sucedido. Micaela decía que me lo tenía que haber tirado allí mismo. Blanca opinaba que tenía que haber quedado con él.

—Pues ni lo uno ni lo otro. Pero salí con un calentón que para mí se quedó.

—Te haces la dura. Déjate llevar. ¿Desde cuándo no estás con un hombre? No, espera, no lo digas… Hace cuatro años, desde que te dejó ese capullo.

—Perdona, Blanquita, pero lo dejé yo. Y no me hago la dura. Es que no tengo ganas de hombres ahora mismo.

—¿Y cómo te fue con la psicóloga? —preguntó Micaela.

—Muy bien, la verdad. Me sentí muy cómoda con ella.

—Chicas, me tengo que ir —dijo Blanca, mirando el móvil—. Mi madre se ha dejado las llaves dentro de casa otra vez. Cualquier día se deja la cabeza, ¡qué mujer!

—Venga, nos vamos todas. ¿Me acercas a casa, Naiara? —me preguntó Micaela.

Asentí con la cabeza. La dejé en su casa, no sin antes prometer que saldríamos ese fin de semana.

Capítulo 12

Marcos

Había transcurrido una semana, una semana llena de pensamientos sobre ella que no me dejaban en paz. Me hacía un sinfín de preguntas, pero las respuestas se me escapaban. Si tan solo hubiera tenido el valor de preguntarle a mi madre, ella habría sabido qué decirme.

La sorpresa fue mayúscula cuando la vi en la comisaría; jamás imaginé que se presentaría allí. Cuando recibí la noticia de su llegada, me costó asimilarlo, y ni siquiera tenía claro qué era lo que quería.

Cuando entró en mi despacho y la vi con ese vestido, me quedé sin aliento; quise arrancárselo al instante. Decir que estaba preciosa era quedarme corto. Y esos labios… que decían «cómeme». No pude contenerme: la puse contra la pared. Noté cómo su cuerpo reaccionaba a mi erección, su respiración se volvía cada vez más errática. La deseaba con una intensidad que me desbordaba

Me volvía loco. Deseaba a esa mujer; imaginaba mil formas de estar con ella, de recorrer cada rincón de su cuerpo. Pero era plenamente consciente de que todo eso no eran más que fantasías, inalcanzables e imposibles, por lo que yo era… y por lo que ella representaba. Me cabreé cuando, de pronto, Julio irrumpió en el despacho, rompiendo ese momento que estaba viviendo con ella.

Por mucho que me gustara, por mucho que sintiera por ella, era consciente de que nunca estaría conmigo. Yo debía de ser la persona que más odiaba en su vida.

—Lo siento, tío. No sabía que estabas ocupado —dijo Julio. Negué con la cabeza—. De verdad que lo siento.

—Deja ya de decir que lo sientes. De todas maneras, no hubiera pasado nada. Tranquilo. ¿Qué es lo que quieres?

—Necesito una noche de chicos. Mi mujer sale con sus amigas y no pienso quedarme solo en casa. Venía a decirte que los chicos y tú, no hagáis planes.

—La madre que te parió… ¿No podías esperar? Tenías que decírmelo corriendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Entró Germán sin llamar—. Creo que me he perdido algo, ¡ja, ja, ja!

—Desde luego que lo tuyo no es normal, *picha brava.* —Me eché a reír.

—¿*Picha brava*? —preguntó Julio riendo—. Yo sí que me he perdido algo.

—Joder, qué capullo eres, Marquitos. —No podía parar de reír—. En qué horita, macho, en qué horita...

—Venga, deja de reírte y cuéntamelo. ¿Por qué es *picha brava*?

—¿Quién es *picha brava*? —entró Rafael preguntando. Yo no podía parar de reír.

—Aquí no lo podemos hablar. Cuando nos veamos este sábado, os lo cuento.

—Pero si estamos a jueves… ¿Por qué no nos lo puedes contar aquí? —preguntó Rafael.

—He de contaros algo, pero no puede ser aquí. Recordad que las paredes oyen.

—Me cago en la leche, Marcos. Todavía no te has enterado de que soy peor que una mujer. —Nos echamos a reír—. Ahora tengo que esperar al sábado.

—¿Al sábado? —le preguntó Rafael.

—Sí, que este sábado, es sábado de chicos —dijo moviendo las pestañas como si fuera una mujer—. Salgo con vosotros.

—Bueno, ya está bien. Esto, en vez de un despacho, parece un patio de colegio. ¿No tenéis nada que hacer?

—Yo venía a traerte el informe de la reyerta —me dijo Rafael.

—¿Cómo fue todo? ¿Algún problema?

—Bueno, tú sabes… el chulito de turno. Pero nada que lamentar.

—Pues venga, cada uno a lo suyo, que como venga Galván os pone más tiesos que una vela. Yo tengo que salir.

—No sabía que íbamos a salir —me dijo Germán.

—No, porque voy yo solo. He de hablar con Luis. —Me miró con preocupación. Sabía perfectamente de qué conversación se trataba.

Salimos todos de mi despacho y, al cruzar la puerta, noté que Galván me observaba. Sin embargo, opté por ignorarlo; no podía soportar a ese hombre, de verdad que no. Desde el instante en que entró en la comisaría, su presencia me generó desconfianza. Había algo en su mirada que me inquietaba, y cada vez que lo veía, esa sensación se intensificaba.

Subí al coche y me dirigí a casa de Luis, sintiendo la necesidad de compartir lo que había sucedido en casa de Naiara. No me sentía orgulloso de lo que había hecho; era la primera vez que me encontraba en una situación así, no solo ocultando la verdad, sino tratando de deshacerme de ella. No me consideraba el mejor policía, pero tampoco el peor. Había algo extraño en todo esto, y estaba decidido a descubrirlo.

Desde que se supo que Naiara era inocente, cada día que pasaba aumentaba mi deseo de llegar al fondo del asunto. Quería entender quién había intentado hacerle daño y por qué. Al ser ya tarde, no estaba seguro de si Luis estaría en casa, pero esperaba que sí, ya que esta situación me estaba robando el sueño.

Aparqué el coche un poco alejado de su casa, una de las desventajas de vivir en una gran ciudad: encontrar estacionamiento es un verdadero desafío. No voy a mentir, estaba preocupado, pero no tanto por lo que iba a contarle, sino por la posibilidad de decepcionarlo. Para mí, Luis era como un segundo padre, y eso hacía que la presión fuera aún mayor.

Llamé al timbre y escuché unos pasos acercándose. Cuando se abrió la puerta, me recibió una hermosa sonrisa que iluminó el momento.

—Hola, Carolina. ¿Cómo estás? —le pregunté, dándole un beso y un abrazo.

—Hola, Marcos. Estoy bien. ¿Y tú, cómo estás, corazón? Me tienes abandonada, y eso no te lo perdono.

—Llevas razón. Pero ya sabes que soy un hombre muy ocupado. ¿Está Luis en casa?

—Sí que está. Pero pasa, hijo, no te quedes en la puerta. ¡Luis, tenemos visita! —dijo en voz alta, cerrando la puerta.

Me cogió de la mano y me llevó hacia donde estuviera Luis. Carolina era un encanto de persona. No solo era amable, sino que te trataba como si fueras su propio hijo. Así era como me trataba a mí. Ellos no tenían hijos. Por unas cosas y otras, siempre decían que se les había pasado el arroz.

—¡Marcos, qué sorpresa! No te esperaba por aquí.

—Quería hablar contigo. ¿Tienes tiempo?

—Claro que sí. Anda, vamos a mi despacho. Carolina, ¿nos traes café?

—Ahora os lo llevo. Ya decía yo que la visita no era para mí —iba diciendo camino de la cocina.

—No le hagas caso. Ya sabes cómo es. —Entramos en su despacho—. Siéntate y cuéntame qué te trae por aquí.

—Luis, tengo que confesarte que he hecho algo de lo que no me siento orgulloso. Sin embargo, créeme cuando te digo que lo hice porque no podía soportar la idea de que todo se repitiera de manera tan injusta. Cuando te lo

cuente, sé que te vas a sentir decepcionado conmigo, y eso es algo que me pesa.

Iba a decir algo cuando Carolina entró con los cafés.

—Si queréis algo más, me lo decís.

—Gracias, Carolina. Por mi parte, está bien así.

—Por la mía también —dijo Luis con una sonrisa.

Salió, cerrando la puerta. Me quedé mirando el café, hasta que sentí una mano en mi hombro.

—Venga, muchacho. ¿Qué es eso que has hecho? Suéltalo ya, que no te veo buena cara.

Empecé a contarle desde el principio lo que pasó. En ningún momento me interrumpió. Se limitó a asentir con la cabeza. Me escuchaba casi sin pestañear, bebiéndose el café. Cuando llegué al final, se levantó.

—Marcos, sinceramente, no sé qué decirte. No está bien lo que has hecho…

Iba a hablar, pero no me dio opción.

—No me sorprende que hayas actuado así. Sé que odias las injusticias. No me has decepcionado. Créeme que te entiendo.

—¿Cómo que me entiendes? Ahora el que no te entiende soy yo.

—Te has enamorado de esa mujer.

Negué con la cabeza.

—Niégalo todo lo que quieras. Ya te darás cuenta de ello. Sobre lo otro… ¿qué te preocupa?

—Joder, Luis. Pues que he tirado por la taza del váter dos paquetes de cocaína.

—¿Y? ¿Acaso el que la puso te la va a reclamar? Piensa, muchacho. ¿Quién reclamaría algo que no quiere que se sepa que colocó en esa casa? Nadie. Quien lo hizo, lo intentará otra vez. Pero créeme, no la reclamará. ¿Quién sabe esto? ¿Tu equipo?

—Solo lo sabe Germán. Y créeme, ese está peor que yo. —Soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer. Si me hubieras dicho, Julio, te habría creído. Pero no Germán.

—Pues créeme que es así. Ni yo mismo me lo creo.

—Hijo, sois buenos policías. De eso no me cabe duda. Te diría que no le contaras esto a nadie más, pero si me dices que Germán está peor que tú, debes contárselo al resto. Por su salud mental. Ellos no dirán nada. Matáis los unos por los otros.

—Gracias, Luis, por escucharme. Me tengo que ir ya —dije mirando el reloj—. Últimamente, tengo a Galván soplándome la nuca.

Me dio un abrazo entre risas y salimos juntos del despacho. Antes de irme, me despedí de ambos, prometiéndole a Carolina que intentaría visitarla con más frecuencia.

Al subirme al coche y poner rumbo a la comisaría, sentí como si un gran peso se hubiera levantado de mis hombros. No podía seguir ocultando ese asunto a alguien en quien confiaba tanto. Naiara, esa mujer que había alterado mi paz mental. Quizás mi madre tenía razón al hablar de mis sentimientos hacia ella; todos lo notaban, pero yo me negaba a aceptarlo

En mi mente ahora mismo solo había una imagen: la de ella contra la pared, con los brazos en alto, sus manos sobre la mía, por encima de su cabeza. La tensión era palpable, y podía sentir su nerviosismo en cada respiración. No sé qué habría sucedido si Julio no nos hubiera interrumpido, pero la cercanía de esa mujer representaba un riesgo para mí.

Al llegar a la comisaría, me encerré en mi despacho, donde las carpetas comenzaban a acumularse sobre mi mesa. El desorden me incomodaba, y últimamente, ese era el pan nuestro de cada día.

Otra noche que saldría tarde, pero no me importaba. Me gustaba mi trabajo y lo que hacía. Me puse a archivar los casos ya resueltos. Después echaría otro vistazo a los que quedaban pendientes.

—¿Piensas dormir aquí? —me preguntó Irene, dejando una carpeta sobre la mesa.

—No, me iba ya. ¿Algo urgente?

Negó con la cabeza.

—Pues entonces, Julita, vámonos a casa. Que ya nos toca.

Capítulo 13

Naiara

No había dormido en toda la noche. Además del miedo a quedarme dormida por culpa de las pesadillas, ahora tenía que sumar dos preocupaciones más: Kate y el inspector. La primera no me inquietaba demasiado; me era indiferente. Pero él… él no.

Estar contra la pared con el cuerpo de Marcos tan cerca me gustó. No solo me puso nerviosa, sino que me dejó con un calentón de tres pares de narices. No sé si lo notó o no. Lo único que sé es que ese hombre me atraía muchísimo. Pero para mí estaba más que vetado. Y no, no solo porque me hubiera detenido, sino porque estar con él me recordaría todo lo que había vivido en este año y medio.

Eran las nueve de la mañana. Por fin era viernes. Digo «por fin» porque podría estar con mis amigas, no porque tuviera una agenda muy ocupada, aunque sí que tenía ganas de empezar mis clases.

Hoy volvería a ver a Elisa. Me gustaba esa mujer. Aún me preguntaba si la cita me la adelantó por el encontronazo con Kate, o si simplemente alguien canceló.

Bajé a desayunar. Supuse que mi madre estaría en la pescadería; siempre iba a echar una mano a mi padre hasta media mañana. Me preparé un café y vi una nota suya en la encimera:

«Hija, estoy en la pescadería. Que te vaya bien con la psicóloga.
Te quiero, cariño».

Más guapa mi madre. Y no lo digo solo por su físico, que sin duda lo es, sino porque por dentro es la mujer más buena del mundo.

Desayuné viendo las noticias en el móvil. No es que me entusiasmaran, pero me gustaba estar al tanto de lo que pasaba en el mundo, aunque había días en los que era mejor no leer nada.

Dejé la taza en el lavavajillas, cogí la gabardina y el bolso, y salí a la calle. No iba a coger el coche; me apetecía caminar. El trayecto no me llevaba más de media hora andando. Si mi padre me viera, me diría que estaba loca teniendo un coche en la puerta. Pero me encantaba andar.

Faltaban diez minutos para la cita con Elisa. Me di cuenta de que, si quería venir andando, tendría que salir un poco antes la próxima vez. No me gustaba llegar justa de tiempo a los sitios. Di los buenos días al conserje, quien me correspondió con un saludo. Le dije adónde iba y asintió con la cabeza.

Mientras subía las escaleras, pensaba en cómo me recibiría hoy Marta, pero no tardaría en descubrirlo.

Llamé a la puerta, esperando que me abriera. Cuando lo hizo, no supe ni cómo reaccionar.

—Buenos días, Naiara —me saludó con una sonrisa—. Pasa. Elisa no tardará en recibirte, está atendiendo una visita inesperada.

—Hola, Marta. Gracias, no te preocupes, esperaré aquí.

—¿Quieres un café? ¿Un té?

Negué con la cabeza.

—Quería pedirte disculpas por lo del otro día. Creo que estuve un poco borde contigo.

Borde dice… borde se queda corto.

—No te preocupes, todos tenemos días malos. Ese te tocó a ti.

—Aun así, te pido perdón. Los problemas deberíamos dejarlos fuera del trabajo.

—Así es. Pero ya te he dicho que no tiene importancia. Está olvidado.

—Gracias —respondió antes de irse a atender el teléfono.

Me senté en una butaca y cogí una revista de psicología. Debería haber estudiado eso en lugar de pintura… tal vez hoy no estaría aquí.

Escuché abrirse la puerta. Yo seguía concentrada en la revista, pero una voz me hizo levantar la cabeza como un resorte.

No podía ser verdad lo que estaba viendo. ¿Qué hacía él allí?

—¿Qué haces aquí, Naiara? —preguntó, algo sorprendido.

—No creo que tenga que contestar. ¿Acaso te he preguntado yo qué haces tú aquí?

—He venido a ver a mi madre.

Cuando dijo esas palabras, casi me caigo al suelo.

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre. ¿No sé por qué te sorprende?

Miré hacia Elisa, que estaba apoyada en el marco de la puerta, sonriendo.

—No lo sabía —dije, volviendo a fijar la vista en la revista.

—No tenías por qué saberlo.

Ni siquiera levanté la cabeza. No quería seguir hablando con él.

—Buenos días, Naiara. Cuando quieras, puedes pasar. Marcos se marcha ya, ¿verdad, hijo?

—Sí, ya me voy. Después te llamo. Nos vemos, Naiara.

No me levanté hasta que se fue. Entré y cerré la puerta.

—Buenos días, Elisa. No sé qué decir… no sabía que…

—No te preocupes. Ven, siéntate en el diván.

—¿Por qué no me dijiste que era tu hijo? Sabías perfectamente de quién te hablaba.

—¿Hubiera cambiado algo? No lo creí conveniente. No mezclo el trabajo con lo personal. Tú eres mi paciente. Él es mi hijo.

—Pues no hubiera venido. De hecho, creo que me voy. —Me levanté para coger el bolso.

—Naiara, estás en tu derecho. Tanto si te quedas como si te vas. Puedo darte el teléfono de algún colega si eso te hace sentir más cómoda.

Me eché a llorar. No podía más con mi vida, de verdad. Todo esto me estaba superando. Elisa cogió el teléfono y pidió a Marta que trajera una tila. Luego se acercó a mí y me abrazó.

—¿Por qué lloras? ¿Por él?

Negué con la cabeza.

—¿Entonces por qué, Naiara?

Iba a responder cuando la puerta se abrió.

—Gracias, Marta —dijo Elisa, cogiendo la tila que me había traído.

—No lo sé. Estoy cansada. No duermo bien por las noches. Las pesadillas no me dejan descansar.

—¿Solo las pesadillas? Hay algo más, y lo sabes. Pero te niegas a admitirlo.

—No sé de qué me hablas. Te estoy diciendo que son las pesadillas.

—¿Quieres irte o quieres quedarte? Dime qué quieres hacer.

—No lo sé. Ahora mismo no sé lo que quiero.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a dejarte sola cinco minutos. Lo piensas, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

Salió sin decir nada más. Me tumbé en el diván. Irme significaba buscar otro psicólogo, y eso era lo que menos quería, con lo que me había costado decidirme a venir.

Ahora entendía por qué sacaba el tema de él. ¿Quería sonsacarme? No… no creo que fuera de esa manera. Aunque tampoco podía fiarme del todo. Pero me caía bien. Más que bien.

—Naiara —me llamó Elisa al entrar—, ¿has decidido qué hacer?

—Sí. Me quedo. Porque lo necesito. Y por qué sé que de aquí no saldrá nada.

—Puedes estar segura de eso. No hablo de mis pacientes.

—¿Puedo preguntarte algo?

Asintió.

—¿Tu marido también es policía?

—No, cariño. Mi marido es bombero. El niño no quiso seguir los pasos de ninguno de nosotros… más bien los de su abuelo, mi padre. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada…

—Naiara, nadie pregunta algo por nada.

—Bueno… si hubiera sido bombero, estaría para apagar más de un fuego.

Soltó una carcajada.

—Creo que hasta los provocaría. ¿Mejor?

—Mucho mejor. Podemos empezar cuando quieras.

—¿Qué te parece si hoy hablamos de tus amigos? Háblame de ellos.

—Son lo mejor que tengo en la vida. Estamos un poco locos… Bueno, Blanca y Darío son los más sensatos. Pero, cuerdos o no, somos una piña.

No sé cuánto tiempo estuve hablando de ellos, pero me sentía feliz. En paz conmigo misma.

—Se te llena la boca al hablar de ellos. Eso es muy bueno. Pero dime, ¿por qué no quisiste que te visitaran en la cárcel?

Me tensé al oír esa palabra. Puso su mano en mi hombro.

—Relájate. Me interesa ese punto. No es común que alguien rechace visitas, ni siquiera de sus seres más cercanos.

—No quería ver sufrir a mis padres. Sobre todo a mi madre. Sabía por Anselmo, mi abogado, que no lo estaba pasando bien. No quería empeorarlo. Al menos al principio…

—¿Y después? ¿Por qué no quisiste, Naiara? No creo que no echaras de menos verlos… incluso a tus amigos.

—¿Cómo sabes tanto? No creo que mi caso lo llevaran al detalle. Y creo recordar que no te lo he contado.

—Digamos que tu madre necesitaba desahogarse.

—¿Mi madre te ha estado viendo?

—No. Solo de vez en cuando. Cuando iba a la pescadería y estaba allí, me la llevaba a desayunar. No quiero hacerte sentir mal, pero verla era como ver a un muerto viviente. Solo intentaba ayudarla.

—Quizá en parte fue culpa mía. Pero créeme si te digo que fue mejor así. Si me hubiera visto, lo habría pasado peor. Apenas comía, no dormía… no era yo. Y no quería que me viera así.

—¿Quieres contarme tus primeros días allí? Imagino que debieron de ser muy duros.

—¿Es necesario que lo haga?

—No si no quieres. Pero puede ayudarte. Tómate tu tiempo.

—Lo que pasé allí no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Solo lo sabe Anselmo, y no pudo hacer nada. Era mi palabra contra la de ellas. Actuaba como un robot desde que me levantaba hasta que me acostaba. Todo lo hacía por inercia. Me hicieron la vida imposible. Pero lo peor vino al mes de estar allí…

No podía seguir. De verdad que no. Revivir ese calvario me daba ansiedad. No quería hablar de ello. Pero sé que, en algún momento, tendré que hacerlo.

Capítulo 14

Me levanté. No podía seguir tumbada. Caminé hacia la terraza, pensando en cómo contar algo que me había hecho tanto daño. Cogí aire y lo solté muy lentamente. Conté hasta diez cerrando los ojos.

—Está bien, te lo voy a contar —le dije mirándola, para luego volver a mirar por la ventana.

Empecé a hablar, casi de carrerilla, con la voz entrecortada. Le conté, con detalle, todo lo que me atormentaba: desde cómo adquirí la sensación de tener ojos en la espalda, hasta el momento en que perdí la fe en las personas. Mientras yo desahogaba mis sentimientos, ella murmuraba maldiciones en voz baja, pero yo no podía detenerme; las palabras fluían junto con las lágrimas, como si cada una de ellas fuera un peso que necesitaba liberar.

Se acercó a mí y me abrazó. Cuando me giré, vi que se secaba las lágrimas.

—No sabes cómo lo siento. Nadie debería pasar por eso. ¿Cómo aguantaste tanto?

—Ni yo misma lo sé… Supongo que pensar en mis padres ayudó un poco. Y en una persona que no se merecía ni un segundo de mis pensamientos.

—¿Marcos?

Asentí con la cabeza.

—¿Tanto lo odias?

—No te imaginas cuánto. Pero ya te dije que tengo sentimientos encontrados con él. Cada día que pasaba pensaba en cómo vengarme, en cómo hacerle daño, aunque fuera la mitad de lo que yo pasé.

—¿Aún lo piensas? ¿Piensas vengarte de él? Y que sepas que no te está hablando la madre, sino la psicóloga.

—Tranquila, ninguna de las dos se tiene que preocupar. No soy así, por mucho que a veces me gustaría ser una mala persona.

—¿Por qué no se lo has contado a tus padres? ¿O a tus amigos?

—¿Cómo estarías tú en mi lugar? ¿Se lo contarías a tu familia? ¿Cómo crees que se sentirían? ¿Se lo dirías a tus amistades? No quiero que me

tengan lástima. O tal vez aún no sea el momento.

—¿Y por qué a tu abogado sí?

Me estaba desesperando con tanta pregunta.

—Digamos que a alguien se lo tenía que contar. —Me encogí de hombros —. Bueno, ya me marcho. No tengo ganas de hablar más.

—No hemos terminado, Naiara.

—Oh, ya lo creo que sí. Es viernes, y esta que está aquí come con sus amigos. —Recogí mi bolso y abrí la puerta.

—¿Nos vemos la semana que viene? —preguntó con una sonrisa.

—¿Puedo decir que no?

—Poder puedes, pero me gustaría seguir hablando contigo.

—¿En calidad de psicóloga o de suegra? —Me di la vuelta y solté una carcajada.

—En calidad de lo que tú quieras. Te espero el miércoles de la próxima semana, a la misma hora. No me falles.

No le respondí. Solo levanté la mano diciendo adiós.

Salí de la consulta con una sonrisa en el rostro. Aunque la sesión había sido intensa y emocionalmente agotadora, sentía una mezcla de alivio y esperanza. No digo que fuera a olvidarlo así como así, pero el simple hecho de no estar dándole tantas vueltas al asunto ya era un paso.

Al llegar a casa, me di cuenta de que iba con el tiempo justo. Había quedado con las chicas para comer, como cada semana. Era nuestro ritual: comida de chicas. No se imaginaban cuánto había echado de menos esos momentos.

—¡Ya estoy aquí! —grité soltando las llaves—. ¿No hay nadie en casa?

—Estoy en la cocina. —Escuché decir a mi madre—. ¿Cómo te ha ido hoy?

—Mamá, te pasas la vida en la cocina. Y no me chilles, que no soy sorda. Me ha ido bien. Pero no te imaginas a quién me encontré. Vas a flipar.

—Pues no sé… Aunque no te lo creas, ya flipo cada día con lo que veo en la pescadería. —Me eché a reír—. ¿A alguien de la pescadería? Bueno, mejor no me lo digas. No vaya a ser que se me escape y le pregunte por qué va.

—¡Mamá, por Dios! ¿Tú te estás escuchando? Tranquila, que no va a la pescadería… Bueno, tampoco lo sé.

—Hija, ¿quieres dejar de enredar y decirme a quién has visto?

—A la persona que menos te imaginas. —Me dio un pellizco—. ¡Auch! Ya te lo digo: al inspector Osuna. ¿Cómo te quedas?

—¡Pues sorprendida! Menos mal que aún no lo he visto en la pescadería. ¿Qué hacía allí? ¿Detener a tu psicóloga? ¿Es otro paciente?

—Cotilla eres, hija. Pareces la madre de Micaela. —Me tiró el paño a la cara—. Agárrate, que voy: es su hijo.

—¿Cómo? Espera, voy a sentarme, que creo que me va a dar algo.

Le conté todo desde el principio: la conversación que había tenido con él, que me dio por querer irme… Mi madre me escuchó hasta que terminé.

—Bueno, hija, pero ella no le contará nada… Eso espero, porque si lo hace, vaya profesional. ¡Joder, qué casualidad!

—Mamá, no digas palabrotas, que si te escucha papá, te lava la boca con lejía.

—Hija, solo he dicho «joder». Sé que te gusta. —Me quedé mirándola con la boca abierta—. No me lo niegues. Te he visto cómo lo mirabas el día que vino a casa.

—No me gusta… Bueno, un poco. No lo sé, la verdad.

—Madre mía… Voy a tener un yerno policía y una consuegra psicóloga. ¿Su padre a qué se dedica?

—¿Qué dices, loca? No te montes películas, que nada de eso va a pasar. Su padre es bombero. ¿Lo llamamos para que te apague el fuego?

—La madre que te parió. Con lo bien que me lo apaga tu padre. —Reímos.

—Se llama Amparo. Bueno, me voy a arreglar, que he quedado con las chicas.

La dejé, sentada, tardaría en levantarse. Mi madre era muy novelera. Creo que ver tantas series turcas le estaba afectando. Ese era otro de los motivos por los que no quise que fuera a verme. Pero era la mejor madre del mundo.

Entré en mi habitación, encendí la radio, y me encontré cantando a grito pelado con Manuel Turizo:

«Qué pecado
Que duermas otra noche sola es un pecado
Sabiendo que yo puedo estar ahí a tu lao'
Borrándote el pasado, no to' son malos, solo el equivocado…»

Escogí un pantalón negro de pata ancha, una blusa blanca de cuello alto con escote en la espalda, anudada. Una chaqueta corta plisada, también en

negro. Mis zapatos rojos y un bolso a juego. Me maquillé un poco, recogí mi pelo en un moño bajo… y lista.

¿Lo vería esa noche? Ojalá, porque ese hombre me tenía loca. Me conformaba solo con verlo. No creo que pudiera tener algo con él por lo que representaba. Aunque, si os soy sincera… me gustaría que me pusiera otra vez contra la pared.

—¡Mami! Dame dinerito, que me voy. Con que me des cien euros me conformo.

—Hija, ¿no te parece que eso es mucho dinero? —Sabía que bromeaba, como yo con ella. Desde que empecé a vender mis cuadros, jamás les pedí nada. Mis padres siempre estuvieron bien económicamente. Mi padre recibió la herencia de mi abuelo. Podría vivir sin trabajar, pero eso no entra en su manera de ser.

—La vida está muy cara. Bueno, me voy. Dale un beso a papá. Por cierto, no sé si vendré a dormir.

—Hija, ten mucho cuidado. No quiero llevarme más sustos.

—No te preocupes, mamá. Estaré bien. —La abracé—. Te quiero dos mundos: el tuyo y el mío.

Salí rumbo a casa de Micaela. Vivíamos muy cerca. Hoy decidimos movernos en taxi o en bus. Así no tendríamos que preocuparnos por el coche. Ya me entendéis.

A veces, salir a la calle se convertía en una verdadera odisea. Aunque ya no era tan común, todavía había miradas que se posaban sobre mí, algo a lo que me había acostumbrado con el tiempo. Sin embargo, lo que realmente me inquietaba era esa sensación de ser observada, una sensación que me había acompañado durante varios días. Era como si alguien estuviera siguiendo cada uno de mis movimientos, y no era una simple paranoia; estaba convencida de que me estaban vigilando.

La ansiedad comenzó a apoderarse de mí, y mis pasos se aceleraron. En ese instante, lamenté haber optado por unos tacones que, aunque elegantes, resultaban poco prácticos. Menos mal que solo me faltaba cruzar una calle.

Al llegar a la puerta, llamé con un ligero temblor en las manos, mientras mis ojos se movían nerviosamente de un lado a otro, sintiendo que la locura estaba a un paso de alcanzarme.

—¡Pero qué guapa! —dijo al abrir—. ¿Te pasa algo, Naiara? Estás blanca.

—Ay, Micaela… Me voy a volver loca, te lo digo de verdad.

—Bueno, mujer, si loca ya estás. ¿Pero por qué dices eso? ¿Qué has hecho esta vez?

—Tengo la sensación de que me están observando… de que me siguen.

—¡¿Qué?! —Salió corriendo a la ventana.

—¡Pero qué tonta eres! ¿Crees que se va a poner justo frente a tu ventana?

—Chica, yo qué sé. ¡Esto es emocionante! Parece una película de misterio. No me digas que no.

—Micaela, ¿te estás escuchando? ¿Emocionante? Te quiero mucho, que si no, ahora mismo te mandaba por donde amargan los pepinos.

—Desde luego que el sentido del humor te lo dejaste en la cárcel. Eso era lo que me faltaba por escuchar…

—Mira, no me voy ahora mismo por Blanca, pero a mí no me hables en lo que resta del día.

—Perdóname… se me escapó. Joder, sabes cómo soy. No me lo tomes en cuenta. ¡Perdóname, porfi, porfi!

—Desde luego, no tienes remedio. Termina ya de arreglarte.

Zanjé el tema. Sabía cómo era. Como también sabía que daría lo que fuera, porque no me pasará nada. Micaela era una buena chica. Pero a veces hablaba sin pensar.

Mientras terminaba de arreglarse, de vez en cuando se asomaba a la ventana con disimulo.

Capítulo 15

—Bueno, pues cuando quieras, nos vamos. ¿Crees que le gustaré a mi *picha brava*? —Solté una carcajada.

—¡¿Cómo?! ¿Has quedado con él?

Asintió con la cabeza.

—¿Blanca también ha quedado?

Volvió a asentir.

—¡¡Traidoras!! Me dejáis tirada como a una colilla… Ten, amigas para esto.

—Que no, mujer. Seguro que va tu Marcos, siempre andan juntos.

—No lo llames así. No es, ni será, mi Marcos. Venga, vámonos. Blanca ya estará esperándonos.

—Que no dice… tiempo al tiempo, ya verás.

—Lo mismo te digo. Vámonos ya. —Tuve que empujarla para que saliera.

Cuando salimos de su casa, fui todo el camino riéndome. No os podéis hacer una idea de cuánto. Micaela iba mirando hacia todos lados. De vez en cuando se paraba y gritaba: «¡Te estoy viendo! ¡Sé quién eres!».

Sé que ella también estaba asustada. La conocía demasiado bien, pero le quitaba importancia para que yo no me sintiera mal. Al final, propuso llamar a un taxi, a ver quién era el listo que nos seguía. Ahí no me morí de risa porque no era mi día.

Llegamos donde nos esperaba Blanca. La vimos sentada en una mesa, riendo con el camarero.

—Mírala, qué cabrona. Nosotras, muertas de miedo y la tía descojonándose con ese. Y encima, es feo de cojones, el tío.

—Micaela, por Dios, no puedo contigo. Es feo, sí, pero un feo gracioso, por lo que veo. —Soltamos una carcajada—. Cállate, que me lías y me haces decir barbaridades.

—Vaya, qué contentas venís. Sentaos, queridas, y contadme qué es eso que os divierte tanto.

—Ja, ja, ja, pues tú hija… Te voy a llevar al oculista —le dijo Micaela—. Tan emocionada estabas que no nos has visto llegar.

—¿Y eso por qué? Si os he visto. Mira, te cuento: os bajasteis del taxi, estuvisteis mirando de un lado a otro, después mirasteis hacia mí y os echasteis a reír.

—Naiara, esta sí que me está asustando. —Nos echamos a reír—. Te lo decía por el camarero, hija. ¡Mira que es feo!

—Micaela, ¿tú no eres la que dice que con lo guapo no se come?

—*Touché*.

Comimos entre risas, pero he de deciros que antes Micaela montó una de las suyas. Habíamos pedido un plato de berenjenas con miel de caña, entre otras delicias. Cuando el camarero finalmente lo trajo a la mesa, se lio parda. Micaela, con su característico sentido del humor, le preguntó al camarero dónde estaba la miel, insinuando que tal vez se la había comido en el camino. Blanca no sabía dónde meterse, a mí me dio la risa floja y el pobre camarero, pidiendo perdón por algo que no era culpa suya.

—El postre no lo comparto, lo siento —les dije mirándolas—. Me voy a comer un pedazo de torrija que no se la salta un galgo.

—¡Pero qué golosa eres! Bueno, mujer, pues nosotras pedimos un postre para cada una —dijo Micaela imitando mi voz.

—Ea, ya habló la *mua*. Por cierto, Blanca, no te hemos dicho lo guapísima que vienes hoy.

—No pasa nada. Estabais muy entretenidas. Pero decidme algo, ¿qué estaba buscando la loca esta, mirando para todos lados?

Resoplé y le conté la percepción que tenía desde hacía días, pero que hoy, desde que salí de casa, era aún más fuerte.

—¿Algún conocido? No sé… o alguien que quiera decirte algo y no se atreve.

—¿En serio, Blanca? —dijo Micaela—. Pues mira estoy de acuerdo contigo en que la conoce, pero no son *amiguis* ni nada. Deberías decírselo a tus padres.

—Ni se os ocurra —les advertí, señalándolas con el dedo—. ¿Y por qué hablas en femenino? Ni siquiera sé si es real o son cosas mías. Mejor no alarmarlos, que ya conocéis a mi madre.

—Pues habla con el inspector. Seguro que él te lo resuelve.

Negué con la cabeza.

—Y tanto que sí, lo resuelve… de mil maneras diferentes. —Nos echamos a reír.

—Escuchadme bien, las dos: ni se os ocurra decir nada a nadie. Y cuando digo a nadie, es a nadie.

—Ay, madre… yo sí que me estoy asustando —dijo Blanca, resoplando.

—Bueno, vamos a dejar el tema. Hemos quedado para divertirnos, no para hablar de algo que no sabemos. Contadme qué tal vuestra mañana.

—Pues yo no lo quería decir, pero ahí lo lleváis: me han despedido. Reducción de plantilla, dicen.

—Vaya, Micaela. Lo siento mucho. Verás como pronto te sale algo. De todas formas, hablaré con mi padre. En la pescadería siempre tendrás sitio.

—¡Serás cabrona! ¡Ni loca! Yo, apestando a pescado… ¡Ni de coña!

—Oye, guapa, mis padres no huelen a pescado.

—Eso es porque tú ya estás inmunizada. No me preocupa, ya encontraré algo.

—Venga, vamos a levantar el culo de aquí. ¡Nos vamos de compras! —propuso Blanca.

—Eso, que mi *picha brava* no hace más que romperme los tangas —dijo Micaela, llevándose las manos a la frente.

—¡Vamos! Que a ti te jode mucho eso. —Reímos.

—Esperad, vamos a pedir otro café. He de contaros algo que me pasó esta mañana.

—¿Otra más? —dijo Micaela, alzando la mano para llamar al camarero.

—Pues os vais a quedar con la boca abierta. ¿Sabéis quién es el hijo de Elisa, mi psicóloga?

—Sorpréndenos —contestaron al unísono.

—¡Marcos, el inspector! ¿Cómo os quedáis?

—¡La madre que me parió! —dijo Blanca—. ¿Cómo te has enterado?

—Lo vi esta mañana allí.

Empecé a contar lo que había pasado. Las dos me escuchaban atentas, sin interrumpirme, solo asentían o abrían la boca sorprendidas.

—Y ahora sí, chicas, ¡vámonos de tiendas!

Salimos a la calle. Si antes solo tenía a Micaela mirando para todos lados, ahora se unía también Blanca. Tuve que reñirlas porque me estaban poniendo nerviosa, y no era lo que quería para esa tarde de viernes.

La primera tienda fue de ropa interior. No pensaba comprar nada, pero las chicas me animaron. Me vino bien, hacía mucho tiempo que no me compraba nada.

La siguiente parada fue una perfumería. Salimos bien cargadas, sobre todo yo. Terminamos en una tienda de ropa. Me obligaron a comprarme de todo. Decían que tenía que renovar mi armario, y llevaban razón: llevaba año y medio sin meterme en una tienda.

—Esto no es normal. A ver qué hacemos ahora con todas estas bolsas —dijo Micaela, y es que ella había comprado casi lo mismo o más que yo.

—¿Cómo que no habíamos quedado para ir de compras? Si lo llego a saber, no me pongo estos zapatos.

—Naiara, ¿desde cuándo te ha importado eso? Además, tampoco los llevas tan altos.

—Ya, pero he perdido facultades. Y otra cosa… ¿qué hacemos con las bolsas?

—¡Dios, dame paciencia con esta mujer! —dijo Micaela—. Vamos a ver: ¿qué hemos hecho otras veces? Llamar a un taxi y soltarlas en casa. Pues eso haremos.

Y así lo hicimos. Cogimos un taxi y fuimos dejando las bolsas en nuestras casas. Cuando nos dimos cuenta, ya era hora de cenar. Los chicos no nos acompañarían; al igual que nosotras teníamos nuestros días de

chicas, ellos también disfrutaban de su tiempo a solas. Al final, siempre terminábamos encontrándonos en la discoteca.

No estaba teniendo un buen día. Aunque intenté no decir nada, la sensación de incomodidad aumentaba con cada momento que pasaba. Finalmente, les confesé que ya no sentía que me miraran, pero eso no era del todo cierto. No quería preocuparlas, ya que no me parecía justo cargarles con mis problemas.

Al llegar a la discoteca, Micaela se encargó de que no tuviéramos que hacer cola, cosa que agradecimos. Aún recuerdo la primera vez que fuimos: tardamos una hora en entrar. Ahora, en cambio, llegábamos y pasábamos sin problemas.

—Me tienes que contar qué le dices al portero para que se ponga colorado —le dije mientras entrábamos.

—De eso nada. Eso es entre él y yo.

—Esto cada vez se pone peor de gente —dijo Blanca, quejándose—. Al final vamos a tener que cambiar de sitio.

—De eso nada, guapa. Ni Naiara ni yo vamos a cambiar de sitio.

—¿Pero por qué hablas por mí? Yo no he dicho nada. De hecho, sí que me gustaría ir alguna vez a otro sitio.

—Eso será cuando vayamos a tu casita de la playa. Estoy deseando que llegue el verano. ¿Podríamos ir cuando sea la Feria?

—Ni de coña. Esos días son sagrados para mis padres.

—¡Aguafiestas son! —Soltó una carcajada—. Es broma, ya lo sabes.

Nos dirigimos al sitio de siempre, por si Darío y Lucio aparecían. Pedimos tres rones con cola y nuestros chupitos.

—Hoy no pienso beber mucho, os lo digo desde ya —dijo Blanca.

—Yo tampoco, que después me da vueltas todo, me duermo y tengo que esperar hasta la mañana para comerme a mi *picha brava*.

Escupí lo que estaba bebiendo.

—¡Ya va a empezar esta guarra a escupir! Menos mal que esta vez has tenido el detalle de no hacerlo en la cara.

Es cierto, lo escupí, pero fue por no ahogarme. Me entró la risa. No era que le llamara «picha brava», era *cómo* lo decía.

—Y hablando de él… Mirad quiénes están en la barra: los polis más guapos de toda Sevilla.

Capítulo 16

—Mira qué bien —dije, sin querer darme la vuelta por si él también estaba—. Pues entonces, yo ya me voy a mi casa.

—No seas tonta, dale una oportunidad. Ya te dijo que lo sentía, que era su trabajo. Tienes que empezar a olvidar.

—Me pides un imposible, Blanca. Eso es una de esas cosas que creo que no se olvidan en la vida. Podré vivir con ello, pero no olvidarlo.

De pronto empezó a sonar una canción de Manuel Turizo. Las cogí de las manos y me las llevé a la pista. Nos pusimos a bailar como solo nosotras sabemos hacerlo. No solo bailábamos, también reíamos, cantábamos. De vez en cuando miraba hacia la barra con disimulo, y ahí estaba él con sus amigos… y aquí estaban mis mariposas bailando en mi estómago.

Bailamos tres canciones más y volvimos a la mesa. Estaba dando un sorbo a mi cubata cuando vi a Germán y Rafael acercarse a las chicas.

—Vaya tres bellezas —dijo Rafael—. Buenas noches, chicas. ¿Qué tal, Naiara?

—Hola, Rafael, bien, gracias. —Me parecía feo no saludarlo, y más viendo la cara de cordero degollado que tenía Blanca.

—Hola, Germán. —Me adelanté a saludarlo, sabía que él haría lo mismo.

—Hola, Naiara. Me alegro de que estés bien.

—¿A mí no me saludas? —Esa manía suya de venir por detrás y susurrarme al oído—. Estás muy guapa.

—Hola, Marcos. Gracias. —Volví a beber de mi copa.

—¿Qué tal con mi madre? Me sorprendió verte allí, no sabía nada.

—Pues ya lo sabes. Mira, Marcos, vamos a dejar las cosas claras: estamos aquí por nuestros amigos. Me cuesta trabajo ser cordial contigo. Con esto te quiero decir que seguro hay alguna chica, por ahí que te dé más conversación que yo.

—Nosotros vamos a bailar —dijo Germán. Se fueron los cuatro y nos dejaron solos.

—No quiero la conversación de otra chica. ¿Quieres que vayamos a bailar? —me preguntó con una sonrisa.

—No tengo ganas, gracias. Creo que cuando me beba esta copa me voy a casa.

Pasó un camarero por nuestro lado y le pidió, por favor, que nos trajera dos copas. Pensé que le estaba echando morro, pero cuando vi que el camarero se dirigió a él por su nombre, supuse que lo conocía.

Me quedé en silencio. Lo tenía enfrente. No dejaba de mirarme. Me estaba poniendo nerviosa, pero es que no era para menos. Estaba guapísimo. Y esa sonrisa… aunque le dije que se fuera, no quería que lo hiciera.

—Ahora vengo, voy al baño.

—Te acompaño. —Me lo quedé mirando.

—No necesito niñera.

Soltó una carcajada.

—Muy gracioso.

Caminé hacia el baño. Me estremecí al sentir otra vez esa sensación de estar siendo observada. Miré a los lados, incluso hacia atrás, y vi que Marcos seguía mirándome. Al llegar al baño, como siempre, las colas interminables. Mientras esperaba mi turno, escuché a una chica que me llamaba por mi nombre.

—¿Naiara? ¿Eres tú?

—Pues no lo sé, ¿soy yo? —La chica me sonrió.

—Sí, sí, eres tú. La que estuvo presa siendo inocente.

En ese momento me tensé.

—Me alegro de que todo se haya resuelto para ti, aunque haya sido un poquito tarde.

—Gracias, no sé qué decir. —Justo me tocaba entrar—. Bueno, llegó mi turno. Chao, y gracias otra vez.

En ese momento sentí cómo las lágrimas corrían por mis mejillas. No me gustaba que me dijeran nada sobre ese tema. Sé que lo hizo con la mejor intención, pero me hacía daño.

Me miré al espejo mientras me lavaba las manos. No se notaba mucho que había llorado. No quería que nadie lo notara. Al salir del baño, noté que alguien me agarraba del brazo y me empujaba contra la pared.

—No te asustes, soy yo. Pero es que no me podía resistir a tenerte otra vez así.

—Suéltame, Marcos. ¿A ti cómo hay que decirte las cosas?

En ese momento sentí su mano recorriendo mi cuerpo, mientras con la otra sujetaba las mías por encima de mi cabeza.

—No quiero soltarte, todo lo contrario. Me muero por tenerte así… pero desnuda. Quiero recorrer tu cuerpo palmo a palmo.

Noté cómo su erección se hacía evidente.

—Como no me sueltes, te denuncio. Te lo digo en serio.

—Hazlo, pero ya que lo vas a hacer, déjame hacer esto.

Me dio la vuelta y buscó mis labios. Me besó, y con su lengua buscó la mía. ¿Qué hice yo? Corresponderle. Eso fue lo que hice. Me moría por besar a ese hombre, no lo iba a negar. Le di un empujón y lo dejé solo.

Caminé hasta donde estábamos. Mis amigas ya habían llegado. Cogí mi copa y me la bebí de un trago. ¡Qué calor más malo!

—Vaya, sí que tienes sed —dijo Germán—. Te va a sentar mal, eso no es agua.

—Es que hace mucho calor aquí. —En ese momento llegó Marcos.

—¿Hace calor, o tienes calor interior? —preguntó Micaela.

—Estás tú muy graciosa hoy. —Nos echamos todos a reír.

—Yo siempre soy graciosa, lo sabes desde que me conociste.

Dejamos ese tema. Blanca cambió de conversación —cosa que le agradecí—. Nos estuvo contando que llevaría a su madre al pueblo por la mañana a ver a una tía suya que estaba muy enferma. Llegó un momento de la noche en que me fui relajando. Me volví a beber otra copa, pero esta vez con moderación, aunque notaba que cada vez me encontraba peor.

—Chicas, no me encuentro bien. —Me costaba hasta hablar—. Me voy a casa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marcos—. ¿Vamos fuera para que te dé el aire?

—No, voy por agua. Necesito agua.

Germán fue a buscarme una botella. Me la bebí entera. Cada segundo me sentía peor. Algo me había sentado mal. Otras veces había bebido más que esa noche.

—Naiara, nos vamos. Chicas, me la llevo a mi casa.

—Ni loca voy contigo a ningún sitio, y menos a tu casa.

—Mírala, ni en sus peores momentos se baja del burro —soltó Micaela.

—Me da igual lo que digas. Te vienes a mi casa y no hay más que hablar.

—Ya le mando yo un mensaje a tu madre. Le diré que te quedas en mi casa haciéndome pasar por ti. Tú no tienes batería.

—Micaela, que no. Que me voy a casa.

—Ni Micaela, ni leches. Llévatela, Marcos. Pero te advierto: si haces algo que no quiera, te la verás conmigo.

Me reí por lo que había dicho mi amiga. Marcos me sacó de allí. Ya en la calle pude respirar aire.

—¿Puedes andar hasta el coche? Si no puedes, me esperas aquí y voy yo por él.

—Ni de coña me quedo yo aquí sola. Voy contigo, aunque vaya haciendo eses.

—¿Hay algo que me quieras contar? Te lo digo por cómo te has alterado.

Negué con la cabeza. Si él supiera lo que me estaba pasando… Me agarré a su mano, pero su intención no era esa: me agarró de la cintura y empezó a caminar. Quién me iba a decir a mí que iba a ir a casa de mi peor enemigo… Bueno, tampoco eso. Estoy exagerando un poquito. No es que fuera exagerada por naturaleza, sino por lo que me unía a él.

Nos montamos en el coche. Él intentaba darme conversación para que no me quedara dormida, pero mis ojos cada vez pesaban más.

—Naiara, aguanta sin dormirte. A ver, que lo puedes hacer, pero si te duermes, me tocará desnudarte, meterte en la cama, arroparte…

—Eso no te lo crees ni en sueños, chaval.

—¿Por qué me odias tanto?

Cuando escuché esa pregunta, no pude evitar echarme a reír.

—Madre mía, y tienes la caradura de preguntármelo. Creo que lo sabes perfectamente. Tú estás fatal. Deberías ir con tu madre… en calidad de paciente.

—Pues yo creo que estoy muy bien. Tú y yo tenemos una conversación pendiente.

—Marcos, ¿por qué eres tan guapo? Me tienes enamoradita perdida…

¿Yo había dicho eso? Pues sí, se me escapó.

—¿Te parezco guapo? —Le puse un dedo delante de los ojos, diciéndole que sí.

—Marcos… ¿La porra es grande?

Me dio por reír cuando le dije eso, pero él no se quedó atrás.

—¿Se puede saber qué has bebido tú? —preguntó riendo.

—No lo sé, pero esta que habla no soy yo. Tengo sueño…

—No te duermas, ya casi estamos llegando.

—Eso me lo has dicho hace una hora… Voy a ver cómo es la porra…

Le puse la mano en sus partes. Al sentirla, dio un respingo.

—Joder… ¿Esta vive despierta?

—No, ahora duerme. —Me quitó la mano suavemente.

—Pues yo quiero verla despierta. ¿Me la enseñarás?

—Otro día te la presento. Hoy no estás en condiciones.

—Dice el refrán: «lo que puedas enseñar hoy, no lo dejes para otro día…».

No me dijo nada. Siguió conduciendo en silencio. Mis ojos se estaban cerrando. Cada vez me pesaban más. Pero lo peor de todo era esa fatiguita

horrible que me iba entrando. Como tardara mucho, se lo iba a poner fino.

—Marcos… me duermo… ya no puedo más. —Bajé la ventanilla del coche para que me diera el aire. Si no, me iba a quedar frita.

Capítulo 17

Marcos

Llevaba un buen rato intentando contener la risa. Las cosas que me decía… sé que no era ella. Si hubiera estado en sus cabales, jamás se habría expresado ni habría hecho lo que hizo. No lograba entender por qué se comportaba de esa manera; no había bebido tanto como para llegar a ese estado.

Ya habíamos llegado. Estaba abriendo la verja de la urbanización cuando me di cuenta de que se había quedado dormida. No quería que lo hiciera, ahora me costaría la misma vida despertarla para que se diera una ducha.

Al llegar a casa, aparqué el coche y me bajé con la intención de despertar a Naiara. La verdad es que, con la imagen que tenía frente a mí, sabía que iba a ser una tarea complicada lograr que se despertara.

—Naiara, despierta. Ya hemos llegado.

—Papá, aún es temprano… déjame un ratito más. —No tuve más remedio que sonreír al escucharla.

—No soy papá. Soy Marcos. Venga, despiértate.

—¿Marcos? ¿Qué Marcos? ¿El cabronazo que me metió presa?

—El mismo. Venga, necesitas una ducha.

Se bajó del coche. No había dado ni un paso cuando casi se fue al suelo.

—Joder… este suelo se mueve mucho. —No podía con ella. No pude reprimir una carcajada.

—No sé de qué coño te ríes. ¡Esto es un terremoto! ¡Pongámonos a cubierto! —Volví a reírme, no podía evitarlo.

Al final, aunque protestando, la cogí en brazos. Estaba claro que, a ese paso, no llegaríamos nunca a casa. Al entrar, la llevé directamente a mi dormitorio. Entré en el baño con ella; necesitaba que se diera una ducha para espabilarse.

—¿Se puede saber qué hago yo en el baño? —preguntó con los brazos en jarra.

—Naiara, tienes que ducharte. Necesitas espabilarte.

—No, yo lo que necesito es ver la porra. —Fue a echar mano a mis partes, pero no la dejé.

—¿Qué haces?

—¡Que me enseñes la porra, hombre!

—Madre mía… mañana, si quieres, te la enseño. Pero ahora, venga, a la ducha.

—Eres un aguafiestas. A no ser… —Se puso a darse toquecitos en la barbilla—. Que me la quieras enseñar en la ducha.

Fui a soltarla para abrir el grifo, pero no lograba mantenerse en pie. Sabía que al día siguiente me iba a caer la monumental, pero tenía que quitarle la ropa, porque sola no lo iba a conseguir. Así que decidí meterme con ella en la ducha, aunque me estaba costando un mundo. Su único objetivo parecía ser tocarme, algo que, por supuesto, deseaba, pero no de esa manera.

Abrí el grifo y puse el agua templada, tirando a fría. Me vistió de limpio cuando el agua le cayó encima. No me inmuté. La dejé unos minutos bajo el agua, protestando. Una vez que la saqué de la ducha, le puse unos bóxeres y una camiseta antes de llevarla a la cama, donde se quedó dormida al instante.

Después, me dirigí al salón para servirme una copa y me senté en el sofá, tratando de procesar todo lo que había sucedido. Su comportamiento no era

normal y me preocupaba su estado; aunque no la conocía demasiado, había algo en su forma de actuar que no encajaba.

No sé cuánto tiempo pasé sumido en mis pensamientos, cuando de repente escuché gritos provenientes de mi dormitorio. Me levanté de un salto, apagué la luz del salón y corrí hacia el cuarto. Lo que encontré me dejó aún más desconcertado: estaba teniendo una pesadilla, movía las manos de manera frenética, lloraba y repetía una y otra vez «no, no lo hagas». Me senté a su lado en la cama, llamándola con suavidad.

—Naiara, despierta. Es solo una pesadilla.

—No dejes que lo haga… por favor, ayúdame… no dejes que lo haga…

—Naiara, nadie va a hacerte nada. Yo voy a cuidar de ti, preciosa.

Me metí en la cama y la abracé. Estaba temblando, pero poco a poco su respiración se calmó. Jamás imaginé que la primera vez que la tendría en mi cama sería así. Y sin poder pegar ojo.

Jamás en mi vida me había despertado como esa mañana. Sentía cómo me daba con la almohada en la cara.

—¿¡Pero qué cojones estás haciendo!?

—Eso digo yo… ¿qué coño estoy haciendo en tu cama… con tu camiseta? Madre mía, ¡estos bóxeres son horrorosos! ¿Te gustan los

bóxeres con alitas? —dijo riendo—. Qué ridículos.

—Me los regalaron. No los he usado. Tú eres quien los ha estrenado.

—Pues espero que no haya sido una mujer, porque déjame decirte que tiene el gusto en el culo.

—Me los regaló mi madre. Y los regalos de las madres son sagrados.

—Perdón, no quería… en el fondo son bonitos. —Tuve que soltar una carcajada; se había puesto blanca—. ¡No te rías, idiota! Y a lo que estamos: ¿qué hago en tu cama?

—Pues lo que hace un hombre y una mujer cuando se meten en la cama.

—¿¡Me estás diciendo que tú y yo… eso!?

—No sé qué es «eso». Si haces el favor de aclarármelo…

—¿Cómo he llegado hasta aquí, cuando no quiero nada contigo?

—Eso no es lo que me decías anoche.

—¡No me jodas! ¡Deja de vacilarme, que no estoy para tonterías!

—¿No te acuerdas de nada? ¿No recuerdas cómo llegaste aquí?

—Si me acordara, no te estaría preguntando.

—Naiara, anoche no eras tú. Te sentaron mal… qué digo mal, se te fue la mano con las copas.

—¿Qué dices? Si yo apenas bebo. ¿Qué pasó anoche, Marcos?

—Dímelo tú… ¿qué pasó anoche?

Se levantó de la cama furiosa.

—¡No puedo contigo! De verdad que no. Me voy a mi casa.

—No puedes. No tienes ropa. Bueno… a no ser que quieras ir en camiseta y bóxer con alitas.

—¿Dónde está mi ropa? De verdad, esto no tiene sentido. Te odio con toda mi alma. Jamás vendría por voluntad propia a tu casa.

No le dije nada. Me levanté, cogí su ropa del perchero y la dejé sobre la cama.

—Vístete. Te llevo a tu casa.

Me metí al baño a vestirme. No se imaginaba cuánto daño me hacían sus palabras. Salí sin mirarla.

—Te espero en el coche. No tardes.

—Marcos, yo…

—Venga, tengo muchas cosas que hacer.

Durante todo el trayecto, no dijimos nada. Cada uno iba metido en sus pensamientos. Me dolían sus palabras. No se podía imaginar hasta qué punto.

—Ya hemos llegado. —Ni siquiera la miré. En ese momento no me salía.

—Marcos, yo…

—Me tengo que ir. Por favor, baja del coche, Naiara.

Bajó. Cerró la puerta. Salí de allí derrapando.

Inconscientemente, llegué a casa de mis padres. Bueno… tal vez no tan inconscientemente. Sabía que mi madre me iba a taladrar, pero igual hoy me hacía falta su faceta de psicóloga.

—Buenos días. ¿Hay alguien en casa?

—Pasa, hijo, estamos en la cocina. ¿Has desayunado?

—No. No tengo ganas.

—Marcos Osuna Maqueda, siéntate ahora mismo a desayunar. —Mi padre se echó a reír.

—Papá, haz el favor. No le rías las gracias, que le da lo mismo estar sola o acompañada para soltarme el nombre completo.

—No te dice nada que no sea —respondió sonriendo—. Es tu nombre, tus apellidos. Y ahora siéntate, desayuna y desembucha eso que te atormenta.

Me puso por delante un café y dos tostadas con aceite, tomate y jamón.

—Bueno, mejor os dejo solos —dijo mi padre levantándose—. Es entre madre e hijo.

—Papá, no tienes por qué irte. Es tu casa. Y lo que le diga a mamá, también te lo diré a ti.

—Pues venga, empieza a comer para que nos cuentes.

Desayuné mientras los escuchaba hablar de lo que harían ese sábado. Estar en casa de mis padres me daba paz. Esa paz que últimamente no tenía desde que conocí a Naiara.

—Es por Naiara —dije después de dar el último sorbo al café—. Me odia. Nunca había presenciado tanto rencor en su mirada como esta

mañana. Cuando se dio cuenta de que estaba en mi casa, su expresión cambió drásticamente; me observaba con una intensidad que parecía atravesarme, como si cada mirada fuera un puñal que me perforaba.

—Te equivocas. No te odia. ¿Pasó algo entre vosotros? —me preguntó mi madre—. Es importante que me lo digas, hijo.

—Mamá, sabes que jamás me acostaría con una mujer sin que fuera consciente.

—Explícate. ¿Qué pasó?

Les conté todo desde que nos encontramos en la discoteca. Cómo me la llevé a casa, lo que pasó hasta dejarla de nuevo en la suya. Omití lo que pasó en el baño. Ese momento era solo mío y de ella.

—Marcos, no creo que fuera buena idea, que creyera que hubo algo entre vosotros —dijo mi padre—. Deberías hablar con ella, contarle la verdad de lo que pasó.

—Tu padre tiene razón, hijo. Esa muchacha ha pasado por muchas cosas en muy poco tiempo. Es normal que se sienta mal, pensando lo que no es.

—Se lo pensaba decir mientras desayunábamos. Pero ahora… ahora no tengo ganas. —Me levanté de la silla—. Me voy. Hoy vienen los chicos a comer. Tengo que ir a comprar.

—Pero, Marcos, no puedes dejarlo pasar. Debes hablar con ella cuanto antes.

Capítulo 18



—Ya lo creo que, sí puedo, mamá. Una cosa es que me cuentes las cosas, y otra que me digas cómo tengo que hacerlas. No soy tu paciente.

—No le hables así a tu madre, ella solo intenta ayudarte —me dijo mi padre.

—Déjalo, Fernando. Está cabreado consigo mismo, y es normal su reacción.

Salí de casa de mis padres más cabreado de lo que llegué. No quería pelearme con mi madre, pero siempre pasaba lo mismo cuando no estábamos de acuerdo en algo. Me rondaba una pregunta en la cabeza, algo a lo que mi madre había hecho alusión: ¿qué es todo lo que había pasado con Naiara?

Me fui a un hipermercado a comprar carne para la barbacoa. Estaba parado en un semáforo y, al girar la cabeza, la vi. Allí estaba Naiara. Tenía el pelo recogido y estaba tan concentrada pintando a unas niñas que jugaban con sus muñecas…

Por un momento pensé en acercarme, pedirle que se nos uniera —puesto que Micaela y Blanca vendrían—, pero no lo hice. No quería que se sintiera obligada.

Después de hacer una buena compra, me dirigí a casa. No me apetecía mucho tener compañía, pero tampoco quería estar solo. La conversación con mi madre me había dejado descolocado.

A mitad de camino me entró una llamada de Germán.

—¿A qué debo tu llamada, *picha brava*?

—Eres un cabronazo. —Solté una carcajada—. ¿Dónde estás? Te estamos esperando.

—Pues me quedan aún quince minutos, y yo no tengo llave debajo de la maceta.

—Aunque la tuvieras, no podríamos pasar. Deberías poner otra en la verja. ¿Vienes con Naiara?

Esa pregunta me dejó helado.

—No, ella no está conmigo. No vendrá.

—¿Cómo que no? Pero si te la llevaste anoche. ¿Qué pasa, Marcos?

—Nada. Ya os contaré. —Colgué el teléfono. Me iba riendo porque sabía lo mal que le sentaba que le colgara.

Al llegar a casa, vi a los cuatro apoyados en el coche. No pude evitar reírme; empecé a tocar el claxon para que se apartaran, y Rafael me sacó el dedo.

—Vamos, no seas más cabrón, que llevamos aquí cuatro horas —dijo Germán mientras se montaba en el coche.

Abrí la verja y aparcamos. Micaela fue la primera en bajarse y, por la cara que traía, supe que nada bueno iba a decirme.

—Tú, capullo, ¿qué te dije anoche? Sal del coche.

—Micaela, ¿cómo quieres que salga del coche si no le dejas abrir la puerta? —le dijo Blanca.

—¡Ay, coño, es verdad! —No pude más y me eché a reír a carcajadas.

—No te rías, cretino.

—Micaela, ayúdame a sacar las bolsas. Ahora, cuando entremos, te cuento.

A regañadientes lo hizo. Entramos todos con las bolsas. Las chicas, mientras iban hacia la cocina, miraban curiosas todos los rincones de la casa. Después se la enseñaría, pero antes tenía que hablar con ellas.

—Pedazo de casoplón tienes, Marquitos. Cuando te hartes de ella, ya sabes que a mí me gusta mucho.

—Pero si aún no la has visto, ¿cómo te va a gustar? —dijo Germán.

—Tú a callar, que te quedas sin postre esta noche. —Las carcajadas no se hicieron esperar.

Entre risas y charlas me ayudaron a sacar toda la compra. Rafael, como siempre, se hizo cargo de encender la barbacoa. Las chicas, animadas, comenzaron a preparar una ensalada fresca con aguacate, tomates y bolitas de queso. Mientras tanto, Germán y yo nos encargamos de aliñar las carnes.

—Marcos, ¿puedo mirar en tu frigorífico?

Asentí con la cabeza.

—Gracias, se me ha ocurrido una idea que os va a gustar.

—Tienes carta blanca, Micaela. Como si estuvieras en tu casa.

—Gracias. Pero no creas que se me ha olvidado la conversación que tenemos pendiente.

—Tranquila, a mí también me interesa hablar con vosotras.

Vi cómo sacaba del frigorífico mayonesa, corazones de alcachofa y anchoas. Cogió el pan tostado que había en la mesa, puso mayonesa, unos tomates cherri en rodajas, un corazón de alcachofa y una anchoa. Por último, le colocó una aceituna encima.

—Eso tiene buena pinta —le dije.

—Lo sé. Me lo enseñó Naiara. También quiso enseñarme a pintar, pero me negué. —Le dio un trago a su cerveza.

—Micaela —llamó la atención Blanca—, no mientas. Lo de la pintura es porque la pobre ya desistió. Eres muy torpe para eso.

—Chica, qué manera de hundirme tan gratuitamente. —Nos echamos a reír.

Salimos al jardín llevando los platos con lo que habían preparado las chicas y la carne que habíamos dejado lista para asar. Rafael, fiel a su costumbre, seguía junto a la barbacoa como si fuera parte de él. No había ocasión en que viniera a mi casa y no se hiciese cargo de ella.

Sonó mi móvil. Fui a la cocina a cogerlo. Era Julio.

—¿Julio? ¿Pasó algo?

—No, nada. Me preguntaba si había quedado carne para Ana y para mí.

—Claro que sí. Venga, ya estáis tardando. —Colgué. No me hacía falta preguntar más: si había llamado, era porque la familia de su mujer le había tocado la moral.

Salí de la cocina. La estampa que vi era digna de enmarcar: dos parejas que se miraban de forma especial. Me alegraba ver a mis amigos así de bien.

—Chicos, Julio y Ana se apuntan a la barbacoa.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Blanca a Rafael.

—Hija, ¿quién va a ser? El otro al que Naiara tiene enfilado. El único que falta.

Blanca puso los ojos en blanco al oír a Micaela.

—Por cierto, Marcos, tenemos que hablar de lo que ha pasado entre mi amiga y tú. Sentémonos, que esto es serio.

Eso hicimos. Lo que me llamó la atención fue que Germán le apretó la mano a Micaela al sentarse.

—Pues nada, no ha pasado nada. Malentendidos. Pero te juro que no la toqué. Pensaba contárselo mientras desayunábamos, pero ni eso hizo.

—Marcos, lo que te voy a contar es muy serio. Ni Blanca sabe toda la verdad.

—¿De qué hablas, Micaela? —preguntó Blanca, levantándose.

—Blanca, verás, no te lo dijo porque no quería preocuparte. Yo me enteré de casualidad. No le quedó más remedio que contármelo.

—Pues tú dirás. —La apremié, aunque por su cara supe que no me iba a gustar lo que venía.

—Verás, ayer, cuando llegó a mi casa, venía sofocada. Alguien la está vigilando. Se siente así. Al principio me lo tomé a risa, pero yo también tuve esa sensación al salir de casa. Y, por lo que me contó, no es la primera vez.

—¿Pero por qué no me ha dicho nada? —No esperé respuesta—. Pero podía haber ido a denunciar.

—Odia a los polis. Y eso que antes había que sujetarla cada vez que veía uno. —Los tres nos quedamos mirándola—. ¿Qué? No me miréis así, yo no tengo la culpa. Yo no la detuve.

—Micaela —le dijo Blanca en un tono de reproche—, no es que los odie. Ya entendió que era su trabajo, aunque aún está un poco resentida. Pero ya se le pasará. Aunque, quiero decir algo: ya no es la misma de siempre. Antes, ya estaría ocupada dando clases y pintando sin parar. Ahora parece que oculta algo, y sea lo que sea, no tiene intención de compartirlo con nosotras.

—Siempre dije que el hecho de que no quisiera que fuéramos a verla era extraño —añadió Micaela, triste—. Tienes que ayudarla. Dice que te odia, pero está enamorada de ti. Tiene un cacao mental tremendo.

Me quedé pensando en lo que Micaela nos había contado. No lograba imaginar quién podía querer hacerle daño, pero no pararía hasta descubrirlo. También debía averiguar qué era eso que ella escondía, y al menos en eso tenía claro por dónde empezar.

Julio ya había llegado, y ni me había dado cuenta.

—Pero bueno, tío, ¿a qué planeta te has ido? Porque en la Tierra no estabas —me dijo, dándome un apretón en el hombro.

—¡Qué capullo eres! Hola, Ana. —Le di un abrazo y un beso en la mejilla—. Estás preciosa.

—Hola, Marcos. Me alegra verte, que ya hacía bastante.

—Tu marido no quiere que te juntes con nosotros. —Soltamos una carcajada—. Aunque no sé si eres tú…

—Bueno, igual las cosas cambian —dijo mirando a las chicas—. Veo que me tengo que presentar yo sola. Soy Ana.

—Yo soy Micaela, y esta de aquí es Blanca. Falta Naiara, pero a ella igual sí la conoces.

—No como me hubiera gustado, pero sí. La conozco. Aunque estoy deseando hacerlo en persona.

—No creas todo lo que escuches de ella —le dijo Blanca.

—Desde el mismo día en que la arrestaron, le dije a Julio que se habían equivocado con ella. Pero dejemos eso atrás… ya es cosa del pasado —respondió Ana,

La conversación tomó otro rumbo. Nosotros, los chicos, nos dirigimos hacia la barbacoa, mientras ellas se quedaron charlando en la mesa. Ana era una gran mujer; no me cabía duda de que se llevarían bien.

—Tío, llámala —me dijo Germán—. Sabiendo que están aquí sus amigas, a lo mejor viene.

—No creo que lo haga. Es muy suya, ya lo sabéis.

—Venga, inténtalo —dijo Rafael—. ¿Desde cuándo eres tan cobarde?

—Desde que se enamoró de ella —respondió Germán.

—Vale, lo voy a intentar. Pero sé cuál será la respuesta. Deberían llamarla ellas. Seguro que a ellas les dice que sí.

—¡Que la llames! —me gritaron los tres entre carcajadas.

Capítulo 19

Naiara

No podía creer lo que había sucedido. Tampoco deseaba que las cosas terminaran así con Marcos. Sentía demasiado por él, y lo sabía. Me había enamorado, era consciente de ello, y, aun así, me enfurecía no entender qué había ocurrido realmente. No comprendía cómo había reaccionado mi cuerpo frente a él… aunque de algo estaba segura: a sus caricias sí había respondido, porque lo viví con plena conciencia, y no me sentí mal.

Nada más entrar en casa, recogí todos mis bártulos —todo lo relacionado con la pintura—. Necesitaba pintar, era mi manera de evadirme. Me dirigí a un parque a las afueras de la ciudad. El día era espléndido, de esos que invitan a disfrutar desde temprano hasta bien entrada la tarde.

Frente al parque había dos hipermercados y un Burger King. Las familias aprovechaban el domingo para hacer compras. Aparqué cerca del restaurante. Ese sería mi almuerzo: una hamburguesa doble con queso. Solo de imaginarla se me hacía la boca agua.

Monté el caballete junto a una familia. Había dos niñas, idénticas como gotas de agua, que jugaban felices con sus muñecas. No lo pensé dos veces: me puse a pintarlas. Ver esas caritas llenas de inocencia y alegría no tenía precio. Qué bonita es la infancia, pensé.

Cuando pinto, me aíslo del mundo. Todo desaparece, excepto lo que tengo frente a mí. No sabría decir cuánto tiempo pasó. Solo supe que el cuadro estaba terminado cuando lo vi completo ante mí. Me acerqué a la familia.

—Hola —saludé con una sonrisa—. Soy pintora. No he podido evitar retratar a estas preciosidades.

Di la vuelta al cuadro para que lo vieran.

—¡Madre mía, qué bonito! —exclamó la madre emocionada—. ¿Verdad, Pedro? ¡Niñas, venid a mirar esto! Muchísimas gracias, de verdad. ¿Cuánto te debo?

—Nada. Es un regalo. Las gracias os las doy yo. Pinté sin pedir permiso, pero quería que fuera una sorpresa.

—Gracias otra vez. Me alegro mucho de que hayas vuelto a pintar. Sé quién eres. De hecho, estoy esperando que abras las clases para poder apuntarme. Me llamo Esperanza Casado, y él es mi marido, Pedro.

—Pues este lunes ya comenzamos. No necesitas apuntarte: ya estás dentro. ¿Tienes el folleto con el material?

—Sí, ya me informé.

—Perfecto, entonces nos vemos el lunes. ¡Que tengáis un gran día!

—Gracias, igualmente, Naiara.

Hacía mucho que no me sentía así. La pintura me devolvía algo que había olvidado: la felicidad. Guardé mis cosas en el coche. Tenía hambre, y esa hamburguesa me seguía llamando… pero pronto me di cuenta de que no era ella: era mi teléfono.

Miré la pantalla, sorprendida. Dudé si contestar o no. ¿Para qué llamaba ahora? Pero la curiosidad pudo más que la razón.

—¿Se te ha olvidado decirme algo? —pregunté, y escuché un resoplido al otro lado.

—No. Solo quería invitarte a comer en casa. Están aquí los chicos… y tus amigas también.

—Vaya. Pero no creo que sea buena idea. Mejor otro día.

—Naiara, tenemos una conversación pendiente. Esta mañana no me dejaste explicarme. Pero, para que te sientas mejor, te diré que no pasó nada.

—¿Me lo dices en serio? ¿O solo para tranquilizarme?

—En serio. Vente y hablamos.

—De verdad, otro día. —Arranqué el coche. Miré por el retrovisor… había un coche detrás de mí. —Está bien. En unos veinte minutos llego.

—Mejor que sean treinta —respondió con una risa. Yo también solté una carcajada y colgué.

Pero algo no me cuadraba. Tenía un mal presentimiento. Y, por desgracia, no iba mal encaminada.

Tomé el camino hacia casa de Marcos, pero me desvié, dando rodeos por varias rotondas. El coche seguía detrás de mí. Ya no había duda: me estaban siguiendo.

Llamé a Micaela. Tenía que saberlo por si me pasaba algo.

—Dime, guapa.

—Micaela, me están siguiendo. No tengo la menor duda.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Estás segura?

—¡Que sí, coño! Desde que salí del parque, lo llevo pegado. Y no grites, no quiero que te escuchen.

—Tarde, preciosa. —Escuché la voz de Germán—. Tranquilízate. ¿Dónde estás?

—Estoy a punto de incorporarme a la autovía. Aún me queda para llegar.

—Vale, que no note que lo sabes. Escúchame bien —ahora hablaba Marcos—. ¿Crees que se ha dado cuenta de que lo descubriste?

—No lo sé, pero está cada vez más cerca.

—Mierda… Germán, llama a Irene —ordenó. —¿Naiara? ¿Sigues ahí?

—No, me fui a comer una hamburguesa —dije irónicamente.

—¡Mírala! Hasta en apuros tiene gracia —rio Blanca al fondo.

—Si me pongo a llorar, no veo nada. Voy a hacer algo. Ya os veo luego.

No podía arriesgarme. Tenía que concentrarme. Vi el desvío de la autovía acercarse. Iba pegado a mí. Mejor así. Puse música, necesitaba relajarme.

Pasé del carril central al derecho. Justo al final del desvío, giré el volante bruscamente y me metí. Escuché los neumáticos del coche de atrás chirriar.

Me dirigí al aparcamiento de un centro comercial. Aparqué. Tomé aire y llamé a las chicas.

—¿Dónde estás? ¡Nos tienes en vilo!

—Tranquila, ya me lo quité de encima. Pero esperaré unos minutos por si acaso.

—Dime dónde estás. Voy a buscarte. Y es una orden.

—¿Y si te digo, por dónde me paso tu orden, inspector?

—¡Joder, niña! —soltó Blanca—. ¡Di dónde estás ya!

—Vale, vale. Os lo digo ahora.

Salí del coche. Saqué un cigarrillo. No fumaba, pero siempre tenía un paquete en la guantera para momentos como ese.

No tardaron ni diez minutos. Y no vinieron solos. Apareció media tropa.

—Madre mía… ¿No sabes venir solo, inspector?

—Claro que sí. Pero me apetecía venir con la caballería. Vamos, sube.

Fui hacia mi coche, pero me tomó del brazo.

—Me refería al mío. Germán y Rafael irán en el tuyo.

Nos pusimos en marcha. Ya no sabía qué pensar de todo lo que me estaba pasando.

—¿Has visto quién era? —preguntó él, sacándome de mis pensamientos —. Es importante.

—Solo sé que era un hombre, con gorra y gafas de sol. No vi su rostro.

—¿Por qué no me lo contaste antes? Sé que no es la primera vez.

—Micaela… no sabe cerrar la boca. —Bufé.

—Micaela se preocupa por ti. Vamos a resolverlo. Te lo prometo —dijo, tomándome la mano.

No volvimos a hablar hasta llegar a su casa.

Las chicas corrieron hacia mí. Nos miramos, y en ese silencio compartido estaba todo lo que sentíamos. Sentir sus abrazos me devolvió la calma.

—Nos tenías asustadas —susurró Blanca, secándose una lágrima—. No vuelvas a ocultarnos algo así.

—Lo siento. Por eso mismo os lo oculté.

—¿Tus padres lo saben? —me preguntó mientras caminábamos hacia la casa.

—No. Y así debe seguir. No quiero darles más motivos para preocuparse. —Negó con la cabeza.

Blanca giró la cabeza al ver a Germán y Rafael entrar por la verja. Micaela apareció de la nada, corriendo hacia Germán, empujándome sin querer.

—Perdona, no te había visto.

—¿Pensáis quedaros ahí? —preguntó una voz desconocida. Me giré y vi a una mujer sonriéndome.

—Hola, soy Ana, la mujer de Julio.

—Encantada. Soy Naiara —le respondí, dándole dos besos.

—Lo sé. Tenía muchas ganas de conocerte. Vamos, te llevo adentro. Estos hombres no tienen modales.

Me tomó de la mano y me guio hasta el jardín trasero, donde estaban Julio y Marcos. Este último me miró con una ceja alzada, seguramente por la forma en que Ana me llevaba.

—Hola, Naiara —saludó Julio. Dudaba si acercarse, así que fui yo quien dio el paso y le saludó con dos besos.

Los chicos se acercaron.

—Marcos, tenemos que hablar —dijo Germán—. Vamos dentro.

—Ni hablar. —Me interpuse—. Sé de qué vais a hablar. Y me interesa tanto como a vosotros.

Capítulo 20

Marcos

Me costó que Naiara se relajara, pero al final, con la ayuda de las chicas, lo logré. Intentábamos desconectar por unas horas de todo lo que había pasado, aunque mi cabeza era un torbellino de preguntas. Sentía que algo se me escapaba entre los dedos. ¿Quién quería hacerle daño? Estaba decidido a dejarme la piel si hacía falta, pero iba a descubrir qué coño estaba ocurriendo a su alrededor.

Estaba sentado con una copa en la mano. Julio y Ana se habían marchado hacía rato; quedábamos seis, pero parecía que estaba solo. Reinaba un silencio incómodo, como si cada uno estuviera perdido en sus propios pensamientos.

—Bueno, creo que va siendo hora de que me marche ya. —Escuché decir a Naiara.

—No vas a ningún sitio —le respondí con seriedad—. Los demás podéis quedaros si queréis.

—No me lo digas dos veces, sabes que a mí me cuesta irme de aquí —soltó Germán, entre risas.

—Ah, pues si tú te quedas, y a Marcos no le importa, yo también —añadió Micaela.

—Nosotros nos vamos. Ya sabéis que los domingos son para mi madre. Gracias por la invitación, Marcos —dijo Blanca.

—Yo me voy a casa. Tengo mucho que preparar para el lunes, y mis padres ya están allí.

—Tú te quedas esta noche. Creo que he sido bastante claro —dije mientras me levantaba a servirme otra copa.

—Naiara, quédate. Nosotros también nos quedamos. —Escuché decir a Germán.

Me quedé mirándola. Hasta enfadada, tenía un atractivo difícil de ignorar. No podía permitir que se fuera, por ella y por mi salud mental. Necesitaba hablar con ella, aunque sabía que no iba a ser fácil; era la conversación que más evitaba.

Micaela se apartó un poco con el móvil en la mano y empezó a hablar.

—Ea, ya está todo arreglado. Le he dicho a tu madre que te quedas a dormir conmigo.

—Micaela, sabes que no me gusta mentirles, y lo que no entiendo es por qué os cuesta tanto aceptar que no quiero quedarme aquí.

—Lo siento, pero esta noche te quedas, quieras o no.

Soltó un bufido que me dio ganas de reír, pero no quería que se enfadara más. Con ella sentía que caminaba sobre la cuerda floja: dijera lo que dijera, nunca parecía lo correcto.

—Marcos, me quedaría a vivir eternamente en tu casa —dijo Micaela—. No solo transmite paz, sino que está decorada con un gusto exquisito. Esa chimenea en el dormitorio me ha enamorado.

—Gracias, siempre serás bienvenida.

—Madre mía, con el tiempo que llevo con él —intervino Germán— y jamás me ha dicho que soy bienvenido.

—Eres un capullo —le dije, y soltamos una carcajada.

Las horas pasaron entre risas y alguna que otra mirada de Naiara que no sabía cómo interpretar. Cenamos las sobras del mediodía junto con unas hamburguesas que prepararon las chicas.

Fui a la cocina, y aunque no es que sea un cotilla, me quedé escuchando su conversación.

—Eres tonta, Naiara —le decía Micaela—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que ese hombre bebe los vientos por ti? Ni siquiera le das la oportunidad de hablar contigo con calma.

—¿Pero estás de su parte? —le respondió enfadada—. ¿Ya se te ha olvidado lo que me hizo?

—Claro que no. Ni a mí ni a nadie. Pero tú misma dices que lo entiendes, que era su trabajo. Y aunque no lo reconozcas, te mueres por él, igual que él por ti.

—Sí, lo sé. ¿Y qué? También lo odio. Mira, Micaela, no quiero tener esta conversación cada dos por tres. Me cansa. Ni siquiera sé por qué me he quedado, por mucho que él diga.

—Yo sí lo sé. Y tú también, aunque no lo quieras admitir.

Entré en la cocina como si no hubiera escuchado nada.

—Venga, fuera ya de aquí —les dije, quitándole el paño a Micaela—. Se está mejor en el salón.

Salimos, y Germán estaba preparando unas copas mientras se movía al ritmo de la música.

—Qué bien bailas, *picha brava* —le dije, provocando las risas de las chicas.

—¿Ves? Te lo dije. Desde que se enteró, no me deja tranquilo.

—Eso es pura envidia, amor. Tú ni caso —le respondió Micaela.

—¿Nadie me va a contar qué ha pasado hoy? —preguntó Naiara, mirando a Germán.

—No hay mucho que contar —respondí—. Lo hiciste bien, lo perdiste. Germán dio vueltas, y nadie lo siguió.

—¿De verdad? ¿O me lo estás diciendo para tranquilizarme?

—Te digo la verdad. Nunca mentiría con algo así.

La vi suspirar. Y aunque era cierto, Germán lo había perdido de vista, yo no lograba estar tranquilo. Al menos, ella se relajó. Disfrutamos los cuatro de unas horas de risas, gracias sobre todo a Germán y Micaela. Eran el uno para el otro.

A las dos de la mañana decidimos dar por terminada una noche que, al final, había sido mejor de lo esperado.

—Nosotros nos vamos a dormir ya —anunció Germán—. Que paséis buena noche.

—Micaela, ¿no duermes conmigo? —preguntó Naiara, algo preocupada.

—Lo siento, pero no. Esta noche duermo con mi *picha brava*. Descansa, cariño. —Le dio un beso y un abrazo.

Nos desearon buenas noches y nos dejaron solos.

—¿Quieres otra copa, o vamos a dormir?

—No, no quiero beber más. Luego digo muchas tonterías —me dijo con una media sonrisa.

—¿Sabes que tienes una sonrisa preciosa? —Le acaricié la mejilla.

—Gracias… ¿Dónde voy a dormir?

—Buena pregunta. ¿Dónde quieres dormir tú? Porque yo sí sé dónde quiero que duermas.

—No, ya te digo que no duermo contigo ni borracha.

—¿No confías en mí? ¿Cuándo vas a darme una oportunidad?

—Cuando las ranas críen pelos. Mientras tanto, no me fío de ti.

—Naiara, no me vaciles. Creo que he demostrado que puedes confiar. Te estás comportando como una niña.

—¿Qué sabes tú? No sabes nada. ¿Acaso te preocupaste por mí cuando estuve presa? ¿Alguna vez preguntaste por mí? No respondas, ya lo hago yo: no. No volviste a pensar en mí hasta que salí de la cárcel. ¿Me equivoco?

—Sí, y no. Aunque no lo creas, te he tenido presente.

—Ja, ja, ja. Qué bien se te da mentir. ¿Es parte de tu trabajo?

Ya no aguanté más. La tomé de la mano y la llevé al dormitorio. Me sorprendió que no opusiera resistencia, pero más aún que no dijera ni una palabra.

Cerré la puerta tras de nosotros. La coloqué mirando a la pared, separando sus piernas. Me volvía loco cada vez que la tenía cerca. Me había estado conteniendo.

Era la segunda vez que la tenía así, a mi merced, sujetándole las manos sobre la cabeza mientras con la otra acariciaba lentamente su brazo. Notaba cómo su respiración se aceleraba. Al llegar a su pecho, sentí cómo se tensaba, pero continué. Cuando toqué su cadera, volvió a tensarse.

—Marcos, por favor, suéltame —dijo con la voz entrecortada—. No sigas, no estoy preparada para estar con ningún hombre.

—¿De qué me estás hablando, Naiara? Por favor, háblame claro.

—Lo siento, pero no puedo contarlo. Y tú serías la última persona con quien lo haría.

—Puedes quedarte a dormir aquí —dije, abriendo la puerta y dejándola sola.

No pensaba insistir más. Estaba perdiendo el tiempo. A partir de ahora, me centraría solo en lo profesional.

Salí al porche, me serví otra copa y me tumbé en la hamaca. Cada vez que estaba con ella me dejaba peor que la vez anterior. ¿Qué le habría pasado para decirme eso? Necesitaba hablar con su abogado, averiguar qué estaba pasando.

—¿No puedes dormir? —Escuché la voz de Germán.

—¿Y tú?

—Míralo, qué bonito, respondiendo con otra pregunta. Ese es mi chico —lo dijo con un tono que me hizo soltar una carcajada, justo lo que buscaba.

—No me lo va a perdonar. Jamás he visto a nadie odiarme así.

—No te odia, Marcos. Cree que lo hace, pero no. Te quiere, igual que tú a ella.

—Sois dos tontos muy tontos —intervino Micaela—. Estáis perdiendo un tiempo que no vais a poder recuperar. No te culpo a ti, Marcos. Y aunque ella no sea la culpable del todo, es muy cabezota. Ni siquiera se escucha a sí misma.

Nos quedamos en silencio. Cada uno sumido en sus pensamientos. Pero yo tenía muy claro lo que pensaba hacer.

Capítulo 21

Naiara

No había vuelto a ver a Marcos desde la última vez que estuve en su casa, de eso hacía ya tres semanas. Debería haberle hablado con claridad, pero no quería hacerlo sin antes conversar con mis padres. Y no tardaría mucho en hacerlo, según mi psicóloga, sería un paso importante para poder avanzar con mi vida.

Por fin había comenzado las clases. Tenía cuatro turnos: dos por la mañana y dos por la tarde, de lunes a jueves. Los viernes cerramos.

No solo empecé con las clases, también me aventuré a abrir una tienda dedicada al mundo de la pintura. Incluso me animé a poner a la venta algunas de mis propias obras. El local era demasiado grande solo para impartir clases, así que lo hablé con mis padres y me ayudaron a hacerlo realidad.

Pero esa no fue la única novedad. Como Micaela se había quedado sin trabajo, le ofrecí que me echara una mano en la tienda mientras encontraba

algo más afín a lo suyo. Le costó un poquito familiarizarse con los materiales, pero al final lo consiguió. Aunque parezca un poco despistada, lo cierto es que pilla las cosas al vuelo.

Anselmo, mi abogado, me había llamado para decirme que el ingreso del dinero se haría efectivo en tres días. No es que me hiciera especial ilusión, pero me venía bien para devolver a mis padres lo que me habían prestado.

—Naiara —me llamó Micaela desde el mostrador—, fuera hay alguien que pregunta por ti.

—Ahora mismo voy —le respondí mientras explicaba a Daniel, uno de mis alumnos, lo que debía hacer. Salí enseguida.

Y al salir, no podía creer lo que tenía delante.

—¿Alejandro? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás, preciosa? —Me lancé a sus brazos sin pensarlo.

—¡Ay, madre! Qué alegría más grande me acabas de dar. Pero dime, ¿qué ha sido de ti todo este tiempo?

—Oye, monina, ¿no crees que deberías presentar a tu amiga del alma?

—Debería darte vergüenza, ¡mira que no acordarte de él!

—Pues no. Pero bueno, tú le has preguntado por qué tampoco lo reconociste.

—¿No me recuerdas? Me rompes el corazoncito, Micaela.

—Que no te he visto en mi vida. Vamos, que de un cuerpazo como el tuyo no me olvidaría jamás.

—No le hagas ni caso —dije riendo—. Cada día está más loca.

Miré el reloj y luego a Alejandro.

—Si me esperas quince minutos, después soy toda tuya. Tienes mucho que contarme.

—Aquí estaré, preciosa. Mientras tanto, haré que Micaela recupere la memoria. —Me volví a reír y regresé al aula.

Terminé la clase y me despedí de mis alumnos hasta la próxima semana. Cada vez se me hacían más cortas.

—Ya soy toda tuya —le dije saliendo, pero me detuve a medio camino—. Hola, Germán, qué sorpresa —me saludó con la mano.

—¿Esta está tonta? —me dijo Micaela—. ¿Qué sorpresa? Si viene a recogerme cada vez que tiene descanso.

—Cuando quieras, nos podemos ir, Alejandro —dije, ignorando el comentario de mi amiga—. Micaela, no te olvides de activar la alarma.

—Vete tranquila, ya hablaremos tú y yo. Ha sido un placer volver a verte, Alejandro. Supongo que nos veremos otra vez.

—Igualmente, Micaela. Germán, un gusto.

Salimos a la calle y Alejandro me tomó de la mano, tirando de mí con cariño.

—Vamos en mi coche, preciosa. Estos días que esté por aquí, seré tu chófer personal.

—¿Estos días? Bueno, bueno… Me parece que alguien tiene muchas cosas que contar.

—Por supuesto. Pero me niego a hacerlo sin una cerveza y un platito de chocos en el bar de Rosa.

—Me parece una idea perfecta. Has acertado de lleno.

Nos subimos al coche. Me llevé una grata sorpresa. No creí que volvería a verlo. Había pasado mucho tiempo. No recuerdo cuántos años exactamente —soy malísima para las fechas—, pero al menos cinco, seguro.

Alejandro estaba muy cambiado. Ya no llevaba gafas y su pelo, que en el instituto le caía hasta los hombros, ahora lucía corto y bien peinado.

—Te has quedado muy callada… ¿Puedo saber por qué?

—Estaba pensando en el tiempo que hacía que no te veía. En cuánto has cambiado… Y déjame decirte que, si antes se peleaban por ti, ahora se van a volver locas. —Nos reímos con ganas.

—Espero que no, porque a mí solo me interesa una persona. La misma chica que me tendió la mano cuando ser el «nuevo» y encima con gafas no molaba nada.

—Alejandro… Ha pasado mucho tiempo. Seguro que hay alguien en tu vida. Yo no podría verte de otra forma. No quiero tener esta conversación ahora. No quiero enfadarme contigo.

—Tranquila, está superado. Aunque dicen que el primer amor nunca se olvida, y el mío ni siquiera fue correspondido. —Le di un puñetazo amistoso en el brazo y reímos.

—Pues menos mal, porque sin tener nada ya me tenían entre ceja y ceja. Si lo hubiéramos tenido, me despellejan viva.

—¡Kate! —dijo riendo—. Espero no cruzármela. Esa chica me supera.

—Imagínate yo, que la he tenido que soportar toda la vida.

Llegamos al restaurante de Rosa. Nos sentamos en la terraza. El clima acompañaba y se estaba de maravilla al aire libre. Rosa se alegró mucho de ver a Alejandro.

Pedimos una ración de chocos, otra de gambas al ajillo y una botella de vino.

—Cuando quieras, me cuentas qué te trae por aquí. ¿No me digas que tus padres se han mudado otra vez a Sevilla?

—No… Mi padre falleció hace dos años. Y mi madre se fue con su hermana a Granada.

—Lo siento mucho. Debió ser muy duro para ella y para ti. —Le apreté la mano con suavidad.

—He venido por trabajo. Soy policía.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Cómo? Pero si decías que querías ser abogado. Que no ibas a seguir los pasos de tu padre…

—De joven se dicen muchas cosas. Pero con el tiempo te centras y empiezas a ver todo con otra perspectiva. Naiara, sé que no te gusta hablar

de esto, pero me gustaría saber cómo estás… después de todo lo que viviste.

—Bueno… Creo que lo voy superando poco a poco, con ayuda profesional y el cariño de mis padres y mis amigos. No ha sido fácil. Me han pasado muchas cosas… y no precisamente buenas.

—Lo sé. Estoy al tanto de todo lo que ocurrió allí dentro. —Lo miré, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes? Nadie de mi entorno lo sabe. Solo mi abogado…

—Tranquila, no diré nada. ¿Recuerdas a Lourdes, la enfermera?

—¿Cómo olvidarla? Fue de las pocas personas que me trató con humanidad.

—Es prima de un buen amigo. Ella se lo contó y él me lo dijo a mí. Desde entonces he estado involucrado en tu caso. De hecho, estoy aquí por eso.

—No entiendo nada. ¿Hasta cuándo va a salpicarme esto? Llevaba una vida tranquila entre mis pinturas, las clases y mi familia… y ahora solo recibo sobresaltos. Y para colmo tengo a un poli jodiéndome la vida.

—No es así como quiero joderte. —Me lo quedé mirando y me eché a reír.

—No le veo la gracia, la verdad.

—Perdón, no era por ti. Es que… todo esto me parece surrealista.

—Pues tenemos toda la noche para que me lo cuentes.

Al final me convenció. Y entre raciones y sorbos de vino, le conté todo lo que pasaba con Marcos: esa mezcla de amor y rabia que no terminaba de cuajar, lo mal que acabábamos siempre que nos cruzábamos.

—Vaya… Interesante historia. Lo mejor es que sabes perfectamente que entre los dos hay una tensión sexual evidente.

—Lo sé. Pero no pasará de ahí. No por qué no quiera… sino porque no puedo.

—Sí, puedes. ¿Aún tienes pesadillas?

—Muy de vez en cuando. Pero eso no significa que haya olvidado… o que no me asquee. ¿Cómo lo sabes?

—¿Te ha tocado alguna vez? ¿Habéis tenido algún roce? ¿Te excitaste? Recuerda que Lourdes me lo contó todo.

—Joder, eres peor que mi psicóloga. ¿Dónde quieres llegar? Me estás poniendo nerviosa.

—Respóndeme, Naiara. ¿Te ha tocado?

—Joder, sí. Dos veces. Bueno… más bien me cacheó.

—¿Y te dio asco? ¿O lo disfrutaste?

—¿A dónde vas con esto? No te entiendo.

—A que te des cuenta de que lo que te ocurrió lo has superado. No lo vas a olvidar, pero sí puedes convivir con ello sin que te detenga.

—No sé cómo contárselo a mis padres. No es tan fácil.

—Sí lo es. Eres tú quien lo complica. Te voy a preguntar algo y quiero sinceridad: ¿por qué no permitiste que te visitaran?

—Alejandro, no quiero seguir hablando de esto. Lo siento, me tengo que ir. —Intenté levantarme, pero me agarró la mano con firmeza.

—Naiara… ¿Quieres que te lo diga yo?

—Porque no quería que me vieran con la cara llena de moretones cada dos por tres. Porque no quería tener que contar que intentaron abusar de mí. ¿Contento? —Las lágrimas se me escaparon sin remedio.

Capítulo 22

—Naiara, no lo hagas por mí, hazlo por ti. Esa losa que llevas encima pesa demasiado. Créeme, cuando se lo cuentes a tus padres, te vas a sentir mejor.

—Está bien… lo intentaré, pero sin presiones.

Nos quedamos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. ¿Cómo se les dice a unos padres que intentaron abusar de ti? ¿O que recibiste una paliza que casi te cuesta la vida? No iba a ser fácil, pero Alejandro tenía razón: esa carga era demasiado pesada.

—Naiara, lo siento, tengo que irme.

—No te preocupes, yo también debería haberme marchado hace rato. —Nos echamos a reír.

Me acompañó a casa. En el camino, recordamos anécdotas del instituto, especialmente las veces que tenía que esconderse de Kate.

—¿Nos volveremos a ver? —le pregunté, abrazándolo.

—Más pronto de lo que imaginas, ya lo verás. Cuídate mucho.

—Tú también. Buenas noches.

Bajé del coche y entré en casa. Escuchaba la risa de mi madre desde el salón. Me detuve un momento en el recibidor, tomé aire. Sabía que había llegado la hora de contarles todo lo que me había pasado ese año. Primero fui a la cocina a por un vaso de agua.

—Pero bueno, qué contenta estás —le dije desde el marco de la puerta—. Hola a los dos. Quiero contaros algo, si no estáis demasiado cansados.

—¿Y qué es eso que nos tienes que contar, Naiara? ¿Tengo que preocuparme? —preguntó mi madre, inquieta.

—Amparo, ¿puedes dejar hablar a la niña? Todavía no ha dicho nada y ya la estás agobiando. Adelante, hija.

—Yo no la agobio, solo quiero saber…

Me senté frente a ellos, suspiré, y decidí enfrentar lo que venía, como se suele decir, agarrando el toro por los cuernos.

—Creo que ha llegado el momento de explicaros por qué no quise que vinierais a verme. Al principio, no quería ver a nadie. No porque me sintiera

mal con vosotros, sino porque no quería haceros sufrir.

—¿Pero hija, cómo va a ser eso? —saltó mi madre.

—Mamá, por favor, no me interrumpas. No es fácil para mí, así que cuanto antes empiece, antes termino. Lo que voy a contaros solo lo saben Anselmo y Alejandro. A Anselmo se lo dije yo. Alejandro se enteró por otra persona… y ha sido quien me ha dado el empujón para hablar con vosotros.

—Hija, si necesitas más tiempo, sabremos esperar —dijo mi padre, tomándome la mano con ternura.

—No, papá. Ya es hora. —Cerré los ojos un momento y suspiré—. Las tres primeras semanas en prisión fueron más o menos normales. Trabajaba en la cocina, y también dando clases de pintura. —Mi padre me sonrió, con orgullo—. Pero a los dos meses, una noche que me quedé sola en las duchas, escuché un ruido. Al principio no le di importancia; pensé que alguien había olvidado algo o venía a ducharse.

Mi padre me llenó el vaso de agua, lo que le agradecí con una mirada.

—Lo que voy a contar ahora es muy difícil, pero necesito hacerlo. De pronto, dos presas me sujetaron por los brazos, otra me cubrió la cabeza con una bolsa negra…

—¿Qué estás diciendo, hija? —gritó mi madre—. ¿Por qué no nos lo contaste antes?

—¡Mamá, por favor! —le pedí con firmeza—. Como decía… apareció un hombre. No lo vi, solo escuché su voz. Me esposaron, me pusieron de cara a la pared y se marcharon. Nos dejaron solos. Escuché cómo se bajaba la cremallera. Sentí su cuerpo rozando el mío. Cuando logré girarme, le di una patada en sus partes y comencé a gritar.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Me estaba costando más de lo que imaginaba, pero ya había empezado.

—Conseguí que huyera, aunque antes me dio tres patadas en el estómago. Esa fue la primera agresión. Cinco días después, me dieron una paliza que me dejó cuatro meses en la enfermería. Las últimas tres semanas las pasé allí. Por eso no quería que vinierais a verme.

Mi padre se levantó y me abrazó por detrás, fuerte, dándome el apoyo que necesitaba.

—Lo siento tanto, hija… me duele no haber podido protegerte. Ahora entiendo tus pesadillas.

—Papá, no te culpes. Si lo hubierais sabido en ese momento, habría sido peor.

—¿Y por qué ahora? —preguntó mi madre, con lágrimas en los ojos.

—Porque hay alguien que quiere hacerme la vida imposible, y quiero que lo sepáis. Pero te advierto una cosa, mamá: no quiero que estés encima de mí. Quiero seguir así, fuerte. No pienso vivir con miedo.

—Pero hija, soy tu madre, me preocupo…

—Amparo, tu hija tiene razón, y estoy seguro de que te lo agradece. Pero no debes agobiarla. —Mi madre soltó un bufido, lo que nos hizo reír a mi padre y a mí.

Los dejé en el salón. Me había quitado un gran peso de encima. Contarles ese capítulo de mi vida no fue fácil, pero me sentí liberada. Ahora solo me quedaba hablar con los chicos. Ellos también tenían que saberlo.

Cogí el móvil y abrí el grupo que tenía con ellos:

Yo: *Mañana desayuno en el bar de Rosa. Tengo que contaros algo. A los cuatro.*

Dejé el teléfono sobre la mesita y me metí en la ducha. Necesitaba que el agua me recorriera todo el cuerpo. Mientras me enjabonaba, Marcos apareció en mi mente. La tensión sexual entre nosotros crecía cada día. Pasé mi mano entre las piernas; no pude evitar estremecerme. Con una me acariciaba el clítoris, con la otra me pellizcaba los pezones. Imaginé que era él quien me tocaba. El orgasmo llegó pronto.

Después de esa ducha tan necesaria como placentera, me metí en la cama. Miré el móvil: los cuatro habían contestado que estarían allí. Lo sabía, nunca me fallaban.

✣ ✣ ✣

La mañana amaneció nublada. Al salir de mi cuarto rumbo a la cocina, encontré a mi madre pensativa. Sabía que le costaba asimilar lo que le conté la noche anterior.

—Buenos días, mami preciosa —le dije abrazándola—. Venga, quita esa cara. Estoy bien, ¿eh? A este paso vamos a tener que invertir los papeles y mandarte a ti a ver a Elisa.

—Ay, hija… dame tiempo. Me va a costar digerirlo.

—No pasa nada, lo entiendo. Solo te pido que no te recrees en el dolor. Alégrate por cómo me ves ahora. Dicho esto, señora Amparo, me voy a desayunar con el personal.

Le di un beso y salí. No había llegado a la esquina cuando esa sensación me invadió: alguien me observaba. Empecé a caminar más rápido, con la esperanza de llegar a casa de Micaela antes de que saliera. Saqué el móvil y la llamé.

—Ya salgo de casa, me quedé dormida —me dijo al descolgar.

—Micaela, ábreme. Creo que me están siguiendo.

—¡La hostia! No mires atrás y corre como si te persiguieran… —Tuve que reírme. No tiene remedio—. Perdón, si ya te están siguiendo.

—Joder, Micaela, lo estás arreglando.

—Ya estoy en la puerta. Llamé a un taxi, así no le damos tiempo a nada.

—Ay, mi loquita, a veces hasta piensas.

No miré atrás. La sensación de que estaba cada vez más cerca me aterraba.

—¡Naiara, corre, sube! —gritó Micaela, abriendo la puerta del taxi—. Joder, no me ha dado tiempo de verle la cara.

—¿Estaba tan cerca? —le pregunté ya dentro.

—Niña, te pisaba los talones. Vamos directas a la comisaría.

—No. Vamos a desayunar. Ya habrá tiempo para eso.

Cuando llegamos, los demás ya estaban allí.

—No digas nada, te lo pido por favor. Quiero que estén tranquilos para lo que voy a contarles.

—Me estás asustando. ¿Ha pasado algo grave?

—No, tranquila. Ya pasó —le dije, adelantándome para saludar a los demás.

—Buenos días, gracias por venir —les dije, besándolos uno a uno.

—¿Qué es eso que tienes que contarnos? —preguntó Darío—. Ya pedimos también para vosotras.

—¡Coño, ni tiempo le das a sentarse! —soltó Micaela.

Esperé a que Rosa trajera los desayunos. Cuando todos teníamos el nuestro, los miré con calma.

—Voy a contaros algo que ocurrió mientras estuve presa. Es duro para mí, así que os pido que no me interrumpáis.

—No te preocupes, Micaela no abrirá la boca… ¿A que sí? —dijo Lucio. Ella asintió.

—Gracias. Empezaré desde el principio.

Les relaté todo, tal como lo hice con mis padres. Mientras hablaba, observaba sus rostros. Micaela, como imaginaba, no pudo evitar llorar. Darío tenía una expresión difícil de leer. Lucio me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Éramos como hermanos. Sabía cuánto les dolía escucharme.

—Siento tanto que hayas pasado por eso. Ojalá hubiera podido ayudarte —dijo Lucio, abrazándome.

—Lo sé. Pero no estabas. Quiero pensar que era lo que el destino me tenía preparado.

Capítulo 23

Marcos

No podía creer lo que estaba oyendo. Germán nos contó que Micaela le había dicho que Naiara había citado a los cuatro amigos para hablar de algo importante. No dudó en decírmelo en cuanto lo supo. Yo, sin pensarlo dos veces, le pedí que averiguara dónde se verían… y aquí estaba, sentado de espaldas a ella, escuchando algo que no me esperaba.

—¿Por qué no me lo contaste? —le solté, visiblemente molesto.

—No me lo puedo creer… —respondió, clavando los ojos en Micaela—. Seguro que esto es cosa tuya. ¡No se te puede contar nada, joder!

—Ella no ha dicho nada. Fui yo —intervino Germán.

—Es lo mismo. Joder, Micaela, si no fuera porque te tengo cariño… te daba dos hostias, hasta en el cielo la boca.

—Lo siento, solo quería que desayunáramos juntos. Le dije que te vería, pero tranquila, no le conté que te siguen vigilando.

—¿Qué dijiste? —pregunté, volviéndome hacia Naiara—. Dime que no es cierto… —Pero su silencio me lo confirmó todo.

—Joder, Micaela, eres una experta en guardar secretos —soltó Germán. Sus amigos estallaron en carcajadas.

—Se me escapa, no lo puedo evitar —dijo ella, y no pude evitar sonreír al ver su expresión. Naiara podía sentirse orgullosa de sus amigos… sobre todo de Micaela.

—Buenos días a todos, que ni os he saludado. Soy Marcos, aunque ya lo sabéis —dije, estrechando la mano de Darío y Lucio.

Micaela y Blanca presentaron a los chicos, juntamos las mesas y nos sentamos todos juntos. Me coloqué junto a Naiara. La notaba inquieta. De vez en cuando rozaba su brazo con la yema de los dedos, y me gustaba ver cómo se estremecía con ese simple gesto.

Ahora entendía muchas cosas. Por eso se mostraba esquiva, por todo lo que había vivido. Cómo se tensaba cuando la tocaba... necesitábamos tener una conversación seria.

Sus amigos, con tacto, cambiaron de tema, y ella lo agradeció. Pasamos un rato agradable. Ellos se interesaron por nuestro trabajo, y nosotros por el suyo.

—Bueno, nosotros nos vamos —dije levantándome—. Ha sido un placer.

—¿Ya? Pero si acabamos de llegar —protestó Germán.

—Quédate si quieres, yo me voy. No estaría bien faltar a la reunión con Alejandro.

—¿Alejandro Muñoz? —preguntó Naiara.

—Sí, ese mismo. ¿Lo conoces?

—¿Que si lo conoce? —intervino Blanca, que hasta entonces había estado callada—. Lo tuvo detrás todo el tiempo… era la envidia de todas las chicas.

Aquello hizo que todas mis alarmas se activaran.

—Solo éramos buenos amigos, no exageres.

—Sí, sí… amigos. ¿Quieres que te recuerde cuando…?

—Micaela, no hace falta que recuerdes nada —la cortó Naiara, visiblemente enfadada—. Y dudo que a alguien le importe mi relación con Alejandro.

—Bueno, lo dicho. Me voy. Nos veremos en otra ocasión.

Ya en el coche, permanecí en silencio todo el camino. ¿De qué se conocerían? ¿Habían sido pareja? Eso era lo que más me atormentaba.

—Marcos, ¿me escuchas? Estás en las nubes —dijo Germán—. ¿En qué piensas?

—En nada. Bueno… en lo que ese tal Alejandro tenga que decirnos.

—Sí, claro. Y yo me chupo el dedo. Pero lo que no entiendo es qué quiere asuntos internos de ti.

—Ni idea. Eso es justo lo que vamos a averiguar.

La llamada de Luis me dejó desconcertado. No dijo mucho, solo que recibiría una llamada de asuntos internos por algo muy delicado, y que era mejor no vernos en comisaría.

Llegamos a una casa unifamiliar en una urbanización exclusiva. La verja estaba abierta. Aparqué directamente. Allí estaba el coche de Luis, quien había organizado el encuentro.

—¿Ese no es el coche de Luis? ¿Qué hace aquí?

—Desde que estás con Micaela, te estás volviendo un cotilla —le soltó Rafael.

—Coño, que no. Es solo que me parece raro.

—Ya lo sabrás —le dije mientras abría la puerta.

Nos acercamos a la casa. En el porche estaban Luis, el supuesto Alejandro y una mujer.

—Buenos días —saludamos.

—Buenos días, Marcos. Chicos, os presento a Alejandro y Lorena, de asuntos internos —respondió Luis.

Estreché la mano de ambos.

—Estos son mis hombres de confianza. Falta Julio, le ha sido imposible venir. —Luis sonrió al decirlo.

—Tranquilo. No será la última vez que nos veamos —dijo Alejandro—. Entremos, aquí dentro es más seguro.

Germán y yo nos miramos arqueando una ceja. No quería verlo como un enemigo, prefería considerarlo un colega.

El interior parecía un salón improvisado. Una mesa alargada, varias sillas y una pizarra ocupaban la estancia.

—El asunto es delicado. Hay varias personas implicadas, algunas conocidas. Eduardo y Sara, los cabecillas —dijo mientras colocaba fotos en la pizarra—. Se hacen pasar por matrimonio. Dirigen una galería que utilizan como tapadera. Sus verdaderos nombres son Emilio Sierra y Laura Vázquez.

—¿Podemos ir al grano? —pregunté, mirando a Luis.

—¿Qué prisa tienes? —intervino Lorena con tono sarcástico—. Lo mejor viene al final.

—Pues vamos al final, así puedo irme.

—Alejandro, continúa —pidió Luis—. Será mejor que todos nos calmemos.

Me removí en la silla y asentí.

—Katea Galván —dijo Alejandro, mostrando otra foto—. Más conocida como Kate. Se presenta como pintora.

Miré a Germán, que ya me estaba mirando.

—¿De qué va todo esto? Luis, ¿tú sabías algo?

—Sorprendido, inspector —intervino Lorena con una sonrisa burlona—. Pues aún hay más.

—Alejandro, sigue —le pedí, ignorando su comentario.

—David Galván. —Menos mal que estaba sentado. Era una sorpresa tras otra—. Tío de Kate y el encargado de distribuir la droga entre todos ellos.

—Sabía que algo ocultaba. Ahora entiendo lo de la droga.

—¿Qué droga? —preguntó Lorena.

—Nada, cosas mías.

—¿Nos estás ocultando algo, inspector?

—Ya está bien, Lorena —intervino Alejandro—. No estás siendo profesional. Marcos, lo que voy a decir no te va a gustar… igual que me pasó a mí.

—¿De qué hablas? Llevamos aquí media hora y sigo sin entender nada.

—Lo que le pasó a Naiara en la cárcel tiene dos nombres: David y Kate. No fue casualidad. Aún no sabemos por qué, pero lo peor es que sigue en peligro.

—¿Y a qué esperamos para detenerlos?

—Aún no. Están tramando algo y necesitamos pillarlos con las manos en la masa.

—¿Y qué pasa con Naiara? ¿También tenemos que esperar a que le ocurra algo?

—Para eso estás tú, para protegerla. Qué bonito: el poli que primero la encierra, y luego la cuida.

—¿Pero qué cojones te pasa conmigo? Desde que llegamos no has parado de pincharme.

—Haz memoria, guapo. Qué pronto olvidas.

—Me largo. No la soporto. Alejandro, hablamos. De Naiara me encargo yo.

—No lo dudaba —respondió con un apretón de manos.

Salí más cabreado que un mono enjaulado. Pero ahora, mi mayor preocupación era ella. No entendía nada. Tenía que calmarme si quería entender lo que pasaba.

—¿Qué le hiciste a esa mujer? —preguntó Germán ya en el coche—. ¿De qué la conoces?

—No tengo ni idea. Y no, no la conozco de nada.

—Pues te miraba como si quisiera comerte. Seguro que te acostaste con ella y no la recuerdas.

—Ja, ja, ja. Pues será con lo único que me coma. Yo no olvido con quién me acuesto… o igual sí —solté, y nos reímos.

Al llegar a casa, necesitaba urgentemente una ducha. No solo para relajarme, sino para pensar cómo abordar el tema con Naiara. El agua me ayudó a liberar tensión.

Fui a la cocina y saqué una cerveza del frigorífico. No tenía hambre. Todo lo que había escuchado me había cerrado el estómago. Agarré el móvil y marqué su número.

—¿Sí? Marcos, sé que eres tú —dijo. Sonreí al oírla.

—Hola, Naiara. ¿Te pillo en mal momento?

—No lo sé, Marcos. Porque tú y yo no tenemos nada que hablar.

—Pues va a ser que sí. Haz una maleta, nos vamos unos días.

—¿Estás loco? No voy contigo a ningún sitio.

—No me has entendido. Haz una maleta, a las nueve y media te paso a buscar. —Colgué con una sonrisa, imaginando su cara.

Llamé a Luis. Quería que supiera mis planes. Al principio se opuso, pero logré convencerlo de que era lo mejor para ella.

Luego hice una videollamada con los chicos para contarles mis intenciones, y les pedí que no perdieran de vista ni al comisario ni a Kate.

Solo me quedaba una llamada difícil: mi madre. Marqué y apenas sonó una vez.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. Te llamo para decirte que mañana salgo de viaje. No me preguntes a dónde, ya sabes que no puedo contártelo por ahora.

—Vale, pero cuídate mucho. Te quiero sano y salvo.

—Lo haré. Besos. —Colgué, suspirando, y di por cerrada la noche.

Capítulo 24

Naiara

Había pasado una semana desde que Marcos me llamó para que nos fuésemos unos días. He de decir que no le hice caso en absoluto, para no variar. Esa mañana, cuando fue a buscarme, se cabreó porque no tenía la maleta hecha. Y aquí estoy: en Oporto, con el hombre que más dolores de cabeza me da… y el que más loca me vuelve.

Debía ser sincera: aunque no quería venir con él, ahora me alegraba. Estaba conociendo a un Marcos distinto, a la persona, no al policía. Los tres primeros días habíamos sido como el perro y el gato, pero después de una conversación con Micaela, decidí conocerlo de verdad.

Nos alojamos en un apartamento en el centro de la ciudad, cerca de la Ribeira. El lugar era una cucada, muy acogedor. Al entrar, te encontrabas con un pequeño salón con cocina integrada. Los muebles eran blancos, y había un sofá azul. A un lateral de la cocina había un pasillo que llevaba al baño y a un dormitorio con cama de matrimonio. Tenía una terracita pequeña, pero lo bastante grande como para poner una mesita y dos sillas.

Cuando vi el dormitorio, le dije que yo no dormía con él. A Marcos no le importó: me invitó a dormir en el sofá. Y así lo hice, y lo sigo haciendo… aunque reconozco que tengo ganas de dormir en una cama.

Desde que llegamos, no nos habíamos movido del apartamento. Marcos tenía que solucionar unos temas de trabajo, cosa que yo ni siquiera podía hacer. Le pedí a mis amigas que buscaran a alguien que pudiera dar las clases de pintura durante mi ausencia.

Marcos me contó todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. No quería que me preocupara por nada. ¿Pero cómo se hace eso? ¿Qué le había hecho yo a esa mujer para que estuviera liando todo esto?

—¿En qué estás pensando? —me preguntó, poniéndome el desayuno delante.

—Pienso que, para estar aquí encerrada, bien podría haberme quedado en mi casa. Total, es lo mismo. Aunque en mi casa estaría más cómoda.

—Lo mismo salimos hoy —dijo, soltando la bandeja sobre la mesa y sentándose.

—¿Cómo que «lo mismo»? Mira, ya te lo tengo que decir: una cosa es que tú tengas que trabajar, que me parece muy bien, y otra es que yo tenga que estar aquí encerrada porque a ti se te antoja.

—¿Has terminado ya? ¿O quieres añadir algo más? —me dijo, con toda la cara del mundo.

—Sí —enarqué una ceja—: que hoy salgo, sola o acompañada.

—Desayuna, anda, y deja de quejarte —. En ese momento le entró una videollamada de Germán.

—¡Buenos días, parejita! —soltó así, de primeras—. Marcos, lo que me pediste ya está hecho, lo tengo controlado. ¿Dónde está mi amiga del alma?

Escuché a Micaela hablar.

—¡Estoy aquí, amiga! ¡Me tiene secuestrada! —le dije, quitándole el teléfono.

—¿Qué dices? ¡Mírame, que te vea bien la cara! —Empezó a tocarse la barbilla—. Naiara, ¿todavía no te lo has tirado? —Marcos escupió el sorbo de café que estaba bebiendo. Germán se echó a reír. Yo me quería morir.

—Micaela, eres única, de verdad —le dijo Marcos—. Pero si duerme en el sofá, lo tengo difícil.

—¡Mentira! Duermo en la cama.

—Sí, sí… pero seguro que con la almohada por medio. ¿Es o no es, Marcos?

—Es, es… Bueno, chicos, os dejamos, que vamos a desayunar y luego a conocer Oporto.

No les dio tiempo ni a decir adiós. Ya había colgado.

—¿De verdad vamos a salir? —asintió con la cabeza—. Entonces voy a vestirme.

Terminé de beber el café y fui a cambiarme. No había llevado demasiada ropa, ya que la maleta era más bien pequeña. Opté por unos pantalones anchos de color naranja, una blusa negra y unas zapatillas deportivas cómodas.

—Ya estoy, Marcos —le dije saliendo al salón—. ¿Voy bien así? —pregunté, dando una vuelta.

—Naiara, tú vas bien con cualquier cosa que te pongas, pero estás preciosa —me dijo, acercándose a mí—. Y hueles aún mejor. —Sentí el roce de su nariz en mi cuello.

—Gracias. Ya nos podemos ir.

—¿Voy así? ¿En pijama? —dijo, agarrándose el pantalón, y me eché a reír.

—Tienes dos minutos.

Cuando Marcos salió, me quedé con la boca abierta. Estaba guapísimo. Bueno… es que era un portento de hombre.

—Estás guapísimo. Voy a tener un serio problema hoy.

—¿Y eso por qué?

—Porque voy a tener que estar espantando a las mujeres. —Me encogí de hombros, mientras él soltaba una carcajada.

—Para mí no hay más mujer que tú, Naiara. —Se acercó a mí y me dio un piquito—. Venga, vámonos.

Cuando salimos a la calle, me agarró de la mano. No le dije nada, porque me gustaba la sensación. De hecho, no iba a volver a decir nada… Me iba a dejar llevar. Como decía Micaela: al final, me iba a arrepentir.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar, pero no te lo diré hasta que lleguemos.

—Eso no es justo. No me puedes tener así, con la intriga.

—Tampoco es justo que durmamos juntos y no nos rocemos.

Touché.

Seguimos caminando, admirando todo lo que veía a mi paso. Había fachadas pintadas en amarillo, otras en rojo. Llegamos a un lugar donde había que hacer cola: había como seis personas delante de nosotros.

—¿Dónde me has traído? —le pregunté muy cerca de la cara, cosa que creo que le sorprendió, viendo su expresión.

—A la librería más bella del mundo: la Librería Lello. No vas a querer salir de ella.

—Si tú lo dices, será así.

Y vaya si tenía razón. Jamás había visto una librería tan bonita. Se conoce también como *Livraria Lello e Irmão*, y como la librería *Chardron*. Se fundó en 1869. Su estilo neogótico y modernista te dejaba con la boca abierta.

Entrar en esa librería era flipante. No sabías hacia dónde mirar: los arcos, las vidrieras, la cantidad de libros… Subí las escaleras y aluciné. Era un espectáculo ver toda esa hilera de libros, mirar hacia abajo y ver la cantidad de gente.

—¿Te lo dije o no te lo dije? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí. Es preciosa. Si Blanca la viera, alucinaría.

Seguimos caminando, pero al final, optamos por alquilar una Vespa. Siguiente parada: el barrio do Barredo, un entramado de callejuelas estrechas, tenebrosas y desgastadas. La mayoría de las fachadas eran de color ocre. Esas calles parecían un laberinto. Iba con la lengua fuera según íbamos subiendo. Arriba me encontré con el conjunto monumental de la Sé.

—Esto es precioso, Marcos. Nada que ver con esas calles tan estrechas.

—Oporto tiene muchos rincones que te dejan con la boca abierta.

—¿Cómo lo conoces tan bien?

—Mi ex era de Oporto. Solíamos pasar las vacaciones en esta ciudad.

¿Para qué leches preguntaba?

—Vámonos, tengo hambre. —Me agarró de la mano, sonriendo.

Bajamos en silencio. Ahora me comía la curiosidad por dentro.

Marcos sabía por dónde moverse. Me llevó a un bar en una plaza. Decía que donde mejor se comía era en los barrios de toda la vida.

—¿Nos sentamos aquí fuera o prefieres dentro? —me preguntó mientras nos quitábamos el casco.

—Me da igual. Yo solo quiero comer… y echarme una siesta. Estoy cansada.

—¿En serio? Pero si te estabas quejando de no salir…

—Ya he salido. —Iba a decirme algo, pero llegó el camarero. Pedimos cervezas y dos *francesinhas*. No tenía ni idea de qué era eso, pero ya me enteraría.

Mientras traían la comida, me explicó que era un gran sándwich relleno de carne, queso, salchicha y cubierto con salsa picante por encima.

Nos trajeron la comida.

Ninguno de los dos había vuelto a hablar. La culpa era mía, por preguntar lo que no debía. Me encabroné conmigo misma y ni lo dejaba hablar.

El sándwich estaba de muerte. Un pelín picante para mi gusto, pero buenísimo. De postre pedimos *aletria*. Es parecido al arroz con leche, pero con fideos. La verdad es que no estaba nada mal.

—Naiara, ¿te pasa algo? No has abierto la boca desde que llegamos aquí.

—¿Cómo qué no? La he abierto para comer.

—Muy graciosa. ¿Es por lo que te he dicho de mi ex?

—No. Solo que estoy cansada, de verdad.

—Bueno, te voy a creer, pero que sepas que no estoy muy convencido.

Cuánta razón tenía.

—Marcos, ¿cuándo podré hablar con mis padres? Desde que estamos aquí no sé nada de ellos. Estarán preocupados.

—No, no lo están. Ellos sí saben de ti. Debes estar tranquila hasta que todo esto termine.

—Joder, no lo entiendo. ¿Por qué yo? Soy una mujer muy simple, no llamo la atención. ¿Qué le pasa a Kate conmigo?

—Eso es lo que estamos averiguando. No puedo decirte nada aún, pero ya queda poco.

Cuando llegamos al apartamento, lo primero que hice fue entrar en el baño. Pensé que no llegaba. Me quité las zapatillas y me tiré de plancha a la cama. Vi cómo Marcos sonreía mientras salía a la terraza.

—¿No te echas un rato conmigo? —le pregunté melosa—. Igual no estoy tan cansada… y no me apetece dormir.

Capítulo 25

Marcos

No llegué a salir a la terraza. Escuché que decía que no estaba tan cansada y no lo pensé dos veces: me fui directo a la cama. Se había quitado el pantalón. Tuve que tragar saliva.

—Inspector, ¿qué pasa?, ¿te has quedado mudo? —me dijo mordiéndose un dedo—. No entiendo por qué, si ya me has visto desnuda.

Era verdad que la había visto desnuda, pero aquella vez no la miré como lo hacía ahora. Entonces fue con ternura. Esta vez, era puro deseo.

—No es lo mismo —le dije—. Hoy no estás bebida.

—Uf, no me lo recuerdes. Me muero de vergüenza cada vez que lo pienso.

—Entonces habrá que hacer algo para que lo olvides.

La recosté bocarriba, besando cada rincón de su cara. Ella acariciaba mis brazos. Noté cómo se tensaba cuando uno de mis dedos rozó su clítoris, aún por encima de la braguita.

—¿Estás bien? —le pregunté al notarlo—. Si no estás preparada, lo dejamos.

—No, no es eso. Quiero que sigas, Marcos. Hazme olvidar. Borra ese recuerdo, por favor.

—Iré despacio. Si en algún momento no te sientes cómoda, me avisas y paro —asintió con la cabeza.

Continué acariciando su cuerpo con delicadeza, sin querer que pensara que era una obligación. Aunque había sido ella quien había encendido la chispa, ahora era mi turno de ser cauteloso. Normalmente, no solía tomarme tanto tiempo, pero con ella todo era diferente. Cada centímetro de su piel lo recorría con besos y caricias, como si se tratara de un objeto frágil, delicado y a punto de romperse.

Descendí lentamente, jugando con sus pezones, aplicando suaves tirones que provocaban una respuesta en su cuerpo. Mi otra mano permanecía entre sus piernas, sintiendo cómo la humedad iba en aumento, un indicio claro de su deseo.

—Marcos, ¿te queda mucho? —preguntó, dejándome sorprendido.

—¿Para qué? —le respondí con una sonrisa. Sabía perfectamente a qué se refería.

—¿Para qué va a ser? Para jugar al parchís —bromeó. Solté una carcajada. No aguantaba más.

—¿Quieres que te la meta ya? —asintió, con las mejillas sonrosadas—. Pues lo siento, señorita, todavía no he terminado con usted.

—Uff… pues date prisa, que me pica. —Rio de nuevo—. Hace mucho que no entra nada por ahí.

—¿Mucho cuánto? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? ¿Años? —le pregunté mientras mis dedos se deslizaban dentro de ella.

—A ti, qué coño te importa. —Rio a carcajadas.

—Me importa. ¿No ves cómo lo estoy mimando? —Resopló, y eso me hizo sonreír aún más—. Porque me importas tú.

Aceleré un poco el ritmo. La verdad, yo también tenía muchas ganas. Con delicadeza, le deslicé la braguita y, rozando su piel con la punta de mi nariz, acaricié su clítoris. La sentí arquearse, entregada. Sujeté sus caderas con firmeza; quería que nuestra primera vez comenzara en mi boca, que su placer naciera de mis labios.

La recorrí con mi lengua, suave y atento, alternando caricias y suaves mordiscos, hasta que introduje dos dedos en su interior. Cada vez estaba más mojada, y gemía mientras la penetraba con mis dedos y la acariciaba con la lengua. Cuando llegó al clímax, lo hizo gritando.

No le di tiempo para recuperarse. La miré a los ojos mientras la penetraba, y me quedé quieto por un instante. Quería retener para siempre esa imagen, ese instante en el que el deseo y el amor se encontraban al fin. ¡Cuánto lo había deseado!

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí. Solo quería quedarme con este instante para siempre.

Dibujó mis labios con su lengua y me besó, lo que me llevó a moverme lentamente, disfrutando de cada gemido que escapaba de su boca. Aumenté la intensidad de mis movimientos, aunque había prometido ir despacio; su insistencia por más me hacía dudar, pero sabía que en el fondo le costaba entregarse por completo.

Cuando sentí que estaba cerca del clímax, decidí acelerar el ritmo, embistiéndola repetidamente hasta que finalmente alcanzó su punto máximo. Sin embargo, me retiré de inmediato, cubriéndome con la mano, consciente de que no había usado preservativo y no quería arriesgarme en nuestra primera vez.

Al regresar del baño con una toalla para limpiarla, la encontré dormida. Tenía la sonrisa más bonita que había visto.

Me preparé un café y salí a la terraza, reflexionando sobre cómo había terminado así con ella; la amaba locamente y desde el primer instante supe que era especial. Aunque nuestras circunstancias iniciales no fueron las mejores, estaba decidido a hacer todo lo posible para que olvidara su pasado, especialmente al Marcos policía.

Estaba tomándome el café cuando recibí un mensaje de Germán pidiéndome una videollamada urgente, lo que me sacó de mis pensamientos.

—Hola, ¿ha pasado algo? —le pregunté, y por su cara supe que sí.

—Hola, tío. Tenemos un problema. Hemos perdido a Kate.

—¿Cómo que la habéis perdido? ¿Quién estaba vigilando?

—Marcelo y Alberto. Llevan un par de días sin verla. Enviamos a una chica, haciéndose pasar por repartidora, pero nadie abrió la puerta.

—Joder… —Respiré hondo—. Cuéntamelo todo.

—Ni ellos mismos lo entienden. No han dejado de vigilar en ningún momento. Si uno tenía que irse, el otro ya estaba en su lugar.

—Entonces no lo entiendo. ¿Cómo coño se ha esfumado? Dime que al menos Galván está controlado.

—Sí, tranquilo. Pero hay algo más, y no creo que te guste.

—Sorpréndeme… aunque ya no hay nada que lo haga.

—Lorena está desaparecida. Pensamos que está con Kate. Anteayer vimos su coche entrando en el garaje de la casa de Kate.

—¿Qué? ¿Esto es una broma? No es mi amiga. ¿Y qué dice Alejandro?

—Está igual de sorprendido. No se cree que, después de tantos años de compañeros, le haya hecho esto.

—Bueno, ya ves para lo que sirven las lealtades. Germán, estate pendiente de cualquier movimiento. Manda a los chicos a la comisaría. Quiero que David se confíe. Busca a alguien de confianza para vigilar.

—Ya las tengo. Pero sé que no te va a gustar.

—¡Joder, Germán! Suéltalo ya. ¿Quién es?

—Yo —dijo Micaela, y luego apareció Blanca—. Y yo —añadió.

—Estáis locas. No puedo permitir que hagáis eso.

—Marcos —habló Blanca—, por mucho que no te guste, Naiara es nuestra mejor amiga. No nos pidas que lo dejemos, porque lo vamos a

hacer, quieras o no.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó una voz a mi espalda.

—¡Hola, guapa! —gritaron las dos a la vez—. Nada, es una sorpresa. Y si te lo contamos, deja de serlo —dijo Blanca con dulzura.

—Naiara, mírame bien —le dijo Micaela—. Tú has follado. —La cara de Naiara se volvió de todos los colores.

—¿Qué dices, loca? Me acabo de levantar. Me voy a lavar la cara. ¡Adiós, chicas!

Germán me colgó con una risa. También nos despedimos entre risitas.

Me quedé preocupado. No saber dónde estaba Kate era grave. Solo Germán y Alejandro lo sabían.

—¿En qué piensas? —me preguntó Naiara, sentándose a mi lado.

—En dónde vamos a ir dentro de un rato.

—Marcos, ¿qué está pasando? No soy tonta. Sé que tiene que ver conmigo, y creo que merezco saberlo.

—No quiero que te preocupes. Solo quiero que disfrutes estos días.

—¿Mis padres están bien? No sé nada de ellos. ¿Por qué no puedo llamarlos?

—Están bien. No te preocupes. Ven, siéntate aquí. —La senté en mi regazo—. Hemos perdido la pista de Kate.

—¿¡Y me dices que no me preocupe!? Esa mujer está loca. No sé qué le pasa conmigo. Y tú… tú estás preocupado también, no me lo niegues.

—Solo me preocupa una cosa: tener que ducharme solo. —La tomé en brazos y fuimos juntos a la ducha.

Entre risas y caricias, quise que olvidara todo lo que le había contado. La puse contra la pared, acariciándola mientras gemía. Ese sonido se había convertido en mi favorito.

Después de hacerlo de todas las formas posibles, nos lavamos el uno al otro.

—Señor inspector, ¿no cree que su porra merece un descanso?

—Señorita, ¿y usted cree que enjabonándola así, puede descansar?

—Bueno, ahí lo dejo. Termine usted.

Salió de la ducha riéndose. No sabía cuánto tiempo duraría esto. No lo habíamos hablado. Me daba miedo preguntar. Amaba a esa mujer. Era con

quien quería compartir mi vida.

Salí de la ducha envuelto únicamente en una toalla. Al dirigirme a la cocina, la vi de pie junto a la mesa, cortando pan y tarareando.

—¿Qué haces? Pensé que te estabas arreglando.

—Estaba preparando algo para picar. Marcos, no te ofendas, pero no me apetece salir. ¿Nos quedamos?

—Por mí perfecto. Ya encontraremos algo para pedir y cenar aquí tranquilos.

Capítulo 26

Naiara

Me acerqué a él, rodeándolo con mis brazos por la cintura. Qué bien olía… me encantaba. Me estaba haciendo sentir especial. Amaba a ese hombre como a nadie. Ojalá esto que estábamos viviendo, no se terminara.

—Uy, ¿a qué viene esto? —me preguntó al notar mis brazos rodeándolo.

—Pues no lo sé. —Se dio la vuelta para cogerme por la cintura—. Será porque estoy a gusto. Pese a todo, estoy viviendo unos momentos muy bonitos junto a ti.

—Y todos los que has desperdiciado —dijo el muy cara dura.

—No voy a hablar de eso si no es en presencia de mi abogado —respondí, con media sonrisa. Llevaba razón, pero no se la iba a dar—. ¿Puedes llevar esto a la terraza? —Le pasé un plato con tomate en rodajas, queso fresco y un poco de orégano.

—¿Pido algo de cenar? —preguntó mientras abría una botella de vino—. Puedo ir al bar del final de la calle, tiene buena pinta.

—Vale, pero después de que nos comamos esto, que me he tirado dos horas en la cocina. —Solté una carcajada al ver la cara que me puso.

—¿Por qué sigues viviendo con tus padres? —Me sorprendió con esa pregunta.

—¿Por qué no vives tú con los tuyos?

—Porque me llegó el momento, simplemente. Aunque, como sabes, mi madre es un poquito intensa. A veces creo que todavía piensa que soy un niño.

—Bueno, la mayoría de las madres son así. Mira la mía. A veces me dan ganas de irme sin decir adiós. Sé que lo hace con la mejor de las intenciones, pero me supera.

—Vente a vivir conmigo.

En ese momento estaba bebiendo y se me fue por mal sitio.

—Tú tienes un problema con la bebida, siempre se te va por mal sitio —dijo, echándose a reír.

—Muy gracioso. Cuando volvamos a Sevilla, me voy a vivir contigo.

—Te lo estoy diciendo en serio —me respondió, cogiéndome la mano—. No quiero estar separado de ti más tiempo. Y estoy seguro de que tú tampoco.

—Creído eres. Apenas nos conocemos. Además, sabes que no te puedo ver… te odio. Pero al mismo tiempo, te quiero.

—Céntrate solo en quererme. Lo demás no importa. ¿Crees que estoy de broma? Te lo digo en serio. ¿Recuerdas el día que nos conocimos?

—Como para olvidarlo. Fue uno de los peores días de mi vida.

—Lo siento mucho. Pero el día que te vi, me entró… ¿Cómo lo decís vosotras? ¿Mariposas en el estómago?

—Ja, ja, ja, te estás quedando conmigo. Pero por lo que me estás haciendo reír… te lo perdono.

—Vamos a ver, solo te lo voy a decir una vez: me gustas, y mucho. Me he enamorado de ti, y te lo voy a demostrar. Eres la mujer que estaba esperando. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te detuve?

—¿Lo recuerdas tú? —asintió con la cabeza—. Mira que me extraña… pero dime, ¿qué fue?

—Una de las cosas fue que te gustaban las esposas, pero no para ir detenida. Y la otra, que me estaba equivocando y que me iba a cagar.

La verdad, no esperaba que se acordara de todo. Juraría que lo había dicho al dedillo, pero sinceramente, eso no importaba ahora.

Seguimos hablando. Había algo en él que me hacía olvidar. Me lo comería a besos. Sin embargo, otras veces… no lo podía ni ver.

Cada vez estaba más cerca de mí. Me gustaba tenerle así. No sé por qué me hacía la dura con él. Era cierto todo lo que había dicho: había desperdiciado el tiempo, un tiempo que no podría recuperar.

—Ha pasado un ángel… ¿En qué piensas? Me das miedo cuando te encierras en ti misma. No sé por dónde me vas a salir.

Le sonó el teléfono y se metió para dentro. Desde que estábamos aquí, era la primera vez que le sonaba dos veces en el mismo día.

Con lo simple que era mi vida antes de todo esto: mi pintura, mis padres, mis amigos y yo. No tenía problemas de ningún tipo. Era feliz. Lo vi salir con una sonrisa forzada.

—¿Qué ha pasado? ¿Todo bien?

—Sí, todo va bien. Pero tenemos que hacer las maletas. Nos vamos mañana a primera hora.

—¿Nos vamos a casa?

—Sí, mi vida. Nos volvemos a casa.

Me lancé a él. Me recibió con los brazos abiertos y mis piernas le rodearon la cintura. Me lo comí a besos, besos que recibió con agrado, besos que hicieron que la temperatura fuera subiendo.

No se hizo de rogar. Me recostó sobre la mesa, abriéndome las piernas. Se sorprendió al ver que no llevaba ropa interior.

—Joder, nena… esto se avisa. Que me puede dar un infarto. ¡Esto no se hace!

—Eso te pasa por meterte donde no te llaman. Vamos, ni que mi almeja te hubiera llamado a gritos.

Se puso mis piernas sobre los hombros y me penetró sin avisar. No me lo esperaba. Solté un grito que creo que hasta mis padres lo oyeron. Sabía cómo llevarme al límite, y no tardó mucho. Ese «aquí te pillo, aquí te mato» me supo a gloria.

—Joder, nena, cómo me pones. Ahora mismo estás espectacular.

—Sí, claro. Para enmarcarme estoy… aquí, con las piernas abiertas.

—Pues te garantizo que las vistas son impresionantes. —Arqué la ceja y se echó a reír.

—¿Tú no ibas a pedir algo de cenar? Anda, ve antes de que sea más tarde. Igual, después te dejo que me cachees otra vez.

—Marcos, ¿te puedo preguntar algo?

—Sí, dime. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Tú sabes mucho de sexo? —Me miró sonriendo.

—¿Y esa pregunta?

—¡Joder! Me estás respondiendo con preguntas. —Solté una carcajada.

—Pero no te enfades. Solo quiero saber por qué lo preguntas.

—Verás… Yo no he tenido muchas relaciones. Aparte de que el sexo ha sido escaso… a veces envidio a Micaela. Pero envidia sana, ¿eh? Ella, si algo le llama la atención en ese tema, hasta que no lo prueba, no para.

—Bueno, es cierto que en el sexo hay muchas cosas por explorar. Siempre hay algo que aprender. Y si no lo pruebas, no sabes si te gusta o no.

—¿Alguna vez has tenido sexo… sucio? ¿Guarro?

La cara que puso fue para enmarcarla.

—¿A qué llamas tú «sexo sucio o guarro»? —preguntó, haciendo comillas en el aire—. Lo que a ti te parezca sucio, tal vez para mí no lo sea. Tienes que especificar.

—En otra ocasión. Anda, vete ya a por algo de cenar. —De repente me dio hambre.

—Mentirosa. Voy a ir, pero que sepas que esta conversación queda pendiente.

Mientras él iba a buscar la cena, me serví otra copa de vino. Salí a la terraza, apoyándome en la barandilla para contemplar las vistas espectaculares. Me quedé con ganas de seguir visitando la ciudad… pero bueno, mañana sería otro día.

Marcos estaba tardando. Tenía curiosidad por saber qué habría pedido. Ya había pasado más de media hora desde que se fue. Por fin escuché el timbre de la puerta.

—Tarde… y encima te dejas las llaves. ¿Dónde has…? ¿Qué haces tú aquí?

—¡Sorpresa! ¿A que no me esperabas? —Kate me sonrió con cinismo—. Estaba aburrida en casa y me dije: «Vamos a hacerle una visita a Naiara».

—No me hacía falta tu visita —le respondí, mirando a una mujer que venía con ella, a la que no conocía—. ¿A qué has venido? ¿Quién es ella?

—Mírala, Lorena, nos salió preguntona. —Soltó una risita burlona. Me empujó hacia dentro con fuerza—. Su nombre ya lo has oído. Es mi novia.

La miré, sorprendida.

—¿Qué pasa, Naiara? Soy bisexual, ¿no lo recuerdas?

—Vamos a ver… te lo voy a poner sencillo: o te vienes por las buenas o por las malas. Tú decides —dijo Lorena con frialdad.

—Yo no voy a ir contigo a ningún sitio. ¿Dónde está Marcos?

—Durmiendo la mona. No está acostumbrado a la bebida.

—Kate, no perdamos más tiempo. No tardará en despertarse. Tenemos que irnos ya —dijo Lorena, impaciente.

—Venga, vámonos, amiga mía —me dijo Kate con una sonrisa torcida. Me cogió del pelo y me arrastró hacia la salida—. Te juro que, como chilles, te corto el cuello —añadió, acercándome un cuchillo a la garganta.

Salimos del apartamento. Al llegar al rellano, vi a un lado a Marcos, inconsciente en el suelo.

—¿Qué le habéis hecho? —Tiré de Kate para acercarme a él, desesperada.

—Tranquila, ya se despertará. Ahora levántate y vámonos. Y ni una tontería. Estás advertida.

Nos montamos en un coche que las estaba esperando. En cuanto subimos, me taparon la boca y me pusieron un saco en la cabeza.

—Así estás mucho mejor. Estás más guapa… callada y sumisa. Mmm… eso me pone un montón —dijo Lorena, con tono lascivo.

De nada servía protestar. Sabía que, dijera lo que dijera, no cambiaría nada. Me preocupaba Marcos… no sabía qué le habían hecho. Al menos me quedaba el consuelo de que respiraba.

—¿Dónde me lleváis? Os estáis metiendo en un buen lío. Kate, vamos a hablar…

Capítulo 27

—¡Que te calles! Si vuelves a hablar, te rompo la nariz.

—Lorena, no te pases. Aquí no se le rompe nada a nadie.

—Pues dile que se calle. Yo no estoy aquí para que me cojan. O la callas tú, o la callo yo.

—Ya la has oído: o te callas, o te calla ella.

Cada vez entendía menos. ¿Cómo era posible que hubieran dado con nosotros? Ni siquiera mis padres sabían dónde estábamos. Ya no sabía en quién podía confiar. Me preocupaba Marcos… no sabía en qué estado estaba, ni lo que le habrían hecho.

—Kate, ¿qué le habéis hecho a Marcos?

—Qué pesada eres, prima —me respondió la que conducía.

—Que yo sepa, no soy tu prima. —Le escupí las palabras.

—Encima me salió graciosa. Como te vuelva a oír hablar, paro el coche y te juro por lo más sagrado que tengo que te corto la lengua. Y no bromeo.

—Te voy a dormir —dijo Kate—. Lo voy a hacer por tu bien.

—No, no me duermas… —suplicaba, pero no sirvió de nada. Levantó la capucha y me puso una inyección—. Yo ya me callo, por favor…

Mis párpados pesaban cada vez más. No pude evitar quedarme dormida.

✣ ✣ ✣

No sé cuánto tiempo pasó hasta que desperté. Tenía la boca seca y un leve dolor de cabeza. Estaba en una habitación que se veía limpia, con una cama cómoda, un pequeño armario, una mesita de noche y otra con dos sillas. Había dos puertas y una ventana. Me levanté, pero tuve que sentarme enseguida; un mareo me obligó a tomar aire.

Cuando logré incorporarme, fui hacia la ventana. Esperaba ver algo que me diera una pista de dónde estaba, pero no… daba a un patio interior.

Me acerqué a una de las puertas: era el baño. Solo quedaba la otra, la de salida. Fui a abrirla, pero estaba cerrada.

—¡Holaaaa! —grité, golpeando la puerta—. ¿Hay alguien? ¡Déjenme salir!

Me deslicé por la puerta hasta sentarme en el suelo. Tenía tantas preguntas sin respuesta… ¿Estaría bien Marcos? ¿Me estaría buscando? ¿Mis padres sabrían que había desaparecido? Cuando me di cuenta, estaba llorando. No sabía si de miedo, rabia o impotencia.

Estaba en el baño cuando escuché la puerta. Me apresuré a salir y me encontré con un hombre… y con Kate. El rostro del hombre me era familiar, pero no sabía de qué.

—¡Dejadme salir de aquí! —grité acercándome a ellos—. Kate, por favor. Nos conocemos desde hace años, estudiamos juntas. ¿Por qué me estás haciendo esto?

—Ja, ja, ja… Qué poca vergüenza tienes. ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? ¿Acaso no lo sabes?

—Te juro que no lo sé. Por más que lo pienso, no encuentro un porqué. ¿Y tú quién eres? Sé que te he visto antes.

—Claro que lo sabes. Y cuando hable, lo vas a recordar. ¿Verdad, David? —Se acercó a él y le dio un beso en la boca.

—Espera… ¡Ya me acuerdo! Te vi con él en la calle. Ahora lo recuerdo, te vi un día.

—Es el hermano del marido de mi madre. Para la gente, somos tío y sobrina… pero en la intimidad somos un hombre y una mujer.

—No me importa lo que seáis. ¡Déjame salir! —Intenté llegar a la puerta, pero el hombre me cortó el paso.

—No vas a salir —dijo con una voz que me heló la sangre—. Veo que me has reconocido…

Intenté retroceder, pero Kate me lo impidió.

—Así te quería tener —dijo, pegándose a mí, rozándome la barriga con su mano—. Ven, David, acércate. ¿Recuerdas lo que te pasó en prisión?

—¿Recuerdas quién te tocaba? —dijo él, echándome su asqueroso aliento a alcohol—. ¿Cómo te estremecías? —Me tocó los pechos mientras Kate me sujetaba.

—Por favor… no me hagáis esto. Decidme qué queréis. —Lloré desesperada.

—Me lo quitaste todo: los premios, los halagos, ser la primera… pero lo peor fue que me robaste a Alejandro.

—¿Qué coño estás diciendo, Kate? ¡Yo no te quité nada! Todo lo que gané fue con esfuerzo. ¿Qué hiciste tú? Nada. Te importaban más las fiestas y los chicos.

—¡Me quitaste lo que más quería, zorra! —Me tiró del pelo y caí al suelo.

—¡Yo no tuve nada con Alejandro! ¡Solo éramos amigos!

Iba a darme una patada cuando Lorena irrumpió en la habitación.

—¿Qué coño hacéis? ¡Parecéis perros en celo! ¡Fuera los dos ahora mismo!

—Preparad la entrega. En media hora vendrán a recogerla. Quiero que todo esté listo.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó Kate.

—De momento, dejadla tranquila. Ya lo veremos después. Me estáis complicando la vida. ¡Traedle algo de comer!

Se marcharon, dejándome sola. ¿De verdad todo esto era por celos de instituto? Si me lo cuentan, no me lo creo. Parecía un drama de patio de colegio.

Fui al baño a lavarme la cara. Sentía asco… mucho asco. Pensé en Micaela. Cuando se enterara, iba a echar espuma por la boca.

Llamaron a la puerta. Me sobresalté. Lo más normal era que no llamaran.

—Aquí te dejo algo de comer —dijo una voz desconocida.

Me asomé. Era una chica joven, no más de veinte años, morena… y con un ojo morado.

—¿Qué te ha pasado?

—Mejor no preguntes. Yo que tú me lo comería todo. Donde vas, no comerás tan bien.

—Espera. —La sujeté del brazo—. ¿Qué quieres decir? ¿A dónde me van a llevar? ¿Tú también vas?

—No preguntes. Cómetelo todo. Te deseo suerte.

Salió, dejándome sola. Esto no podía ser real. Me tumbé en la cama mirando al techo. Tenía que pensar. Primero: escapar. Pero… ni siquiera sabía dónde estaba. La única persona que me lo podría haber dicho… no le pregunté.

—Marcos, ¿dónde estás? Espero que me estés buscando —me dije. Qué tontería, claro que lo estaba haciendo. ¡Joder, qué hago hablando sola!

Me levanté y miré la bandeja. Nada mal: huevos fritos, un sándwich, un flan y agua. Al menos no me matarían de hambre.

No sabía la hora que era. Me mataba eso. ¿Quién me mandaría quitarme el reloj para dormir la siesta? Calculé… serían como las diez cuando Marcos bajó. Media hora… no, ya me fallaban las matemáticas. No sabía cuánto había pasado.

Empecé a comer. Me sorprendió ver que me habían dejado un cuchillo. ¿Por qué? Si yo secuestrara a alguien, no le daría cubiertos. Me reí sola.

Me puse a dar vueltas. Tenía sueño, pero no quería dormirme. Fui hacia la puerta, intentando oír algo. Nada. Silencio absoluto.

Probé el picaporte. Estaba abierta. ¡La chica la dejó abierta!

Fui a la cama, agarré el cuchillo. ¿Lo habría dejado ella a propósito? No importaba. No iba a esperar para averiguarlo. Lo sentía por ella, pero tenía que salir de ahí.

Bajé las escaleras. Había luz en lo que parecía el patio, el que yo veía desde la ventana. Me detuve. ¿Hacia dónde debía ir? No lo sabía.

Me senté en el primer escalón. A la derecha, nada. Me levanté y miré a la izquierda: un pasillo. Me dirigí hacia él. A ambos lados había puertas. Qué casa más rara.

Escuché ruidos. Vi luz saliendo por debajo de una puerta. Quería saber quién estaba ahí. Me acerqué. Justo cuando iba a pegar la oreja, alguien me agarró y me tapó la boca.

¡Ya me habían pillado!

—Shhh… te voy a soltar, pero no hagas ruido y sígueme.

Era la misma muchacha que me trajo la cena. Me cogió de la mano y me llevó a la cocina.

—¿Fuiste tú la del cuchillo? —asintió.

—Mucho has tardado en bajar —me dijo, cerrando la puerta.

—¿Por qué me ayudas? No me conoces. Puedes meterte en problemas.

—Espero que no. Porque nos vamos de aquí.

—¿Cómo? ¡Nos pueden pillar! Y si eso pasa…

—Tranquila. Lo tengo todo planeado. Los policías se fueron. Solo queda ella. Está dormida, borracha como una cuba.

—¡Pues vámonos ya! ¿A qué esperamos?

—A ti. Te estamos esperando.

—¿Hay alguien más?

Asintió. Una chica de unos dieciséis años apareció.

—Ella es mi hermana, Laura. Yo me llamo Sonia.

—Muy bien. Un placer. ¡Vámonos ya!

Capítulo 28

Marcos

Cuando me desperté, me dolía la cabeza. Me llevé la mano a ella: estaba vendada. No había visto venir el golpe. Lo tenían todo muy bien planeado. Mientras Kate me entretenía, alguien me golpeó por detrás y me dejó inconsciente.

Miré a mi alrededor. Estaba en una cama de hospital. Por la ventana reconocí los edificios: seguía en Oporto.

Fui a incorporarme, pero un mareo me obligó a recostarme justo cuando la puerta de la habitación se abrió.

—Hombre, ¡si se despertó la Bella Durmiente! Cómo te gusta el protagonismo —me dijo Germán.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté, extrañado.

—Hola, Germán, ¿estás bien? Sí, Marcos, estoy bien. ¿Y tú cómo te sientes?

—Perdona, pero estoy completamente desubicado ahora mismo. ¿Dónde está Naiara? —Por la forma en que me miró, supe que no tenía nada bueno que decirme.

—Primero: te encontró un vecino, llamó a la policía y, al mirar tu cartera, me avisaron. Por eso estoy aquí. Segundo: eso quería preguntarte yo. No sabemos nada de ella.

—Ha sido Kate, estoy seguro. Pero no te puedo decir quién me golpeó… no lo vi.

—Puede que haya sido Lorena. Nadie sabe nada de ella. Pero ¿cómo sabían dónde estabais? Nosotros no hemos dicho nada. El único que lo sabía era Alejandro.

—Eso pensé yo. Pero él no le haría daño. Me he dado cuenta de cómo la mira… una persona que mira a otra con tanto cariño no puede hacerle daño. Tengo una teoría.

—¡Anda, si tiene teoría! Qué listo es mi niño…

—Joder, *picha brava*. Desde que estás con Micaela, estás peor que antes. —Nos echamos a reír—. No me hagas reír, me duele la cabeza.

—Te jodes, por llamarme así. Por cierto, Micaela está conmigo. No quisimos alarmar a los padres de Naiara, y a mi chica se le ocurrió decirles que nos veníamos unos días con vosotros.

—Me parece buena idea. ¿Dónde estáis alojados?

—En el apartamento. Era una lástima no aprovecharlo, ya que está pagado.

—Pero qué cabrón eres. —Soltó una carcajada—. Me quiero ir de aquí. ¿Puedes llamar a un médico?

Salió a buscarlo. Tenía que irme cuanto antes. Debía empezar a buscar a Naiara, y no sabía ni por dónde comenzar.

—Inspector Osuna, me alegro de que haya despertado. Le dieron un buen golpe. Si hubiese sido un poco más fuerte, no lo cuenta.

—¿Cuántos días he estado en coma?

—Una semana. Ya le dije que el golpe fue serio.

—No puede ser… —Intenté levantarme, pero los mareos no me lo permitieron.

—Tranquilícese. Así no va a lograr nada.

—¿Puedo irme ya?

—¿Me promete estar tranquilo? Debe hacer reposo, no alterarse con nada.

—Ya le digo yo que no —contestó Germán por mí—, pero me encargaré de que lo esté.

Por un momento pensé que el médico se negaría a darme el alta. Bien sabía que no le haría caso.

Salimos del hospital. Germán me contó que la policía portuguesa estaba haciendo todo lo posible por encontrar a Naiara. No había pistas, ni testigos. Era como un callejón sin salida. También me dijo que el comisario Galván había estado ausente tres días, y nadie sabía dónde había ido.

Llegamos al apartamento que teníamos alquilado en Oporto. No tenía ganas de nada, solo quería encontrarla, saber que estaba bien. Al entrar, me quedé mudo. No solo estaba Micaela, también estaban Blanca y Rafael.

—Bienvenido, Marcos —dijeron los tres a la vez. Rafael me dio un abrazo; las chicas también, con dos besos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Blanca con ternura.

—No. El golpe es lo de menos. Lo que me tiene mal es no saber nada de ella. Si le llega a pasar algo… no me lo voy a perdonar.

—El golpe también importa —me dijo Micaela—. Seguro que está bien. Ya pasó por algo difícil antes. Esta vez está más fuerte. No es culpa tuya, Marcos.

—La dejé sola… —Me pasé las manos por la cabeza.

—No podías saber lo que iba a pasar. No eres adivino ni tienes una lámpara mágica. Ahora lo que tienes que hacer es descansar.

—No. Estoy bien. Lo que tengo que hacer es ir a buscarla.

—No seas cabezota —intervino Micaela—. Mira, Marcos, me importa una mierda que seas inspector, o incluso presidente del gobierno. De aquí no te vas. Tú decides: o te quedas tranquilo, o me pego a ti como una lapa.

—Joder, Micaela… me acabas de acojonar —dijo Germán—. Recuérdame por qué tengo que portarme bien. —Soltaron una carcajada.

—Lo digo en serio. ¿De qué sirve que vayas a buscarla si no estás bien? Recupérate primero.

Tenía razón. No estaba al cien por cien. Pero no saber nada de ella me estaba matando. Rafael y Blanca se fueron. Ellos estaban alojados en un hotel próximo.

Cuando me dejaron solo, me di una ducha. Germán había alquilado el apartamento de al lado. Se quedó libre dos días antes de que yo despertara. ¿En qué momento pasó todo? No entendía cómo nos habían encontrado. Los que sabíamos dónde estábamos no usábamos nuestros teléfonos, solo móviles prepago. Únicamente me quedaba una teoría: que Alejandro se lo hubiera dicho a Lorena.

Tenía que hablar con él o me volvería loco. Salí de la ducha, me envolví en la toalla y fui a buscar mi móvil.

Marqué su número. Un tono, dos tonos…

—¿Sí, dígame?

—Alejandro, soy Marcos.

—¡Joder, tío! Menos mal… ¿Cómo estás?

—Estoy… ¿Sabes algo de ella? Me estoy volviendo loco.

—No, no sé nada. Pero David ha estado desaparecido unos días. Kate ha vuelto a su casa. He intentado acercarme, pero no quiere verme.

—¿Y Lorena? ¿Qué sabes de ella?

—No tengo buenas noticias. Murió anoche en un accidente de coche.

Esa noticia me dejó helado.

—Lo estamos investigando. Creemos que fue provocado.

—Me estoy volviendo loco. No sé si volver a Sevilla o quedarme aquí.

—De momento, recupérate. Después lo vemos. Y Marcos, aunque me tengas entre ceja y ceja, puedes confiar en mí.

—Eso no es cierto… —Escuché su risa antes de que colgara.

Me tumbé en el sofá, miré las fotos con ella en el móvil. ¿Dónde estás, Naiara?

—Marcos, ¿se puede pasar? —me preguntó Micaela—. Te traigo algo de cenar.

—Ya estás dentro. —Soltó una risita—. ¿Dónde te has dejado al *picha brava*?

—Calla. Lo dejé en la ducha. Cuando salga, se pondrá a buscarme.

—Le has cambiado la vida. Está más centrado, más feliz.

—A mí también me ha cambiado. Nunca pensé en tener una relación seria. Y, oye, Marcos… ¿Crees que Naiara estará bien?

—Quiero creer que sí. Estoy seguro. Pronto sabremos de ella.

—Si le pasa algo, yo me muero. Es mi todo. Daría lo que fuera por tenerla aquí —me dijo llorando.

—No le va a pasar nada. Ya verás. Vamos a ver qué me trajiste de cenar.

Nos pusimos a cenar. Tuve que sacar mi mejor cara por Micaela. Sabía que sufría por Naiara. Esa es la clase de amistad que vale la pena.

—¿Dónde andáis? —Escuchamos a Germán—. Joder, niña, te vas sin avisar. Me habías asustado.

—Um, el lobo se asustó —dijo Micaela—. Marcos, creo que tendré que cambiar de lobo. —Solté una carcajada, y ella también.

—Quiero comentaros algo. ¿Qué os parece si regresamos a casa? Sé que suena duro, pero sinceramente… no creo que ella esté en este país.

—Aunque no lo pienses, yo he pensado lo mismo —dijo Micaela—. No soy policía, pero pensadlo: ¿dónde se busca a alguien desaparecido? En la ciudad o los alrededores. ¿Y si se la llevaron fuera?

—Lo que tú decidas me parece bien —respondió Germán—. Si quieres que nos vayamos, nos vamos.

—Entonces no hay más que hablar. Mañana iremos a comisaría para ver cómo van las cosas, y nos marcharemos.

Durante la cena, Micaela nos contó cómo conoció a Naiara, lo bien que se lo pasaban y cómo daban calabazas a los chicos.

—Cuando la encontremos, le pienso pedir matrimonio.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Micaela, justo cuando sonó el teléfono.

—¿Dígame? —Silencio al otro lado—. ¿Quién es?

—¿Marcos? ¿Eres tú? —Tuve que sentarme.

—¿Estás bien, mi amor?

—¡Naiara! ¿Dónde estás? —Vi cómo Micaela se levantaba de golpe.

—Estoy en tu casa. En Sevilla. Ya te contaré cómo entré. Venid ya.

—¡Busca un vuelo! ¡Nos vamos ya!

—Coño, que tengo que hacer la maleta. Sin mis cosas no me voy —soltó Micaela, haciéndome reír.

Capítulo 29

Naiara

Dos meses después…

No me podía creer todo lo que había pasado. Cuando salimos de la casa Laura, Sonia y yo, descubrimos que seguíamos en Sevilla, en uno de esos barrios donde tienes que pensar muy bien si entrar.

Cuando salimos, estaba amaneciendo. Me despedí de las hermanas, ellas se iban para Granada, que es de donde eran. Yo no podía ir a mi casa, no sabía qué había pasado con Marcos, y tampoco podía ir a casa de mis padres.

Solo se me ocurrió un lugar: ir a casa de la madre de Marcos y esperar, escondida, a que él apareciera. La abordé cuando salía del coche. El susto que se llevó la mujer fue apoteósico. Le conté todo lo que había pasado y le pedí las llaves de la casa de su hijo. Necesitaba estar allí unos días.

No solo me dio las llaves, sino que ella misma me llevó hasta allí. Le pedí que tuviera paciencia, que su hijo le contaría todo más detalladamente, pero lo más importante era que no debía contar nada a nadie.

Llamé a Marcos. Al escuchar su voz, tuve que sentarme. No saber nada de él en esos días había sido como estar muerta en vida. Le conté brevemente dónde estaba y que necesitaba verlo. Encontró billete para el día siguiente y, nada más aterrizar, vino directamente a su casa.

El reencuentro fue muy emotivo. Al abrir la puerta y verme, se quedó paralizado por unos instantes, como si necesitara asegurarse de que no estaba soñando. Yo tampoco me moví; nuestras miradas se encontraron en un silencio que hablaba más que mil palabras. Luego dio un paso, y otro, hasta que nos encontramos en medio del salón.

No hubo palabras, solo abrazos. Sentí cómo su pecho subía y bajaba con fuerza, cómo sus manos se aferraban a mi espalda, como si no pensara soltarme jamás. Cerré los ojos y dejé que todo lo que había guardado durante esos días saliera en forma de lágrimas silenciosas. Fue un llanto callado, de alivio, de miedo, de agotamiento.

Me sostuvo con firmeza, pero con cuidado, como si temiera hacerme daño sin querer. Y yo dejé que me sostuviera. Cuando por fin nos separamos, lo hicimos despacio, mirándonos a los ojos, sin necesidad de decir nada.

Micaela y Germán estaban detrás, observando en silencio, sin hacer preguntas ni interrumpir. Micaela me abrazó con fuerza, de esa forma suya

un poco brusca pero sincera. Germán me puso una mano en el hombro y me sonrió, sin decir nada. Y por primera vez en mucho tiempo, no me sentí sola. Por dentro estaba hecha polvo, sí, pero había algo en ese momento —en sus caras, en sus silencios, en el calor de ese abrazo— que me hizo pensar que, quizá, lo peor ya había pasado.

Pasamos el resto del día juntos, sin prisas, como si necesitáramos recuperar el tiempo perdido minuto a minuto. Marcos no me presionó con preguntas, y yo le agradecí ese silencio. Me bastaba con tenerlo cerca.

Micaela y Germán pasaron varias horas en la casa, actuando como un escudo sutil que nos ofrecía una compañía silenciosa, recordándonos que el mundo no se había desmoronado del todo.

Al final de la tarde, Marcos se encerró un momento en su habitación. Supuse que necesitaba asimilarlo todo. Yo me tumbé en el sofá, mirando al techo, con la sensación extraña de estar volviendo a un sitio que ya no era el mismo, aunque todo estuviera igual.

Sabía que habría preguntas. Sabía que ese momento llegaría. Pero por ahora, lo único que necesitábamos era estar así. Respirar. Agradecer que seguíamos vivos.

✣ ✣ ✣

Ese era un día muy especial: el cumpleaños de mi padre. Marcos se había ofrecido a celebrarlo en su casa. Allí estábamos: los padres de Marcos, todos nuestros amigos, y el comisario Luis con su mujer.

—Te veo feliz —me dijo Marcos, dándome un beso en la mejilla—, pero he de recordarte que tú y yo tenemos una conversación pendiente.

No teníamos nada pendiente. Sabía perfectamente a qué se refería: quería que le contara lo que había pasado mientras estuve encerrada.

—No le des más vueltas, ya te he dicho que no me hicieron nada.

—¿Por qué será que no te creo? Cuando saco el tema, te pones nerviosa.

—No empieces. Ese es tu problema, que cada vez que tenemos esta conversación es lo mismo: pelea segura. Quizás no haya sido buena idea venirme a vivir contigo.

Sí, desde que crucé la puerta de su casa aquel día y él regresó, estamos viviendo juntos.

Cogí la bandeja para sacarla al jardín y lo dejé con la palabra en la boca. No quería que se volviera loco. A fin de cuentas, no pasó nada. Digamos que se quedó en un intento.

—Hija, te veo distinta —me dijo mi madre—. Se te nota un brillo especial en la cara.

—Eso es que está harta de follar como una coneja, Amparo —soltó Micaela.

—¡Joder, Micaela! Que es mi madre, córtate un poco.

—Pero bueno, ¿ni que tu madre fuera monja? —me contestó mi madre—. A ver si te crees que yo no follo con tu padre.

—¡¡¡Mamá!!! No necesito saber ese dato. Ver para creer… Os dejo solas. —Me marché, escuchando las risas de ambas.

Me fui con mi padre, que charlaba con el padre de Marcos y el comisario Luis.

—¿Todo bien por aquí? —pregunté, dándole un beso a mi padre.

—Todo bien, hija. No esperaba tener un cumpleaños tan numeroso.

Y era cierto. Los cumpleaños de mis padres solíamos celebrarlos en casa, con mis amigos.

—Pues vete acostumbrándote, que a partir de ahora todos serán así. Por cierto, no dejes a mamá mucho tiempo con Micaela —le susurré al oído—, te la está echando a perder.

Mi padre soltó una carcajada.

Miré hacia donde estaba Marcos. Me estaba mirando. Le guiñé un ojo y saqué la lengua.

—No pensé que te iba a ver así con mi hijo —me dijo Elisa.

—Sinceramente, yo tampoco. No creas que ya se me fue el odio hacia él. —Me miró arqueando una ceja—. ¿Qué? No me mires así, sabes que las cosas no se olvidan de la noche a la mañana.

—Lo sé. No me preocupa, porque en esos ojos veo más amor que odio.

—Bueno, bueno, tú no te fíes mucho de mis ojos. Son unos mentirosos.

—Ja, ja, ja, eres única, Naiara. Pero no, tus ojos no mienten. Al contrario, cuando lo miras, desprenden un brillo especial.

—Ahí lo tienes: el brillo del odio.

Negó con la cabeza y yo me eché a reír.

El día transcurrió entre bromas y risas. El comisario y su mujer fueron los primeros en irse. Luego se despidieron mis padres y los de Marcos.

A mis amigos los eché, pero literalmente. Micaela empezó a protestar, pero era lo que había. Quería estar a solas con Marcos.

—¿Qué prisa tienes porque nos vayamos? Ah, claro, ya veo. Después dices que no follas como una coneja.

—¡Micaela! —le dijo Blanca—. A veces me pregunto por qué tengo una amiga tan vulgar.

—¿En serio piensas que soy vulgar? Pues una cosa te digo: hasta aquí ha llegado nuestra amistad. Germán, vámonos.

—Micaela, no seas niña —le dijo Blanca.

No se volvió. Cogió a Germán de la mano y se fue.

—Creo que me he pasado —dijo Blanca, con lágrimas en los ojos.

—Creo que un poquito —le contestó Rafael—, pero ya se le pasará.

—Venga, ya sabes cómo es. Tiene que dramatizar, pero no se enfada.

Así era ella: primero se hacía la ofendida, y luego actuaba como si nada.

—Hasta que lo haga… En fin, gracias por la invitación, como siempre. Hablamos mañana.

Me despedí de ella con un abrazo. Blanca era la más sensible de las tres. Todo se le hacía un mundo.

—Por fin solos —le dije a Marcos, sintiendo una mezcla de emoción y deseo—. No sabes las ganas que tenía. —Me acerqué a él, lo agarré por la camisa—. Tengo muchas ganas de ti, inspector —le susurré al oído.

Noté cómo tragaba saliva… y también cómo su miembro se iba endureciendo. Notar su erección provocaba que me humedeciera. Tenía una sorpresa para él. Una que no se esperaba.

—Yo también te deseo —respondió, mordisqueando mi cuello con una intensidad que me hizo estremecer—. Siempre tengo ganas de ti, no lo olvides.

Con esa promesa resonando en el aire, entramos en la casa. Ya recogeríamos el jardín por la mañana.

Cuando salí a comprar el regalo para mi padre, decidí darme un capricho y entré en una tienda de lencería. Elegí un conjunto negro que sabía que lo volvería loco. Lo que no me esperaba era que la sorprendida sería yo.

Le dije que me esperara en el salón. Fui a darme una ducha, me puse el conjunto que me había comprado. Salí del baño para elegir un vestido, y entonces lo sentí.

—Shhh, no te gires —me susurró al oído—. Cierra los ojos.

Sentí cómo me cubría los ojos con un pañuelo suave. Tragué saliva. Sus labios recorrieron mi cuello y mis hombros, mientras sus manos descendían

por mis brazos. De repente, llevó ambas manos hacia atrás y me puso las esposas.

—Esto se pone interesante. Continúe, inspector —dije, con un tono juguetón.

—Está detenida, señorita, por provocar a la autoridad — respondió, mordisqueando una de mis orejas.

Sus manos se deslizaron hacia mis pechos, acariciándolos con suavidad, masajeándolos y pellizcando mis pezones hasta que se endurecieron. Un escalofrío recorrió mi espalda al escuchar cómo se despojaba de su ropa. Volví a sentir su piel contra la mía, y su erección se presionó contra mis glúteos, lo que me llevó a empujar mi cadera hacia atrás, buscando ese contacto.

Sus manos exploraban mi cuerpo, acariciando mi vientre y jugando con mi ombligo. Cuando una de sus manos llegó a mi entrepierna, separé las piernas sin pensarlo, deseando ese roce.

—Vaya, veo que la conejita tiene ganas…

Iba a responder, pero un dedo rozó mi clítoris, y me tumbó en la cama con cuidado, separando mis piernas y doblándolas. Su lengua provocó un estremecimiento en mí, lamió, chupó y mordió con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Madre del amor hermoso. —Lo oí soltar una risita.

—Sí que es hermoso, sí. —Y mientras continuaba lamiendo y succionando, me di cuenta de que las cosas no estaban saliendo como las había imaginado; mi intención era sorprenderlo, pero al final, era él quien me estaba dejando sin palabras.

Me ayudó a sentarme al borde de la cama y, con un movimiento suave, colocó su miembro en mi boca. Comencé a lamerlo desde la base hasta la punta, sintiendo cómo sus venas se marcaban bajo mi lengua. Al llegar al glande, no pude resistir la tentación de succionar las gotas que se formaban. Lo acogí en mi boca, disfrutando de su sabor, mientras él me tomaba del cabello y marcaba el ritmo.

—Si sigues así, no creo que aguante mucho —me advirtió, retirándolo de repente.

Luego, me puso a cuatro patas y, con una embestida firme, me penetró, sujetando mis caderas. Ambos gemíamos y gritábamos, me sentía completamente llena. Me dio la vuelta, colocó mis piernas sobre sus hombros y me quitó el pañuelo que me cubría los ojos. Parpadeé varias veces, y cuando finalmente pude ver con claridad, me encontré con el deseo ardiente en sus ojos.

En ese momento, mirándonos fijamente, alcanzamos el clímax al unísono. Después de recuperarse, me giró y me quitó las esposas, masajeando suavemente mis muñecas.

—Ha sido espectacular. Nunca había experimentado esa sensación de estar completamente a ciegas —le dije, aún aturdida.

—Esa era la idea: que te concentraras en cada roce, en cada caricia, en cada beso —respondió con una sonrisa.

—Me cago en todo, joder. Marcos, ya es la tercera vez que haces esto —exclamé, sintiendo una mezcla de sorpresa y frustración.

—¿Pero qué he hecho ahora? De verdad, a veces tienes unos arrebatos que das miedo —contestó, con un tono de incredulidad.

—¿Miedo? ¿Vas a decir? ¡Que no te has puesto protección! Ya es la tercera vez que pasa.

—Bueno, relájate, que no pasa nada. —Se levantó y fue al baño.

—No pasa nada, no pasa nada… Reza para que sea así.

Le di un azote en el culo.

Se dio la vuelta y me cargó a hombros, llevándome al baño.

Capítulo 30

Marcos

Me gustaba enfadarla. Es cierto que ya había pasado tres veces, hacerlo sin protección, pero no me importaba. Amaba a esa mujer, lo quería todo con ella, y me daba igual que se quedara embarazada o no.

Cuando la llevé al cuarto de baño, no pensé que fuera a suceder otra vez. Nos metimos juntos en la ducha y, entre unos roces y otros, pasó lo que pasó.

—Cuatro veces, ya van cuatro veces. Pero claro, eso al niño no le importa. Como él no tiene que pasar dolores, como él no tiene que apretar… Lo estás haciendo aposta. Ya puedes ir rezando para que no me quede embarazada. ¡Y no te rías, cretino! —Me tiró el cepillo a la cabeza. Menos mal que pude esquivarlo.

—¿No entiendo qué problemas tienes? Pues si te quedas embarazada, lo esperaremos con ilusión.

—¡Que no, joder! ¿Cómo le vas a explicar a la criatura que su madre te odia por meterla presa? Además, no quiero tener hijos ahora.

—¿De verdad me odias?

—Un poquito —me dijo, juntando los dedos—. Pero más te quiero, tontorrón. Anda, vamos a dormir, que estoy que me caigo del sueño.

Nos metimos en la cama. La rodeé con mis brazos. Si estaba que se caía del sueño, sí. Todo fue apagar la luz y quedarse dormida.

Desde que volvimos a vernos, sé que algo le había sucedido. Ella lo negaba, pero algo tuvo que pasarle. Había noches que tenía pesadillas; hasta ahora no llegaba a despertarse, pero sí se removía nerviosa.

Le di un beso en la cabeza, la abracé. Así estuve hasta que el sueño me venció.

No sé la hora que era cuando me entró un mensaje al móvil. Me levanté sin hacer ruido; tenía que ir a comisaría. Estábamos hasta arriba de trabajo y pendientes de dar con el paradero de dos personas.

—¿Habéis averiguado algo? —les pregunté a Susana y Marcelo.

—Nada —me contestó Marcelo—. Parece que se los ha tragado la tierra.

—Tenemos que dar con ellos. No se pueden ir de rositas. Me da que muy lejos no están.

—¿Quieres que volvamos a la galería? —me preguntó Susana.

—No es mala idea, pero tened cuidado —los dos asintieron y se fueron.

El día que detuvimos a Kate, también detuvimos a David. No se esperaban que los estuviéramos esperando en el puerto.

Cuando interrogamos a Kate, le pedí que me contara qué había pasado con Naiara. Me dijo que, si ella no hablaba, me iba a quedar con las ganas.

Lo que sin lugar a duda le afectó fueron los años de prisión que le habían caído.

—¿Puedo pasar o estás ocupado?

—No, no, Luis, pasa. ¿En qué te puedo ayudar?

—Pues verás, mi mujer quiere que…

—Ya lo sé, quiere que vaya a tu casa a cenar y me lleve a Naiara.

—¿No me digas que te ha llamado? —asentí con la cabeza—. Esta mujer no tiene remedio.

—Déjala. Sabes que para mí es como una segunda madre. No me molesta que me llame ni que me pida nada.

—Y tú eres como ese hijo que no pudimos tener. Te quiere mucho. Cuando me dijo eso… —Vi la emoción en sus ojos.

—Lo sé. Por eso le voy a dar el gusto. Ya puedes ir comprando un buen vino, que el viernes por la noche estamos en tu casa.

Salió de mi despacho, dándome las gracias y un abrazo.

Las gracias se las debería de dar yo. Cuando ni mi padre creía que llegaría donde estoy hoy, él sí lo hizo. No me soltó de la mano.

—¿Se puede pasar? —Escuché la voz de Naiara—. Pasaba por aquí y quise darte la sorpresa.

—Claro que puedes pasar, eso ni se pregunta. —Me acerqué a ella, cogiéndola por la cintura y dándole un beso—. ¿Cómo llevas el día, mi amor?

—Oh, qué bonito. Soy su amor y todo. —Soltó una risilla—. El día ajetreado. Vengo de entregar los dos cuadros para la sala de espera que me encargó el médico amigo de tu madre. Ahora voy a tomar algo con las chicas. A ver si consigo calmar las aguas entre las dos.

—Vaya, te tocó el papel de mediadora.

—No me queda otra. Pero Micaela me va a acostar, ya lo verás.

—El viernes por la noche tenemos una cena en casa de Luis.

—Lo sé. Su mujer me llamó esta tarde, más maja… Estuvimos un rato hablando. Y déjame decirte que esta mujer te quiere mogollón, qué manera de preocuparse por ti. Vamos, que no te saca ni un defecto.

—Es que el que vale, vale. —Me dio una colleja.

La vi irse sonriendo. Esa mujer me había dado vida. He de decir que, los días que no supe de ella, me la quitó.

Me senté delante del escritorio. De verdad os lo digo, no sé de dónde salen tantos papeles a veces. Me enfrasqué en todos ellos. Tenía muchos casos por archivar. Con el tema de Naiara se me habían acumulado.

Terminado el trabajo, me serví un café. Me senté mirando por la ventana y pensando en cómo hacerlo. Llevaba días pensando en pedirle matrimonio. Ella era la única que quería en mi vida, con la que formar una familia.

Tal vez me acusaran de estar loco, pero no me importaba. Lo que está para ti, da igual que sea un mes o un año. No me importaba el tiempo. Sabía que era ella.

—¡Germán! ¡Llamando a Marcos! —Me volví al escuchar mi nombre—. Joder, macho, que llevo tres horas llamando a la puerta y hablándote.

—No me he enterado, lo siento. ¿Qué pasa?

—Ya hemos dado con el paradero de esos dos. No te vas a creer dónde están.

—Sorpréndeme, porque de esa gente ya me espero cualquier cosa.

—En casa de David. Pero, si lo prefieres, te digo que en casa de Kate.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Pues no te lo vas a creer. Vimos a la madre de Kate saliendo con un carro de un supermercado cercano. A Julio le extrañó, cuando cerca de su casa había uno igual.

—¿Y cómo sabe Julio eso? —le pregunté extrañado.

—¡Joder, tío, pareces policía! —Reímos—. Pues porque la madre de Kate vive en el bloque de al lado del suegro.

—Pues venga, que para mañana es tarde.

—Déjalos que coman, hombre, que es la hora de comer y tengo hambre. Además, están vigilados.

No podía con él, os lo juro. Pero haciéndole caso, puesto que estaban vigilados, nos fuimos a comer algo.

Ya había avanzado la tarde cuando Luis nos dio la orden de ir a detenerlos. No se lo esperaban. Ella lloraba diciendo que no tenía nada que ver, que la obligaron.

Estaba más que contento. No solo por quitar gentuza de la calle, sino por Naiara, por su paz mental. Aunque no decía nada, sé que no lo había superado. También fue el cambio de psicólogo, el volver a empezar. Mi madre le dijo que, al ser casi familia, ya no la podía ver más.

Los días iban pasando y llegó el viernes. Naiara estaba nerviosa, íbamos a casa de Luis y no encontraba qué ponerse.

—No tengo ropa, todo me está pequeño —decía mientras se miraba al espejo—. Ve tú, yo me quedo aquí.

—No seas tonta. Ese vestido te hace un cuerpo espectacular. A mí me gustas.

—Tú no cuentas. Estás ciego, sordo y mudo.

—Ja, ja, ja, ¿esa no es una canción de Shakira?

Me dio un empujón, cogió su bolso y salió para afuera.

La cena en casa de Luis fue muy amena. Mi chica hizo muy buenas migas con Carolina, al igual que ella con Naiara.

—Carolina, me tienes que dar la receta de este solomillo. Bueno, a mí no… a él. Él será el que me cocine. —Soltó una carcajada.

—No te preocupes, hija. Cuando tú quieras, yo te lo hago.

—De eso nada, estaba bromeando, mujer. Me gusta la cocina, ya te darás cuenta cuando vayas a su casa a comer. —Marcos me miró muy serio—. No me mires así, es tu casa.

—Bueno, no vayáis a discutir por eso. Ya lo haréis en otro momento. Vamos a comernos el postre —nos dijo Carolina.

—Esto está de muerte, Carolina. A mi madre no le salen tan buenos. —Nos puso unos profiteroles rellenos de crema y chocolate—. Al final, voy a reventar.

—Hay que ver cómo sois las mujeres —dijo Luis—, siempre estáis protestando sin tener motivos.

—Como que los hombres no protestáis… y por cosas más absurdas.

Estuvimos un buen rato con ellos. Cuando nos despedimos, quedamos en vernos pronto.

—Lo he pasado muy bien. Son un matrimonio muy agradable. Te quieren mucho, no hay más que ver cómo te miran.

—Lo sé. Siempre me han tratado muy bien. Mi madre ha llegado a sentirse celosa.

—¿En serio? ¿La psicóloga perfecta? Verás cuando la vea.

—No le vayas a decir nada, que eres una chinchosa con ella. Por cierto, no me has contado qué tal te ha ido con las chicas.

—Calla, que casi me tienen que llevar presa… y con razón. —Me tuve que echar a reír—. Ya te contaré más tranquilamente.

Capítulo 31

Naiara

Marcos no se imaginaba por qué había quedado con las chicas. El enfado de mis amigas se solucionó en tres días. Las conozco como si las hubiera parido.

Tenía una sorpresa para él. Por eso había quedado con ellas dos, quería sorprenderlo. Cuando se lo comenté a las chicas, me dijeron que querían un vídeo para ver su cara.

Iba a pedirle matrimonio. Sí, así como lo oís. No significaba que fuéramos a casarnos de inmediato, pero quería dar ese paso. Podíamos tomarnos el tiempo necesario y prepararlo todo con calma. Sabía que nuestra historia aún era reciente, pero eso nunca me preocupó. Lo único que realmente contaba para mí era cuánto nos amábamos, y eso, sin duda, era lo esencial.

Le había comprado un anillo precioso: de oro blanco matizado, con un filo central brillante. Era superoriginal. Cuando me preguntaron qué medida

tenía, ni idea… Pero ahí estuvo rápida mi Micaela, llamando a su «picha brava», como ella lo llamaba.

Aprovechando que yo tenía la cena en casa de Luis y Carolina, mis amigas se ofrecieron a prepararlo todo.

—Naiara, te estoy hablando, ¿se puede saber dónde estás?

—Perdona, en el limbo… ahí estaba, pero ya regresé, mi amor. Para que veas que soy buena. —Se echó a reír.

—Que ya hemos llegado. —Cuando me dijo esas palabras, me puse en alerta.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Vamos a dar una vuelta. —Habíamos quedado en que me avisarían cuando terminaran, pero a mi móvil no había llegado ningún mensaje.

—¿Estás bien? Te noto rara… pero muy rara.

Miré el móvil. Suspiré al ver que me habían mandado un «ok», la palabra que habíamos acordado.

—Sí, sí. Es que me has pillado fuera de juego. Me pasa cada vez que me concentro en lo que estoy pensando.

—¿Y qué piensas? ¿Me lo puedes decir?

—No, de momento, no. Quizás más tarde. —Solté una risilla.

Aparcó el coche. Íbamos hacia la casa. Me puse detrás de él, abrazándolo por la cintura, y empecé a tararear una canción.

—Um, ¡y esto! Venga, pídeme ya lo que sea. —Solté una carcajada.

—No quiero nada, ¿qué pasa? ¿No puedo cantar en tu casa? —En cuanto dije eso, se dio la vuelta de inmediato.

—Naiara, me voy a poner serio. No vuelvas a decir «tu casa». También es tuya.

—No te enfades. Sabes que es tu casa… aunque yo viva en ella. Joder, siempre he dicho, «la casa de mis padres». Dame tiempo, me tengo que acostumbrar. Venga, abre ya.

Le di un beso y le dejé paso para que abriera. Mientras tanto, preparé el móvil para grabarlo. Al entrar y encender la luz, se quedó parado. Miró al suelo: estaba lleno de pétalos. Encima de ellos había un cartel que decía:

«INSPECTOR, SIGUE CADA UNO DE LOS PÉTALOS O TE DARÉ BIEN FUERTE CON LA PORRA»

—¿Esto qué es? —me preguntó medio riendo. Yo no podía hablar, me dio por reír. ¡Hija de la gran china! Esto era cosa de Micaela.

—Ay, no lo sé… —Qué dolor de barriga me está entrando. La iba a matar —. Pero vamos, yo si fuera tú, me callaría y seguiría los pétalos… a no ser que quieras que te den con la porra. —Ahí más me reía.

—Yo sí que te voy a dar con la porra, y no tardando mucho.

No podía parar de reír. Me imaginaba a Micaela escribiendo eso y a Blanca riñéndole.

—Ven, dame la mano. Vamos juntos, que ya me está dando hasta miedo. Tú sabes de qué va esto.

—¡Ja, ja, ja! Joder, me está doliendo la barriga de reírme… ¡Yo qué voy a saber!

Cuando llegó al salón, se quedó parado en la puerta. El suelo seguía lleno de pétalos. En medio había una mesita redonda. Encima, un paquete envuelto con una nota:

«¡ÁBREME YA, SI NO QUIERES QUE TE DÉ CON LA PORRA!»

Yo ya no podía más. Os juro que no. Me tuve que apoyar en la pared, cruzar las piernas… ¡me meaba de la risa!

—Me estoy mosqueando, que lo sepas. Entre los pétalos, las notas y tú riéndote…

—Me río porque me hace gracia, pero no por otra cosa. Y ya te digo que yo no tengo nada que ver con esto.

Se acercó a la mesa. Miró al lado. Había una cubitera vacía con otra nota:

«ESTOY EN EL CONGELADOR. AL FINAL TE DARÉ CON LA PORRA»

—¡Me cago en todo ya! ¡Ya puedes salir, Germán! ¡Esto es cosa tuya! ¡Te voy a meter la porra por el culo, cabrón!

Ahí ya no reventé de milagro. Me senté muerta de risa, no me salían las palabras. Estaba llorando de la risa. Al final se iba a cabrear.

—A mí no me hace ni chispa de gracia, que lo sepas.

—*Ojú*, hijo, qué poco aguante tienes —le dije riendo—. Venga, ábrelo ya y salimos de dudas. Lo mismo es cosa de tu madre.

—Esto no es cosa de mi madre. Mi madre no me diría lo de la porra.

Solté otra carcajada.

—¿Lo ves? —me dijo—. Es que no paras.

—Perdón, pero te juro que no lo puedo evitar. Tú abre la caja ya.

Intenté controlar la risa. Me puse a su lado. Quería ver su cara. Ya había apagado el móvil. Lo que pasara a partir de ese momento… quedaba en la intimidad.

Según iba rompiendo el papel, le iba cambiando la cara. Cuando vio un poco lo que era, terminó de abrirlo por completo.

—¿Qué es esto, Naiara?

—¿No lo ves? Una pistola de madera. ¿No te gusta? Ábrela.

Cuando la abrió y vio lo que había dentro, me miró con los ojos aguados. Me acerqué a él, le quité el anillo y se lo puse.

—Sé que esto no es lo convencional, pero no me importa. Sé que lo nuestro tampoco es que sea muy normal, pero quizás por eso nos queremos tanto. No sé dónde nos llevará esto, ni qué nos tiene preparado el futuro… pero quiero descubrirlo junto a ti. Marcos Osuna Maqueda, ¿te quieres casar conmigo?

—Ya no te ríes —me dijo, limpiándose las lágrimas—. ¿O es que temes mi respuesta? Pues a ver cómo te lo digo…

Lo miré frunciendo el ceño.

—¡Claro que me caso contigo! ¡Mañana mismo, si hace falta!

Salté encima de él, abrazándolo, dándole besos por toda la cara.

—¡Para, para! Déjame respirar. ¡Verás si me asfixias y no me puedo casar! —Me bajé, dándole una colleja.

—Venga, ve al congelador, a por lo que sea, que al final te dan con la porra. —Soltó la más bonita de las carcajadas.

—¿Ves cómo has sido tú? Y decía que no sabía nada…

—Te juro que no. Bueno, sabía todo… excepto lo de las notas. Eso es cosa de Micaela. Pero bueno, ya te lo contaré en otro momento.

Fuimos a la cocina. En el congelador había una botella de champán. Sirvió una copa para mí, y otra para él.

—Por nosotros. Por este amor que estamos viviendo. Porque se multiplique.

—Como los peces del Señor.

—Tómatelo en serio, jodía. —Me dio una colleja—. ¿Y cuándo nos casamos?

—Bueno… dentro de un par de años. O tres. Ya lo vamos viendo. Y ahora, inspector, cachee a esta ciudadana… del derecho y del revés.

—Con mucho gusto, señorita. Será todo un placer. Y nunca mejor dicho.

Me cogió en brazos y me llevó a la habitación. Me bajó la cremallera del vestido, dejándolo caer a mis pies. Me apoyó en la pared, con los brazos en alto.

—Voy a cachearla por el derecho, señorita. —Se me escapó una risilla—. Voy bajando mis manos por sus brazos…

Me encogí cuando pasó sus dedos por mis axilas.

—No se mueva. Quédese quieta.

Llegó a mis pechos y los agarró con ambas manos, apretándolos.

—Eso no es cachearme, eso es magrear las tetas. Está abusando de su autoridad.

—No le he dado permiso para hablar. Cállese o habrá consecuencias.

Le saqué la lengua.

—Se la está jugando, señorita.

—Igual es que quiero jugármela… ¿Podría ser?

—Podría ser. Pero después no quiero quejas —me dijo flojito al oído.

Siguió bajando con las manos. Me separó las piernas con el pie. Llevó una de sus manos a mi sexo, lo apretó, siguió bajando por mis piernas hasta los tobillos.

—Ahora dese la vuelta. La voy a cachear del revés. —Me mordí el labio inferior al escuchar eso.

Repitió los mismos pasos que cuando me tenía de frente, solo que, al llegar a mis nalgas, se detuvo. Me separó las piernas, metió una mano entre ellas, hasta llegar a mi clítoris. Estuvo un rato ahí, hasta que me escuchó gemir.

—Veo que esto le está gustando. Eso quiere decir que estoy haciendo bien mi trabajo.

No dije nada. Solo asentí con la cabeza.

Se pegó a mí, de manera que sentí su erección.

—Ha sido muy mala. Y como castigo… la voy a dejar sin preliminares.

—Ya estás tardando. Como si me importaran mucho los preliminares ahora.

No me dio tiempo a decir nada más. Sentí cómo me embestía. Estiré los brazos, apoyé las manos en la pared… no quería comérmela con cada embestida.

—Uff, no te pares. Dame más fuerte. Demuéstrame lo que sabes hacer.

No tuve que decirle nada más. Me agarró de las caderas, clavando sus dedos, y empezó a empujar una y otra vez… hasta que nos corrimos juntos.

—Te quiero, preciosa. Y antes de que digas nada… es la quinta vez.

—Estás jugando con fuego. Me voy a duchar —lo dejé riendo.

Epílogo

Naiara

Tres años después…

Qué de cosas han ocurrido en estos tres años: algunas buenas, otras maravillosas y algunas no tan agradables.

No puedo dejar de contaros lo que pasó después de aquella pedida de mano. A la semana invitamos a nuestros padres y amigos; les mostré el vídeo que le hice a Marcos. ¡Cuánto nos reímos! Micaela recibió más de un rapapolvo, aunque, a decir verdad, a ella le entraba por un oído y le salía por el otro. Incluso hoy, cuando lo veo, me sigo riendo igual que la primera vez.

Después de un año y medio de compromiso, finalmente nos casamos. Sin embargo, antes de dar ese paso, tuvimos una discusión monumental; le eché en cara todo lo que había pasado por su culpa. En un arrebato, decidí irme de casa, convencida de que no volvería, aunque solo logré estar fuera dos

días. La verdad es que me di cuenta de que no podía imaginar mi vida sin él.

La ceremonia fue preciosa, íntima y llena de significado. Optamos por un enlace civil, lo que causó un pequeño disgusto en mi madre, pero era mi día y no deseaba una celebración religiosa.

Para la luna de miel no nos fuimos solos, nos acompañaron cuatro personas más. Sí, justo lo que estáis pensando. Pero lo peor fue que Germán anunció que haría el Camino de Santiago y que no había huevos de pasar la luna de miel haciéndolo con ellos.

Así que allí fuimos. Aunque al principio no me emocionaba la idea, terminé disfrutando de días maravillosos explorando lugares que nunca imaginé conocer.

Después de completar el Camino, Marcos me sorprendió nuevamente al llevarme a Túnez, en el norte de África. Quedé completamente fascinada con el viaje; recorrimos la antigua medina, La Goulette, un barrio vibrante y lleno de vida, y Sidi Bou Saïd, un encantador pueblo pintado de azul y blanco que me robó el corazón.

Sin embargo, tuvimos que regresar antes de lo planeado debido a que mi padre sufrió un infarto por el estrés. Mi madre quería que asumiera la gestión de la pescadería, pero preferí que Lucio se encargara, ya que era la persona más adecuada para ello.

Por fin, puedo decir que he cerrado una etapa dolorosa de mi vida. Marcos aún no tiene idea de lo que sucedió en aquella casa; ese secreto lo guardo solo para mí. Además, mi psicólogo me ha dado el alta, lo que me ha permitido avanzar.

En cuanto a Kate y su supuesto tío, junto con Eduardo y Sara, siguen en prisión, pero sinceramente, no me importa dónde estén. Desde entonces, he aprendido que las apariencias engañan: ni los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos.

Y en lo que respecta a mi pasión por la pintura, estoy en un momento increíble. He vuelto a exponer, no solo mi obra, sino también la de mis alumnos, una vez al año. Es una gran motivación para ellos.

Mis amigas aún no habían dado el paso del matrimonio, pero ya compartían sus vidas con sus parejas. Blanca, era madre de una preciosa niña de seis meses llamada Marina. Micaela, por su parte, no tenía hijos y solía comentar que aún era muy joven para pensar en eso.

Lucio estaba saliendo con Eva, una morena encantadora que, según él, lo había cautivado con un solo baile.

Por otro lado, Darío se mudó a California por motivos laborales, y con el tiempo, nuestras conversaciones se volvieron cada vez más escasas.

Y en cuanto a mi marido, su carrera iba viento en popa; aunque en más de una ocasión me llevé un buen susto, afortunadamente, siempre se quedaron en eso, solo sustos.

—Naiara, date prisa, que vamos a llegar tarde —me llamó Marcos desde la puerta.

—Ya voy, que cada vez que dices eso siempre somos los primeros. Y no puedo correr, que peso mucho.

—Claro, lo dices con esa intención… ¡Vaya madre, que vas a ser!

Estaba embarazada, ya de siete meses. Tanto que me enfadaba con Marcos por no usar protección y, al final, me costó un poco quedarme embarazada, pero lo conseguí. Aquí estaba, con un barrigón y dos bebés tirando de mí.

—Estás preciosa, vas a ser la más guapa de todas. —Me besó en la mejilla.

—Y tú, el padrino más guapo, pero ni se te ocurra decir eso delante de Micaela, que no tengo ganas de escucharla.

Íbamos al bautizo de Marina: Marcos era el padrino y Micaela la madrina. En un principio me lo pidieron a mí, pero conocía a Micaela y le sugerí que se lo pidiera a ella.

Cuando llegamos, éramos los primeros. Si las miradas mataran, Marcos habría caído fulminado.

—Lo ves, te lo dije. Si para cuando tenga a estos dos tardas en llegar al hospital, te corto los huevos.

—Eso no va a pasar, dime: ¿cuántas veces he llegado tarde?

—Una cosa es no llegar tarde y otra llegar los primeros, ¡coño!

—No te quejes, ¿sabes por qué lo haces?

—Venga, sorpréndeme. Y no me digas que es porque me veo fea y gorda.

—No seas tonta. Te quejas porque piensas que ya no te miro como antes, que no te deseo ni te quiero. —Las lágrimas comenzaron a caer—. ¿Lo ves? ¿Ves que tengo razón?

—No es eso, de verdad que no, serán las hormonas.

—Mírame. —Me levantó la barbilla—. Eres la única mujer que quiero en mi vida. Para mí nunca estarás fea ni gorda, siempre serás la más bella.

—A ver cuándo me dices eso tú. —Escuchamos a Micaela decirle a Germán—. Que más soso y no naces.

—¿Acaso estás embarazada? —Marcos y yo nos reímos—. Cuando lo estés, ya hablaremos.

—Cualquier día lo dejo, os lo juro, que no os pille por sorpresa.

—Micaela, ni tú te lo crees —le dije convencida—. Tú no dejas a tu *picha brava*, ni borracha.

—Que no le llames así, que solo yo puedo decirle eso. —Me eché a reír y me agarré la barriga.

—¿Estás bien? —preguntó Marcos.

—Sí, solo fue una patada. —No quería preocuparle.

Poco a poco fueron llegando mis padres, mis suegros, la familia de Blanca y Rafael. Marina no se despertó en ningún momento, ni siquiera cuando la bautizaron. El cura alucinó con ella; fue la única que ni se inmutó.

A medida que avanzaba el día, me sentía peor, aunque no quería preocupar a nadie. Todo iba bien y no sería yo quien lo estropeara.

—¿Hija, te encuentras bien? —me preguntó mi madre—. No tienes buena cara.

—Naiara, es cierto, te estás poniendo más blanca.

—No digáis tonterías. —Y volvió a darme un pinchazo.

—No estás bien, estás sangrando. Marcos, tu mujer está de parto —le avisó Blanca.

No dio tiempo a nada. Me monté en el coche; por poco echo a los niños por la boca.

—Marcos, por Dios, que los voy a echar —le pedí—. Relájate.

—Ya te daré relajación —me dijo, apretando el acelerador.

Al llegar al hospital, me cogió en brazos. Entramos y me metieron dentro en una silla de ruedas. Me hicieron una ecografía; el médico arrugó la nariz.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Marcos.

—Estos niños están sufriendo. Tenemos que provocar el parto.

—¿Qué dice? Si solo estoy de siete meses.

—No importa, hay que sacarlos ya. Te digo que están en peligro, incluso tú.

Al ver la cara de Marcos, se me cayó el mundo a los pies. No pude contener las lágrimas.

—Naiara, por favor, no hagas esperar más —me pidió.

Negué con la cabeza.

Me metieron en el quirófano y me anestesiaron por completo; no solo peligraba la vida de los niños, sino también la mía.

Cuando desperté, estaba en la habitación; mi marido y mi madre estaban allí, mirando las cunas y cuchicheando.

—¿Cómo están? —pregunté con la boca seca.

—Están bien, hija, no te preocupes —me dijo mi madre—. Los tres estáis bien.

—Hola, mi amor. —Me besó—. ¿Quieres conocer a nuestros hijos?

No dio tiempo a nada; puso uno a cada lado. Eran preciosos, igualitos a su padre, aunque la nariz y las orejas las tenían mías.

Llamaron a la puerta y apareció mi suegra.

—¿Se puede pasar? —preguntó.

—Sí, claro, pero os aviso que no viene sola.

Cuando abrió la puerta y vio a toda nuestra familia, nos reímos. Fueron pasando a los gemelos de unos a otros.

—¿Y al final cómo los vamos a llamar? —preguntó Germán.

—Martín y Gonzalo —dije.

Cuando pronuncié esos nombres, Marcos me miró sonriendo.

—Te quiero muchísimo. —Me dijo besándome.

—Yo también te quiero con todo mi corazón.

Y así fue. Hace tiempo dejé de odiarlo, o quizás nunca lo hice. Eso ya no importa. Lo importante es que tenía mi familia, esa que me daría más de un dolor de cabeza, pero que me hacía feliz.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora